

GÓNGORA Y ARGOTE, LUIS DE (1561-1627)

*ROMANCES*

I

Ciego que apuntas, y atinas,  
caduco dios, y rapaz,  
vendado que me has vendido,  
y niño mayor de edad,  
por el alma de tu madre,  
que murió, siendo inmortal,  
de envidia de mi señora  
que no me persigas más.

*Déjame en paz, Amor tirano,  
déjame en paz.*

Baste el tiempo mal gastado  
que he seguido a mi pesar  
tus inquietas banderas,  
Forajido capitán.  
Perdóname, Amor, aquí,  
pues yo te perdono allá  
cuatro escudos de paciencia,  
diez de ventaja en amar.

*Déjame en paz, Amor tirano,  
déjame en paz.*

Amadores desdichados,  
que seguís milicia tal,  
decidme, ¿qué buena guía  
podéis de un ciego sacar?  
De un pájaro ¿qué firmeza?  
¿Qué esperanza de un rapaz?  
¿Qué galardón de un desnudo?  
De un tirano, ¿qué piedad?

*Déjame en paz, Amor tirano  
déjame en paz.*

Diez años desperdié,  
los mejores de mi edad,  
en ser labrador de Amor  
a costa de mi caudal.  
Como aré y sembré, cogí;  
aré un alterado mar,  
sembré en estéril arena,  
cogí vergüenza y afán.

*Déjame en paz, Amor tirano,  
déjame en paz.*

Una torre fabriqué  
del viento en la vanidad,  
mayor que la de Nembroth,  
y de confusión igual.  
Gloria llamaba a la pena,  
a la cárcel libertad,  
miel dulce al amargo acíbar,  
principio al fin, bien al mal.

*Déjame en paz, Amor tirano,  
déjame en paz.*

Los rayos le cuenta al Sol  
con un peine de marfil  
la bella Jacinta, un día  
que por mi dicha la vi  
*en la verde orilla  
de Guadalquivir.*

La mano obscurece al peine  
mas ¿qué mucho si el abril  
la obscurecer los lilios  
que blancos suelen salir  
*en la verde orilla  
de Guadalquivir?*

Los pájaros la saludan,  
porque piensan (y es así),  
que el Sol que sale en Oriente  
vuelve otra vez a salir  
*en la verde orilla  
de Guadalquivir.*

Por solo un cabello el Sol  
de sus rayos diera mil,  
solicitando envidioso  
el que se quedaba allí  
*en la verde orilla  
de Guadalquivir.*

La más bella niña  
de nuestro lugar,  
hoy viuda y sola  
y ayer por casar,  
viendo que sus ojos  
a la guerra van,  
a su madre dice,  
que escucha su mal:  
*Dejadme llorar  
orillas del mar.*

Pues me distes, madre,  
en tan tierna edad  
tan corto el placer,  
tan largo el pesar,  
y me cautivastes  
de quien hoy se va  
y lleva las llaves  
de mi libertad,  
*Dejadme llorar  
orillas del mar.*

En llorar conviertan  
mis ojos, de hoy más,  
el sabroso oficio  
del dulce mirar,  
pues que no se pueden  
mejor ocupar,  
yéndose a la guerra  
quien era mi paz,  
*Déjame llorar  
orillas del mar.*

No me pongáis freno  
ni queráis culpar,  
que lo uno es justo,  
lo otro por demás.  
Si me queréis bien,

no me hagáis mal;  
harto peor fuera  
morir y callar,  
*Dejadme llorar  
orillas del mar.*

Dulce madre mía,  
¿quién no llorará,  
aunque tenga el pecho  
como un pedernal,  
y no dará voces  
viendo marchitar  
los más verdes años  
de mi mocedad?  
*Dejadme llorar  
orillas del mar.*

Váyanse las noches,  
pues ido se han  
los ojos que hacían  
los míos velar;  
váyanse, y no vean  
tanta soledad,  
después que en mi lecho  
sobra la mitad,  
*Dejadme llorar  
orillas del mar.*

## II

Hermana Marica,  
mañana, que es fiesta,  
no irás tú a la amiga  
ni yo iré a la escuela.  
Pondráste el corpiño  
y la saya buena,  
cabezón labrado,  
toca y albanega;  
y a mí me podrán  
mi camisa nueva,  
sayo de palmilla,  
media de estameña;  
y si hace bueno  
trairé la montera  
que me dio la Pascua

mi señora abuela,  
y el estadal rojo  
con lo que le cuelga,  
que trajo el vecino  
cuando fue a la feria.  
Iremos a misa,  
veremos la iglesia,  
darános un cuarto  
mi tía la ollera.  
Compraremos de él  
(que nadie lo sepa)  
chochos y garbanzos  
para la merienda;  
y en la tardecica,  
en nuestra plazuela,  
jugaré yo al toro  
y tú a las muñecas  
con las dos hermanas,  
Juana y Madalena,  
y las dos primillas,  
Marica y la tuerta;  
y si quiere madre  
dar las castañetas,  
podrás tanto dello  
bailar en la puerta;  
y al son del adufe  
cantará Andrehuela:  
No me aprovecharon,  
madre, las hierbas;  
y yo de papel  
haré una librea  
teñida con moras  
porque bien parezca,  
y una caperuza  
con muchas almenas  
pondré por penacho  
las dos plumas negras  
del rabo del gallo,  
que acullá en la huerta  
anaranjeamos  
las Carnestolendas;  
y en la caña larga  
pondré una bandera  
con dos borlas blancas  
en sus tranzaderas;  
y en mi caballito

pondré una cabeza  
de guadamecí,  
dos hilos, por riendas;  
y entraré en la calle  
haciendo corvetas,  
yo y otros del barrio,  
que son más de treinta.  
Jugaremos cañas  
junto a la plazuela,  
porque Barbolilla  
salga acá y nos vea;  
Barbola, la hija  
de la panadera,  
la que suele darme  
tortas con manteca,  
porque algunas veces  
hacemos yo y ella  
las bellaquerías  
detrás de la puerta.

### III

En el caudaloso río  
donde el muro de mi patria  
se mira la gran corona  
y el antiguo pie se lava,  
desde su barca Alción  
suspiros y redes lanza,  
los suspiros por el cielo  
y las redes por el agua,  
*y sin tener mancilla  
mirábale su Amor desde la orilla.*

En un mismo tiempo salen  
de las manos y del alma  
los suspiros y las redes  
hacia el fuego y hacia el agua.  
Ambos se van a su centro,  
do su natural les llama,  
desde el corazón los unos,  
las otras desde la barca,  
*y sin tener mancilla  
mirábale su Amor desde la orilla.*

El pescador, entre tanto,

viendo tan cerca la causa,  
y que tan lejos está  
de su libertad pasada,  
hacia la orilla se llega,  
adonde con igual pausa  
hieren el agua los remos  
y los ojos de ella el alma,  
*y sin tener mancilla  
mirábale su Amor desde la orilla.*

Y aunque el deseo de verla,  
para apresurarle, arma  
de otros remos la barquilla,  
y el corazón de otras alas,  
porque la ninfa no huya,  
no llega más que a distancia  
de donde tan solamente  
escuche aquesto que canta:  
*«Dejadme triste a solas  
dar viento al viento y olas a las olas.»*

Volad al viento, suspiros,  
y mirad quién os levanta  
de un pecho que es tan humilde  
a partes que son tan altas.  
Y vosotras, redes mías,  
calaos en las ondas claras,  
adonde os visitaré  
con mis lágrimas cansadas,  
*«Dejadme triste a solas  
dar viento al viento y olas a las olas.»*

Dejadme vengar de aquélla  
que tomó de mi venganza  
de más leales servicios  
que arenas tiene esta playa;  
dejadme, nudosas redes,  
pues que veis que es cosa clara  
que más que vosotras nudos  
tengo para llorar causas.  
*«Dejadme triste a solas  
dar viento al viento y olas a las olas.»*

Las redes sobre el arena,  
y la barquilla ligada  
a una roca que las ondas  
convierten de piedra en agua,  
el pobre Alción se queja  
por ver a la hermosa Glauca  
fuego de los pescadores  
y gloria de aquella playa.  
Buscándola con los ojos,  
en altas rocas la llama:  
«Glauca, dice, ¿dónde estás?  
¿Por qué nueva ocasión tardas?  
¿Haste arrepentido acaso  
de haber dado tu palabra  
de llegar a mis rediles  
antes que el lucero salga?  
¡Oh, perjura!, si a mi fe  
y a tu juramento faltas,  
esperen mayor tributo  
de mis ojos estas aguas.  
¿Glauca mía, no respondes  
o gustas de ver mis ansias  
porque a costa de mis daños  
de mi fe te satisfagas?  
Si es esto, yo te perdono  
todo el tiempo que dilatas  
en mostrar a tu Alción  
de su bien y mal la causa.  
Mas, triste, ¡cuántos agujeros  
y señales de mudanzas!  
El fiero viento se esfuerza  
y las olas van más altas,  
los delfines van nadando  
por lo más alto del agua,  
tormenta amenaza el mar:  
sin duda se muda Glauca.»  
Venía la ninfa bella  
por la ribera, descalza,  
dando cuerda a los anzuelos  
y requiriendo las nasas,  
el rubio cabello al viento,  
de tal suerte, que quedaban,  
más que en los anzuelos peces,  
entre sus cabellos almas,  
viendo con cuánta pasión,  
más que nunca aljofaradas,

competían en blancura  
las espumas con sus plantas:  
mas la hermosa pescadora,  
que estas voces escuchaba,  
no pudo sufrirlas más,  
y fue prueba harto pesada;  
y, viendo que el pescador  
con atención la miraba,  
de peces privando al mar,  
y al que la mira del alma,  
llena de risa responde:  
«Mi Alción, no haya más, basta;  
perdona el haber tardado,  
pues ganas con mi tardanza.»  
Corriendo por la ribera,  
colérica, acelerada,  
a su albergue se volvió,  
y el pescador a su barca.

## V

Érase una vieja  
de gloriosa fama,  
amiga de niñas,  
de niñas que labran.  
Para su contento  
alquiló una casa  
donde sus vecinas  
hagan sus coladas.  
Con la sed de amor  
corren a la balsa  
cien mil sabandijas  
de natura varia,  
a que con sus manos,  
pues tiene tal gracia  
como el unicornio,  
bendiga las aguas.  
También acudía  
la viuda honrada,  
del muerto marido  
sintiendo la falta,  
con tan grande extremo,  
que allí se juntaba  
a llorar por él  
lágrimas cansadas.

## VI

Diez años vivió Belerma  
con el corazón difunto  
que le dejó en testamento  
aquel francés boquirrubio.  
Contenta vivió con él,  
aunque a mí me dijo alguno  
que viviera más contenta  
con trescientas mil de juro.  
A verla vino doña Alda,  
viuda del conde Rodulfo,  
conde que fue en Normandía  
lo que a Jesu Cristo plugo,  
y hallándola muy triste  
sobre un estrado de luto,  
con los ojos que ya eran  
orinales de Neptuno,  
riéndose muy despacio  
de su llorar importuno,  
sobre el muerto corazón  
envuelto en un paño sucio,  
le dice: «Amiga Belerma,  
cese tan necio diluvio,  
que anegará vuestros años  
y ahogará vuestros gustos.  
Estése allá Durandarte  
donde la suerte le cupo;  
buen pozo haya su alma,  
y pozo que esté sin cubo.  
Si él os quiso mucho en vida,  
también le quisistes mucho,  
y si tiene abierto el pecho,  
queréllese de su escudo.  
¿Qué culpa tuviste vos  
de su entierro, siendo justo  
que el que como bruto muere,  
que le entierren como a bruto?  
Muriera él acá en París  
a do tiene su sepulcro,  
que allí le hicieran lugar  
los antepasados suyos.  
Volved luego a Montesinos  
ese corazón que os trujo,

y enviadle a preguntar  
si por gavilán os tuvo.  
Descosed y desnudad  
las tocas de lienzo crudo,  
el mongilón de bayeta  
y el manto basto peludo;  
que aun en las viudas más viejas,  
y de años más caducos  
las tocas cubren a enero  
y los monjiles a julio;  
cuánto más a una muchacha  
que le faltan días algunos  
para cumplir los treinta años,  
que yo desdichada cumplo.  
Seis hace, si bien me acuerdo,  
el día de Santiñuflo,  
que perdí aquel mal logrado  
que hoy entre los vivos busco.  
Holguéme de cuatro y ocho  
haciéndoles dos mil hurtos,  
a las palomas de besos  
y a las tórtolas de arrullos.  
Sentí su fin, pero más  
que muriese sin ver fruto,  
sin ver flujo de mi vientre,  
porque siempre tuve pujo;  
mas no por eso ultrajé  
mi buena tez con rasguños,  
cabal me quedó el cabello,  
y los ojos casi enjutos.  
Aprended de mí, Belerma,  
holguémonos de consumo,  
llévese el mar lo llorado,  
y lo suspirado el humo.  
No hiléis memorias tristes  
en este aposento oscuro,  
que cual gusano de seda  
moriréis en el capullo.  
Haced lo que en su fin hace  
el pájaro sin segundo,  
que nos habla en sus cenizas  
de pretérito y futuro.  
Llorad su muerte, mas sea  
con lagrimillas al uso;  
de lo mal pasado nazca  
lo por venir más seguro.

Pongámonos a la par  
dos toquitas de repulgo,  
ceja en arco, y manos blancas,  
y dos perritos lanudos.  
Yedras verdes somos ambas,  
a quien dejaron sin muros  
de la Muerte y del Amor  
baterías e infortunios.  
Busquemos por do trepar,  
que a lo que de ambas presumo  
no nos faltarán en Francia  
pared gruesa, tronco duro.  
La iglesia de San Dionís  
canónigos tiene muchos,  
delgados, cariaguileños,  
carihartos y espaldudos.  
Escojamos como peras  
dos déligos capotuncios,  
de aquestos que andan en mulas,  
y tienen algo de mulos;  
de estos Alejandro Magnos,  
que no tienen por disgusto  
por dar en nuestros broqueles,  
que demos en sus escudos.  
De todos los Doce Pares  
y sus nones abrenuncio,  
que calzan bragas de malla,  
y de acero los pantuflos.  
¿De qué nos sirven, amiga,  
petos fuertes, yelmos lucios?  
Armados hombres queremos,  
armados, pero desnudos.  
De vuestra Mesa Redonda  
francos paladines huyo,  
donde ayunos os sentáis  
y os levantáis más ayunos.  
La de cuatro esquinas quiero,  
que la ventura me puso  
en casa de un cuatro picos,  
de todos cuatro picudo;

donde sirven la Cuaresma  
sabrosísimos besugos,  
y turmas en el Carnal,  
con su caldillo y su zumo.»  
Más iba a decir doña Alda,

pero a lo demás dio un nudo,  
porque de don Montesinos  
entró un pajecillo zurdo.

## VII

En la pedregosa orilla  
del turbio Guadalmellato,  
que al claro Guadalquivir  
le paga el tributo en barro,  
guardando unas flacas yeguas  
a la sombra de un peñasco,  
con la mano en la muñeca  
estaba el pastor Galayo;  
pastor pobre y sin abrigo  
para los yelos de mayo,  
no más de por estar roto  
desde el tronco a lo más alto.  
Quejábase reciamente  
del Amor, que le ha matado  
en la mitad de los lomos  
con el arpón de un tejado,  
por la linda Teresona,  
ninfa que siempre ha guardado  
orillas de Vecinguerra  
animales vidriados;  
hija de padres que fueron  
pastores de este ganado,  
el uno orilla de Esgueva,  
el otro orilla de Darro.  
De ésta, pues, Galayo andaba  
tiesamente enamorado,  
lanzando del pecho ardiente  
regüeldos amartelados.  
No siente tanto el desdén  
con que de ella era tratado,  
cuanto la terrible ausencia  
le comía medio lado,  
aunque para consolarse  
sacaba de rato en rato  
un cordón de sus cabellos,  
y tejido de su mano,  
tan delicado y curioso,  
tan curioso y delicado,  
que si el cordón es tomiza,

los cabellos son esparto.  
Con lágrimas le humedece  
el yegüero desdichado,  
aunque después con suspiros  
quedó enjuto y perfumado,  
y en un papelón de estraza,  
habiéndole antes besado,  
le envuelve, y saca del seno  
de su pastora un retrato,  
que en un pedazo de anjeo,  
no sin primor ni trabajo,  
con una espátula vieja  
se lo pintó un boticario.  
Y clavando en él la vista,  
en tono romadizado,  
estos versos cantó al son  
de un mortero y de su mano:  
«Dulce retrato de aquella  
enemiga desabrida,  
que para acabar mi vida  
no tiene en sus ojos mella;  
la paciencia se me apoca  
de ver cuán al vivo tienes  
la frente entre las dos sienes  
y los dientes en la boca;  
y que es tal el regalado  
mirar de tus ojos bellos,  
que el que está más lejos de ellos,  
ese está más apartado;  
y así, aunque me hagan guerra,  
mirándolos me estaría  
toda la noche y el día,  
comiendo turmas de tierra.  
Retrato, pues, soberano  
que según es tu primor  
tuvo al hacerte el pintor  
cinco dedos en su mano,  
si no quieres verme difunto  
según por ti me derriengo,  
mírame, pues ves que tengo  
la nariz tan en su punto;  
mírame, ninfa gentil,  
que ayer me miré en un charco,  
y vi que era rubio y zarco  
como Dios hizo un candil.»

## VIII

*¡Que se nos va la Pascua, mozas,  
que se nos va la Pascua!*

Mozuelas las de mi barrio,  
loquillas y confiadas,  
mirad no os engañe el tiempo,  
la edad y la confianza.  
No os dejéis lisonjear  
de la juventud lozana,  
porque de caducas flores  
teje el tiempo sus guirnaldas.

*¡Que se nos va la Pascua, mozas,  
que se nos va la Pascua!*

Vuelan los ligeros años,  
y con presurosas alas  
nos roban, como harpías,

nuestras sabrosas viandas.  
La flor de la maravilla  
esta verdad nos declara,  
porque le hurta la tarde  
lo que le dio la mañana,

*¡Que se nos va la Pascua, mozas,  
que se nos va la Pascua!*

Mirad que cuando pensáis  
que hacen la señal del alba  
las campanas de la vida,

es la queda, y os desarman  
de vuestro color y lustre,  
de vuestro donaire y gracia,  
y quedáis todas perdidas  
por mayores de la marca.

*¡Que se nos va la Pascua, mozas,  
que se nos va la Pascua!*

Yo sé de una buena vieja  
que fue un tiempo rubia y zarca,

y que al presente le cuesta  
harto caro el ver su cara,  
porque su bruñida frente  
y sus mejillas se hallan  
más que roquete de obispo  
encogidas y arrugadas.

*¡Que se nos va la Pascua, mozas,  
que se nos va la Pascua!*

Y sé de otra buena vieja,  
que un diente que le quedaba  
se lo dejó este otro día  
sepultado en unas natas,  
y con lágrimas le dice:  
«Diente mío de mi alma,  
yo sé cuándo fuistes perla,  
aunque ahora no sois caña.»

*¡Que se nos va la Pascua, mozas,  
que se nos va la Pascua!*

Por eso, mozuelas locas,  
antes que la edad avara  
el rubio cabello de oro  
convierta en luciente plata,  
quered cuando sois queridas,  
amad cuando sois amadas,  
mirad, bobas, que detrás  
se pinta la ocasión calva.

*¡Que se nos va la Pascua, mozas,  
que se nos va la Pascua!*

Amarrado al duro banco  
de una galera turquesca,  
ambas manos en el remo  
y ambos ojos en la tierra,  
un forzado de Dragut  
en la playa de Marbella  
se quejaba al ronco son  
del remo y de la cadena:  
«¡Oh sagrado mar de España,  
famosa playa serena,  
teatro donde se han hecho  
cien mil navales tragedias!,

pues eres tú el mismo mar  
que con tus crecientes besas  
las murallas de mi patria,  
coronadas y soberbias,  
tráeme nuevas de mi esposa,  
y dime si han sido ciertas  
las lágrimas y suspiros  
que me dice por sus letras,  
porque si es verdad que llora  
mi cautiverio en tu arena,  
bien puedes al mar del Sur  
vencer en lucientes perlas.  
Dame ya, sagrado mar,  
a mis demandas respuesta,  
que bien puedes, si es verdad  
que las aguas tienen lengua,  
pero, pues no me respondes,  
sin duda alguna que es muerta,  
aunque no lo debe ser,  
pues que vivo yo en su ausencia.  
¡Pues he vivido diez años  
sin libertad y sin ella,  
siempre al remo condenado  
a nadie matarán penas!»  
En esto se descubrieron  
de la Religión seis velas,  
y el cómitre mandó usar  
al forzado de su fuerza.

## IX

La desgracia del forzado,  
y del corsario la industria,  
la distancia del lugar  
y el favor de la Fortuna,  
que por las bocas del viento  
les daba a soplos ayuda  
contra las cristianas cruces  
a las otomanas lunas,  
hicieron que de los ojos  
del forzado a un tiempo huyan,  
dulce patria, amigas velas,  
esperanzas y ventura.  
Vuelve, pues, los ojos tristes  
a ver cómo el mar le hurta

las torres, y le da nubes,  
las velas, y le da espumas.  
Y viendo más aplacada  
en el cómitre la furia,  
vertiendo lágrimas, dice,  
tan amargas como muchas:

*¿De quién me quejo con tan grande extremo,  
si ayudo yo a mi daño con mi remo?*

«Ya no esperen ver mis ojos,  
pues ahora no lo vieron,  
sin este remo las manos,  
y los pies sin estos hierros,  
que en esta desgracia mía  
Fortuna me ha descubierto  
que cuantos fueron mis años  
tantos serán mis tormentos.

*¿De quién me quejo con tan grande extremo,  
si ayudo yo a mi daño con mi remo?*

Velas de la Religión,  
enfrenad vuestro denuedo,  
que mal podréis alcanzarnos  
pues tratáis de mi remedio.  
El enemigo se os va,  
y favorece el tiempo  
por su libertad no tanto  
cuanto por mi cautiverio.

*¿De quién me quejo con tan grande extremo,  
si ayudo yo a mi daño con mi remo?*

Quedaos en aquesa playa,  
de mis pensamientos puerto;  
quejaos de mi desventura,  
y no echéis la culpa al viento.  
Y tú, mi dulce suspiro,  
rompe los aires ardiendo,  
visita a mi esposa bella,  
y en el mar de Argel te espero.»

*¿De quién me quejo con tan grande extremo,  
si ayudo yo a mi daño con mi remo?*

## X

Aquí entre la verde juncia  
quiero (como el blanco cisne  
que envuelto en dulce armonía,  
la dulce vida despide)  
despedir mi vida amarga  
envuelta en endechas tristes,  
y querellarme de aquélla  
tan hermosa como libre.  
Descanse entre tanto el arco  
de la cuerda que le aflige,  
y pendiente de sus ramos  
orne esta planta de Alcides,  
mientras yo a la tortolilla  
que sobre aquel olmo gime,  
le hurto todo el silencio  
que para sus quejas pide.  
Bellísima cazadora,  
más fiera que las que sigues  
por los bosques cruel verdugo  
de mis años infelices:  
tan grandes son tus extremos  
de hermosa y de terrible,  
que están los montes en duda  
si eres diosa o si eres tigre.  
Préciaste de tan soberbia  
contra quien es tan humilde  
que, considerados bien,  
todos los monteros dicen  
que los dos nos parecemos  
al roble que más resiste  
los soplos del viento airado:  
tú en ser dura, yo en ser firme.  
En esto sólo eres roble,  
y en lo demás flaca mimbre,  
no sólo a los recios vientos,  
mas a los aires sutiles.  
Ya no persigues, cruel,  
después que a mí me persigues,  
a los ciervos voladores  
ni a los fieros jabalíes.  
Ni de tu dichoso albergue  
las nobles paredes visten  
los despojos de las fieras

que, como a mí, muerte diste.  
No porque no gustes de ello,  
sino porque no te obligue  
el encontrarme en la caza  
a que siquiera me mires.  
Los monteros te suspiran  
por todos estos confines,  
y el mismo monte se agravia  
de que tus pies no le pisen,  
por el rastro que dejaban  
de rosas y de jazmines,  
tanto que eran a sus campos  
tus dos plantas dos abriles.  
Haz tu gusto, que yo quiero  
dejar (pues de ello te sirves)  
el espíritu cansado  
que mis flacos miembros rige.  
Conseguiremos en esto  
ambos a dos nuestros fines:  
tú el de cruel en dejarme,  
yo el de leal en morirme.  
Tú, rey de los otros ríos,  
que de las sierras sublimes  
de Segura al Océano  
el fértil terreno mides,  
pues en tu dichoso seno  
tantas lágrimas recibes  
de mis ojos, que en el mar  
entran dos Guadalquivires,  
ruégote que su crueldad  
y mi firmeza publiques  
por todo el húmedo reino  
de la gran madre de Aquiles,  
porque no sólo en las selvas,  
mas los que en las aguas viven  
conozcan quién es Daliso  
y quién es la ingrata Nise.

## XI

Aquel rayo de la guerra  
Alférez Mayor del Reino,  
tan galán como valiente  
y tan noble como fiero,  
de los mozos invidiado,

admirado de los viejos,  
y de los niños y el vulgo  
señalado con el dedo;  
el querido de las damas  
por cortesano y discreto,  
hijo hasta allí regalado  
de la fortuna y del tiempo;  
el que vistió las mezquitas  
de victoriosos trofeos,  
el que pobló las mazmorras  
de cristianos caballeros;  
el que dos veces armado  
más de valor que de acero  
a su patria libertó  
de dos peligrosos cercos;  
el gallardo Abenzulema  
sale a cumplir el destierro  
a que le condena el Rey,  
o el Amor, que es lo más cierto.  
Servía a una mora el moro  
por quien el Rey anda muerto,  
en todo extremo hermosa,  
y discreta en todo extremo.  
Diole unas flores la dama,  
que para él flores fueron,  
y para el celoso Rey  
hierbas de mortal veneno,  
pues de la hierba tocado  
le manda desterrar luego,  
culpando su lealtad  
para disculpar sus celos.  
Sale, pues, el fuerte moro  
sobre un caballo overo,  
que a Guadalquivir el agua  
le bebió, y le pació el heno,  
con un hermoso jaez,  
rica labor de Marruecos,  
las piezas de filigrana,  
la mochila de oro y negro.  
Tan gallardo iba el caballo,  
que en grave y airoso huello  
con ambas manos medía  
lo que hay de la cincha al suelo.  
Sobre una marlota negra  
un blanco albornoz se ha puesto,  
por vestirse los colores

de su inocencia y su duelo.  
Bordó mil hierros de lanzas  
por el capellar, y en medio  
en arábigo una letra,  
que dice: «Estos son mis hierros.»  
Bonete lleva turquí  
derribado al lado izquierdo,  
y sobre él tres plumas presas  
de un precioso camafeo.  
No quiso salir sin plumas,  
porque vuelen sus deseos,  
si quien le quita la tierra  
también no le quita el viento.  
No lleva más de un alfanje,  
que le dio el Rey de Toledo  
porque para un enemigo  
él le basta, y su derecho.  
De esta suerte sale el moro  
con animoso denuedo,  
en medio de dos alcaldes,  
de Arjona y del Marmolejo.  
Caballeros le acompañan,  
y le sigue todo el pueblo,  
y las damas, por do pasan,  
se asoman llorando a verlo.  
Lágrimas vierten ahora  
de sus tristes ojos bellos  
las que desde sus balcones  
aguas de olor le vertieron.  
La bellísima Balaja  
que llorosa en su aposento  
las sinrazones del Rey  
le pagaban sus cabellos,  
como tanto estruendo oyó,  
a un balcón salió corriendo,  
y enmudecida le dijo,  
dando voces con silencio:  
«Vete en paz, que no vas solo,  
y en tu ausencia ten consuelo,  
que quien te echa de Jaén  
no te echará de mi pecho.»  
Él con el mirar responde:  
«Yo me voy, y no te dejo:  
de los agravios del Rey  
para tu firmeza apelo.»  
Con esto pasó la calle,

los ojos atrás volviendo  
cien mil veces, y de Andújar  
tomó el camino derecho.

## XII

Noble desengaño,  
gracias doy al cielo  
que rompiste el lazo  
que me tenía preso.  
Por tan gran milagro  
colgaré en tu templo  
las graves cadenas  
de mis graves yerros.  
Las fuertes coyundas  
del yugo de acero,  
que con tu favor  
sacudí del cuello,  
las húmidas velas  
y los rotos remos  
que escapé del mar  
y ofrecí en el puerto,  
ya de tus paredes  
serán ornamento,  
gloria de tu nombre,  
y de Amor descuento.  
Y así, pues que triunfas  
del rapaz arquero,  
tiren de tu carro  
y sean tu trofeo  
locas esperanzas,  
vanos pensamientos,  
pasos esparcidos,  
livianos deseos,  
rabiosos cuidados,  
ponzoñosos celos,  
infernales glorias,  
gloriosos infiernos.  
Compóngante himnos,  
y digan sus versos  
que libras cautivos  
y das vista a ciegos.  
Ante tu deidad  
hónrense mil fuegos  
del sudor precioso

del árbol sabeo.  
Pero ¿quién me mete  
en cosas de seso,  
y en hablar de veras  
en aquestos tiempos,  
donde el que más trata  
de burlas y juegos,  
ése es quien se viste  
más a lo moderno?  
Ingrata señora  
de tus aposentos,  
más dulce y sabrosa  
que nabo en Adviento,  
aplícame un rato  
el oído atento,  
que quiero hacer auto  
de mis devaneos.  
¡Qué de noches frías  
que me tuvo el hielo  
tal, que por esquina  
me juzgó tu perro,  
y alzando la pierna,  
con gentil denuedo,  
me argentó de plata  
los zapatos negros!  
¡Qué de noches de éstas,  
señora, me acuerdo  
que andando a buscar  
chinas por el suelo,  
para hacer la seña  
por el agujero,  
al tomar la china  
me ensució los dedos!  
¡Qué de días anduve  
cargado de acero  
con harto trabajo,  
porque estaba enfermo!  
Como estaba flaco  
parecía cencerro:  
hierro por de fuera,  
por de dentro hueso.  
¡Qué de meses y años  
que viví muriendo  
en la Peña Pobre  
sin ser Beltenebros,  
donde me acaeció

mil días enteros  
no comer sino uñas,  
haciendo sonetos!  
¡Qué de necedades  
escribí en mil pliegos,  
que las ríes tú ahora,  
y yo las confieso!  
Aunque las tuvimos  
ambos, en un tiempo,  
yo por discreciones  
y tú por requiebros.  
¡Qué de medias noches  
canté en mi instrumento:  
«Socorred, señora,  
con agua a mi fuego!»  
Donde, aunque tú no  
socorríste luego,  
socorrió el vecino  
con un gran caldero.  
Adiós, mi señora,  
porque me es tu gesto  
chimenea en verano  
y nieve en invierno,  
y el bazo me tienes  
de guijarros lleno,  
porque creo que bastan  
seis años de necio.

## XII

Entre los sueltos caballos  
de los vencidos Cenetes,  
que por el campo buscaban  
entre la sangre lo verde,  
aquel español de Orán  
un suelto caballo prende,  
por sus relinchos lozano,  
y por sus cernejas fuerte,  
para que le lleve a él,  
y a un moro cautivo lleve,  
un moro que ha cautivado,  
capitán de cien jinetes.  
En el ligero caballo  
suben ambos, y él parece,  
de cuatro espuelas herido,

que cuatro alas le mueven.  
Triste camina el alarbe,  
Y lo más bajo que puede  
ardientes suspiros lanza  
y amargas lágrimas vierte.  
Admirado el español  
de ver cada vez que vuelve  
que tan tiernamente llore  
quien tan duramente hiere,  
con razones le pregunta,  
comedidas y corteses,  
de sus suspiros la causa,  
si la causa lo consiente.  
El cautivo, como tal,  
sin excusas le obedece,  
y a su piadosa demanda  
satisface de esta suerte:  
«Valiente eres, capitán,  
y cortés como valiente:  
por tu espada y por tu trato  
me has cautivado dos veces.  
Preguntado me has la causa  
de mis suspiros ardientes,  
y débote la respuesta  
por quien soy y por quien eres.  
En los Gelves nació, el año  
que os perdistes en los Gelves,  
de una berberisca noble  
y de un turco matasiete.  
En Tremecén me crié  
con mi madre y mis parientes  
después que perdí a mi padre,  
corsario de tres bajeles.  
Junto a mi casa vivía,  
porque más cerca muriese,  
una dama del linaje  
de los nobles Melioneses,  
extremo de las hermosas,  
cuando no de las crueles,  
hija al fin de estas arenas,  
engendradoras de sierpes.  
Cada vez que la miraba  
salía un sol por su frente,  
de tantos rayos ceñido  
cuantos cabellos contiene.  
Juntos así nos criamos,

Y Amor en nuestras niñeces  
hirió nuestros corazones  
con arpones diferentes.  
Labró el oro en mis entrañas  
dulces lazos, tiernas redes,  
mientras el plomo en las tuyas  
libertades y desdenes.  
Apenas vide trocada  
la dureza de esta sierpe,  
cuando tú me cautivaste:  
¡mira si es bien que lamente!  
Ésta es la causa, español,  
que a llanto pudo moverme:  
mira si es razón que llore  
tantos males juntamente.»  
Conmovido, el capitán  
de las lágrimas que vierte,  
parando el veloz caballo,  
pare sus males promete.  
«Gallardo moro, le dice,  
si adoras como refieres,  
y si como dices amas,  
dichosamente padeces.  
¿Quién pudiera imaginar,  
viendo tus golpes crueles,  
cupiera un alma tan tierna  
en pecho tan duro y, fuerte?  
Si eres del Amor cautivo,  
desde aquí puedes volverte,  
que me pedirán por voto  
lo que entendí que era suerte.  
Y no quiero por rescate  
que tu dama me presente  
ni las alfombras más finas  
ni las granas más alegres.  
Anda con Dios, sufre y ama,  
y vivirás, si lo hicieres,  
con tal que cuando la veas  
hayas de volver a verme.»  
Apeóse del caballo,  
y el moro tras él descende,  
y, por el suelo postrado  
la boca a sus pies ofrece.  
«Vivas mil años, le dice,  
noble capitán valiente,  
pues ganas más con librarne

que ganaste con prenderme.  
Alah se quede contigo,  
y te dé victoria siempre  
para que extiendas tu fama  
con hechos tan excelentes.»  
Escuchadme un rato atentos,  
codiciosos noveleros,  
pagadme de estas verdades  
los portes en el silencio.  
Del nuevo Mundo os diré  
las cosas que me escribieron  
en las zabras, que allegaron  
cuatro amigos chichumecos.  
Dicen que es allá la tierra  
lo que por acá es el suelo,  
muy abundante de minas  
porque lo es de conejos.  
Que andaban los naturales  
desnudos por los desiertos,  
pero que ya andan vestidos,  
si no es el que se anda en cueros.  
Que comían carne cruda,  
pero que ya en este tiempo  
la cuecen y asan todos,  
si no es el mujeriego.  
Que no hay zorras en ayunas,  
y que hay monas en bebiendo,  
y que hay micos que preguntan:  
«¿Véseme el rabo de lejos?»  
Que hay unos gamos abades,  
y unos bien casados ciervos,  
según picos de bonetes,  
y garcetas de sombreros.  
Que hay unos fieros leones,  
digo fieros, por sus fieros;  
que son leones de piedra  
desatados en sus hechos.  
Que hay unas hermosas grullas  
que darán por vos el sueño  
si les ocupáis las manos  
con un diamante de precio.  
Que hay también unas cigüeñas  
que anidan en monasterios,  
largas por eso de pico,  
y de honrar torres de viento.  
Que hay unas bellas picazas

vestidas de blanco y negro  
cuya música es palabras,  
y cuyo manjar es necios.  
Que hay unas gatas que logran  
lo mejor de sus eneros  
con gatos de refitorios  
y con gatos de dineros.  
Que hay unas tigres que dan  
con manos de vara, y menos,  
tal bofetón a una bolsa  
que escupe las muelas luego.  
Que andan unos avestruces  
que saben digerir hierros  
de hijas, y de mujeres,  
¡oh, qué estómagos tan buenos!  
Que hay unas vides que abrazan  
unos ricos olmos viejos  
porque sustenten sus ramas  
sus codiciosos sarmientos.  
Que hay en aquellas dehesas  
un toro... Mas luego vuelvo,  
y quédese mi palabra  
empeñada en el silencio.

### XIII

«Ensíllenme el asno rucio  
del alcalde Antón Llorente,  
dénme el tapador de corcho  
y el gabán de paño verde,  
el lanzón en cuyo hierro  
se han orinado los meses,  
el casco de calabaza  
y el vizcaíno machete,  
y para mi caperuza  
las plumas del tordo dénme,  
que por ser Martín el tordo  
servirán de martinetes.  
Pondréle el orillo azul  
que me dio para ponelle  
Teresa la del Villar,  
hija de Pascual Vicente;  
y aquella patena en cuadro  
donde de latón se ofrecen  
la madre del virotero

y aquel Dios que calza arneses,  
tan en pelota y tan juntos,  
que en nudos ciegos los tienen,  
al uno redes y brazos,  
y al otro brazos y redes,  
cuyas figuras en torno  
acompañan y guarnecen  
ramos de nogal y espigas,  
y por letra: Pan y nueces.»  
Esto decía Galayo  
antes que al Tajo partiese,  
¡aquel yegüero llorón,  
aquel jumental jinete,  
natural de do nació,  
de yegüeros descendiente,  
hombres que se proveen ellos  
sin que los provean los Reyes!  
Trajéronle la patena,  
y suspirando mil veces  
del Dios garañón miraba  
la dulce Francia y la suerte.  
Piensa que sera Teresa  
la que descubren y prenden  
agudos rayos de envidia,  
y de celos nudos fuertes:  
«Teresa de mis entrañas,  
no te gazmies ni ajaqueques,  
que no faltarán zarazas  
para los perros que muerden.  
Aunque es largo mi negocio,  
mi vuelta será muy breve,  
el día de san Ciruelo  
o la semana sin viernes.  
No te parezcas a Venus,  
ya que en beldad le pareces  
en hacer de tantos huevos  
tantas frutas de sartenes.  
Cuando sola te imagines,  
para que de mí te acuerdes,  
ponle a un pantuflo aguileño  
un reverendo bonete.  
Si creciere la tristeza,  
una lonja cortar puedes  
de un jamón, que bien sabrá  
tornarte, de triste, alegre.  
¡Oh, cómo sabe una lonja

más que todos cuantos leen,  
y rabos de puercos más  
que lenguas de bachilleres!  
Mira, amiga, tu pantuflo,  
porque verás, si lo vieres,  
que se parece a mi cara  
como una leche a otra leche.  
Acuérdate de mis ojos,  
que están, cuando estoy ausente,  
encima de la nariz  
y debajo de la frente.»  
En esto llegó Bandurrio  
diciéndole que se apreste,  
que para sesenta leguas  
le faltan tres veces veinte.  
A dar, pues, se parte el bobo  
estocadas y reveses,  
y tajos, orilla el Tajo,  
en mil hermosos broqueles.

#### XIV

Ahora, que estoy despacio,  
cantar quiero en mi bandurria  
lo que en más grave instrumento  
cantara: mas no me escuchan.  
Arrímense ya las veras  
y celébrense las burlas,  
pues da el mundo en niñerías,  
al fin, como quien caduca.  
Libre un tiempo y descuidado,  
Amor, de tus garatusas,  
en el coro de mi aldea  
cantaba mis aleluyas,  
con mi perro y mi hurón  
y mis calzas de gamuza,  
por ser recias para el campo  
y por guardar las velludas,  
fatigaba el verde suelo,  
donde mil arroyos cruzan  
como sierpes de cristal  
entre la hierba menuda,  
ya cantando orilla el agua,  
ya cazando en la espesura,  
del modo que se ofrecían

los conejos o las Musas.  
Volvía de noche a casa,  
dormía sueño y soltura,  
no me despertaban penas  
mientras me dejaban pulgas;  
en la botica otras veces  
me daban muy buenas zurras  
del triunfo con el Alcalde,  
del ajedrez con el Cura;  
gobernaba de allí el mundo,  
dándole a soplos ayuda  
a las católicas velas  
que el mar de Bretaña surcan;  
y hecho otro nuevo Alcides,  
trasladaba sus columnas  
de Gibraltar a Japón  
con su segundo Plus Ultra;  
daba luego vuelta a Flandes,  
y de su guerra importuna  
atribuía la palma,  
ya a la fuerza, ya a la industria;  
y con el Beneficiado,  
que era doctor por Osuna,  
sobre Antonio de Lebrija  
tenía cien mil disputas.  
Argüíamos también  
metidos en más honduras,  
si se podían comer  
espárragos sin la bula.  
Veníame por la plaza  
y de paso, vez alguna  
para mí compraba pollos,  
para mis vecinas turmas.  
Comadres me visitaban,  
que el pueblo tenía muchas;  
ellas me llaman compadre  
y taita sus criaturas.  
Lavábanme ellas la ropa,  
y en las obras de costura  
ellas ponían el dedal  
y yo ponía la aguja.  
La vez que se me ofrecía  
caminar a Extremadura,  
entre las más ricas de ellas  
me daban cabalgaduras.  
A todas quería bien,

con todas tenía ventura,  
porque a todas igualaba  
como tijeras de murtas.  
Ésta era mi vida, Amor,  
antes que las flechas tuyas  
me hicieran su terrero  
y blanco de desventuras.  
Enseñásteme, traidor,  
la mañana de San Lucas  
en un rostro como almendras,  
ojos garzos, trenzas rubias.  
Tales eran trenzas y ojos,  
que tengo por muy sin duda  
que cayera en tentación  
un viejo con estrangurria.  
Desde entonces acá sé  
que matas, y que aseguras,  
que das en el corazón  
y que a los ojos apuntas.  
Sé que nadie se te escapa,  
pues cuando más de ti huya,  
no hay vara de Inquisición  
que así halle al que tú buscas.  
Sé que es tu guerra civil,  
y sé que es tu paz de Judas;  
que esperas para batalla  
y convidas para justa.  
Sé que te armas de diamante  
y nos das lanzas de juncia,  
y para arneses de vidrio  
espada de acero empuñas.  
Sé que es la del rey Fineo  
tu mesa, y tu cama dura  
potro en que nos das tormento;  
tu sueño, sueño de grullas.  
Sé que para el bien te duermes,  
y que para el mal madrugas,  
que te sirves como grande  
y que pagas como mula.  
Perdona, pues, mi bonete,  
no muestres en él tu furia,  
válgame esta vez la Iglesia,  
mira que te descomulga.  
Levantas el arco, y vuelves  
de tus saetas las puntas  
contra los que sus juicios

significan bien sus plumas;  
mas con los que ciñen armas  
bien callas y disimulas.  
De gallinas son tus alas,  
vete para hideputa.

## XV

Criábase el Albanés  
en la Corte de Amurates,  
no como prendas cautivas  
en rehenes de su padre,  
sino como se criara  
el mayor de los sultanes,  
del Gran Señor regalado,  
querido de los Bajaes.  
Mancebo de altos principios  
y de pensamientos graves,  
de esperanzas vinculadas  
con su generosa sangre,  
gran capitán en las guerras,  
gran cortesano en las paces,  
de los soldados escudo,  
espejo de los galanes;  
recién venido era entonces  
de vencer y de ganalles  
al Húngaro dos banderas,  
y al Sofí cuatro estandartes.  
Mas ¿qué aprovecha domar  
invencibles capitanes,  
y contraponer el pecho  
a mil peligros mortales,  
si un niño ciego le vence  
no más armado que en carnes,  
y en el corazón le deja  
dos arpones penetrantes?  
Dos penetrantes arpones,  
que son los ojos süaves  
de las dos más bellas turcas  
que tiene todo el Levante;  
que no hay turquesas tan finas  
que a sus ojos se comparen,  
discretas en todo extremo,  
y de gracias singulares.  
No le defendió el escudo

hecho de finos diamantes,  
porque el amoroso fuego  
es al rayo semejante,  
que el duro hierro en sus manos  
le disminuye y deshace;  
no para en el hierro Amor  
que, sin errar tiro, sabe  
poner en el alma el hierro,  
y en la cara las señales.  
Fue tan desdichado en paz  
cuanto en la guerra triunfante,  
rendido en paz de mujeres  
siendo en guerra un fiero Marte,  
bien conoció su valor  
Amor, pues para enlazalle  
(por tener sujeto Amor  
al que sujetó al Dios Marte),  
un lazo vio que era poco,  
y quiso con dos vendalle.

## XVI

Triste pisa y afligido  
las arenas de Pisuerga  
el ausente de su dama,  
el desdichado Zulema,  
moro alcaide, y no vellido,  
amador con ajaqueca,  
arrocinado de cara  
y carigordo de piernas.  
No lleva por la marlota  
bordada cifra, ni empresa  
en el campo de la adarga,  
ni en la banderilla letra,  
porque es el moro idiota,  
y no ha tenido poeta  
de los sastres de este tiempo  
cuyas plumas son tijeras.  
Los ojos tiene en el río  
cuyas ondas se le llevan,  
y él envueltas en las ondas  
lleva sus lágrimas tiernas.  
Tanto llora el hideputa,  
que si el año de la seca  
llorara en dos hazas mías,

acudiera a diez hanegas.  
Los espacios que no llora  
de memorias se alimenta,  
porque le dan las memorias  
lo que los ojos le niegan.  
Piensos se da de memorias,  
rumiando glorias y penas,  
como rábanos mi mula,  
y una mona berenjenas.  
Contempla luego en Balaja,  
la cual, mientras la contempla,  
olas de imaginación  
o se la traen, o la llevan.  
Y ella se está merendando  
duraznicos en su huerta,  
y tirándole los cuescos  
al que tal pasa por ella.  
Ojos claros, cejas rubias  
al vivo se le presentan,  
lanzando rayos los ojos  
y flechas de amor las cejas.  
El moro, contemplativo,  
a los de su dama vuela,  
como a los ojos del búho  
cernícalos de uñas prietas.  
«¡Ay, mora bella le dice,  
no menos dulce que bella,  
no estraguen tu condición  
las condiciones de ausencia!  
¡Ay, moro, más gemidor  
que el eje de una carreta,  
pues no soy tu mora yo,  
no me quiebres la cabeza!  
Recibe allá este suspiro  
y este llanto de esta tierra,  
donde el Rey me ha desterrado  
y mis cuidados me entierran.  
Llore alto, moro amigo,  
suspire recio y con fuerza,  
que han de andar llanto y suspiro  
más de noventa y seis leguas.»  
En esto ya, salteado  
de una varonil vergüenza,  
a lavar el tierno rostro  
de su caballo se apea.  
También se apea el galán,

porque quiere en el arena  
sembrar perejil guisado  
para vuestras reverencias.

## XVII

Ilustre Ciudad famosa  
infidel un tiempo, madre  
de Zegríes y Gomeles,  
de Muzas y Reduanes,  
a quien dos famosos ríos  
con sus húmidos caudales  
el uno baña los muros,  
y el otro purga las calles;  
Ciudad (a pesar del tiempo)  
tan populosa y tan grande,  
que de tus ruinas solas  
se honraran otras ciudades;  
de mi patria me trujiste,  
y no a dar memoriales  
de mi pleito a tus Oidores,  
de mi culpa a tus Alcaldes,  
sino a ver de tus murallas  
los soberbios homenajes,  
tan altos, que casi quieren  
hurtarle el oficio a Atlante;  
y a ver de la fuerte Alhambra  
los edificios reales,  
en dos cuartos divididos  
de Leones y Comares,  
do están las salas manchadas  
de la mal vertida sangre  
de los no menos valientes  
que gallardos Bencerrajes;  
y las cuadras espaciosas  
do las damas y galanes  
ocupaban a sus Reyes  
con sus zambras y sus bailes;  
y a ver sus hermosas fuentes  
y sus profundos estanques  
que los veranos son leche  
y los inviernos cristales;  
y su cuarto de las frutas,  
fresco, vistoso y notable,  
injuria de los pinceles

de Apeles y de Timantes,  
donde tan bien las fingidas  
imitan las naturales,  
que no hay hombre a quien no burlen  
ni pájaro a quien no engañen;  
y a ver sus secretos baños  
do las aguas se reparten  
a las sostenidas pilas  
de alabastro en pedestales,  
do con sus damas la Reina  
bañándose algunas tardes,  
competían en blancura  
las espumas con sus carnes;  
y de tu Chancillería  
a ver los seis tribunales,  
donde cada dosel cubre  
tres o cuatro Majestades;  
y a ver su Real portada,  
labrada de piedras tales,  
que fuera menos costosa  
de rubíes y diamantes,  
para cuyo noble intento,  
porque más presto se acabe,  
se echan a culpas de cera  
condenaciones de jaspe;  
y a ver tu sagrado templo,  
donde es vencida en mil partes  
de la labor la materia,  
Naturaleza del arte,  
de cuya fábrica ilustre  
lo que es piedra injuria hace  
al fino oro que perfila  
sus molduras y follajes,  
de claraboyas ceñido  
por do los rayos solares  
entran a dorar a quien  
les da la lumbre que valen,  
cuyo cuerpo, aún no formado,  
nos promete en sus señales  
más fama que los que Roma  
edificó a sus Deidades;  
y que aquel cuyas cenizas  
en nuestras memorias arden  
de aquella, a quien por su mal  
vio el que mataron sus canes,  
y al de Salomón, aunque eran

sus piedras rubios metales,  
marfil y cedro sus puertas,  
plata fina sus umbrales;  
y a ver su hermosa torre,  
cuyas campanas suaves  
del aire con su armonía  
ocupan las raridades,  
tan perfecta, aun no acabada,  
que no sólo los que saben  
más del arte, dicen que es  
obra de arquitecto grande,  
más del pórvido lo bello,  
lo hermoso del filabre,  
aunque con lenguas de piedra  
loan al Maestro Sage;  
y a ver tu Real Capilla  
en cuyo túmulo yace  
con su cristiana Belona  
aquel católico Marte,  
a cuyos gloriosos cuerpos,  
aunque muertos, inmortales,  
por reliquias de valor  
España les debe altares;  
y a ver tu fértil escuela  
de Bártulos y de Abades,  
de Galenos y Avicenas,  
de Escotos y de Tomases;  
y a ver tu Colegio insigne,  
tanto, que puede igualarse  
a los que el agua del Tormes  
beben, y la de Henares,  
cuyas becas rojas vemos  
poblar Universidades,  
plazas de Audiencias, y sillas  
de Iglesias mil Catedrales;  
y a ver el templo y la casa  
de los Jerónimos frailes,  
donde está el mármol que sella  
al gran Gonzalo Fernández,  
digo los heroicos huesos  
de aquel Sol de capitanes,  
a quien mi patria le dio  
el apellido y los padres,  
cuyas armas siempre fueron,  
aunque abolladas, triunfantes  
de los franceses estoques

y de los turcos alfanjes,  
de que dan gloriosas señas  
las banderas y estandartes,  
los yelmos y los escudos,  
tablachines y turbantes  
de los Genízaros fieros  
y de los bárbaros Traces,  
de los segundos Reinaldos  
y de los nuevos Roldanes,  
que a sólo honrar su sepulcro  
de trofeos militares,  
unos rompieron el mar,  
y otros bajaron los Alpes;  
y a ver tu Albaicín, castigo  
de rebeldes voluntades,  
cuerpo vivo en otro tiempo,  
ya lastimoso cadáver;  
y a ver tu apacible vega,  
donde combatieron antes  
nuestros cristianos Maestres  
con tus paganos Alcaldes;  
y a ver tu Generalife,  
aquel retrato admirable  
del terreno deleitoso  
de nuestros primeros padres,  
do el ingenio de los hombres,  
de murtas y de arrayanes  
ha hecho a Naturaleza  
dos mil vistosos ultrajes,  
donde se ven tan al vivo  
de brótano tantas naves,  
que dirán, si no se mueven,  
que es por faltarles el aire;  
y a ver los cármenes frescos  
que al Darro cenefa hacen  
de aguas, plantas y edificios,  
formando un lienzo de Flandes,  
do el céfiro al blando chopo  
mueve con soplo agradable  
las hojas de argentería,  
y las de esmeralda al sauce;  
donde hay de árboles tal greña  
que parecen los frutales  
o que se prestan las frutas,  
o que se dan dulces paces;  
y del verde Dinadámar

a ver los manantiales,  
a quien las plantas cobijan  
porque los troncos les bañen;  
entre cuyos verdes ramos  
juntas las diversas aves,  
a cuatro y a cinco voces  
cantan motetes süaves;  
y al Jaragüí, donde esperan  
dulce olor los frescos valles,  
las primaveras de gloria,  
los otoños de azahares;  
cuyo suelo viste Flora  
de tapetes de Levante,  
sobre quien vierte el abril  
esmeraldas y balajes;  
y a ver de tus bellas damas  
los bellos rostros, iguales  
a los que en sus jerarquías  
las doradas plumas baten;  
por quien, nevado Genil,  
es muy justo que te alabes  
que excedes al sacro Ibero,  
y al rubio Tajo deshaces,  
pues en tus nobles orillas  
milagros de beldad nacen,  
envidia de otras riberas,  
eclipse de otras beldades,  
tan gallardas, sobre bellas,  
que no han visto las edades  
ni mantos de mayor brío,  
ni mirar de más donaire,  
tan discretas de razones  
y tan dulces de lenguaje,  
que dirás que entre sus perlas  
destila Amor sus panales;  
estas son, ciudad famosa,  
las que del Duero al Hidaspe  
te dan el honor y el lustre  
que al oro dan los esmaltes.  
En tu seno ya me tienes  
con un deseo insaciable  
de que alimenten mis ojos  
tus muchas curiosidades,  
dignas de que por gozallas,  
no sólo se desamparen  
las comarcas del Betis,

más las riberas del Ganges;  
y que se pasen por verlas  
no sólo dudosos mares,  
más las nieves de la Scythia,  
de Libia los arenales,  
pues eres, Granada ilustre,  
Granada de personajes,  
Granada de serafines,  
Granada de antigüedades;  
y al fin la mayor de cuantas  
hoy con el tiempo combaten,  
y que mira en cuanto alumbra  
el rubio amador de Dafnes.

### XVIII

Servía en Orán al Rey  
un español con dos lanzas,  
y con el alma y la vida  
a una gallarda africana,  
tan noble como hermosa,  
tan amante como amada,  
con quien estaba una noche  
cuando tocaron al arma.  
Trescientos Cenetes eran  
de este rebato la causa,  
que los rayos de la luna  
descubrieron sus adargas;  
las adargas avisaron  
a las mudas atalayas,  
las atalayas los fuegos,  
los fuegos a las campanas;  
y ellas al enamorado,  
que en los brazos de su dama  
oyó el militar estruendo  
de las trompas y las cajas.  
Espuelas de honor le pican  
y freno de amor le para;  
no salir es cobardía,  
ingratitude es dejalla.  
Del cuello pendiente ella,  
viéndole tomar la espada,  
con lágrimas y suspiros  
le dice aquestas palabras:  
«Salid al campo, señor,

bañen mis ojos la cama,  
que ella me será también,  
sin vos, campo de batalla.  
Vestíos y salid apriesa,  
que el General os aguarda;  
yo os hago a vos mucha sobra  
y vos a él mucha falta.  
Bien podéis salir desnudo,  
pues mi llanto no os ablanda,  
que tenéis de acero el pecho,  
y no habéis menester armas.»  
Viendo el español brioso  
cuánto le detiene y habla,  
le dice así: «Mi señora,  
tan dulce como enojada,  
porque con honra y Amor  
yo me quede, cumpla y vaya,  
vaya a los moros el cuerpo,  
y quede con vos el alma.  
Concededme, dueño mío,  
licencia para que salga  
al rebato en vuestro nombre,  
y en vuestro nombre combata.»

## XIX

Hanme dicho, hermanas,  
que tenéis cosquillas  
de ver al que hizo  
a Hermana Marica.  
Porque no mováis  
él mismo os envía  
de su misma mano  
su persona misma:  
digo su aguileña  
filomocosía,  
ya que no pintada  
al menos escrita;  
y su condición,  
que es tan peregrina  
como cuantas vienen  
de Francia a Galicia.  
Cuanto a lo primero,  
es su Señoría  
un bendito zote

de muy buena vida,  
que come a las diez  
y cena de día,  
que duerme en mollido  
y bebe con guindas;  
en los años mozo,  
viejo en las desdichas,  
abierto de sienes,  
cerrado de encías;  
no es grande de cuerpo,  
pero bien podría  
de cualquier higuera  
alcanzaros higas;  
la cabeza al uso  
muy bien repartida,  
el cogote atrás,  
la corona encima;  
la frente espaciosa,  
escombrada y limpia,  
aunque con rincones,  
cual plaza de villa;  
las cejas en arco  
como ballestillas  
de sangrar a aquellos  
que con el pie firman;  
los ojos son grandes,  
y mayor la vista,  
pues conoce un galgo  
entre cien gallinas;  
la nariz es corva,  
tal que bien podría  
servir de alquitara  
en una botica;  
la boca no es buena,  
pero a mediodía  
le da ella más gusto  
que la de su ninfa;  
la barba, ni corta  
ni mucho crecida  
porque así se ahorran  
cuellos de camisa;  
fue un tiempo castaña,  
pero ya es morcilla;  
volveránla penas  
en rucia tordilla;  
los hombros y espaldas

son tales que habría  
a ser él san Blas  
para mil reliquias;  
lo demás, señoras,  
que el manteo cobija,  
parte son visiones,  
parte maravillas.  
Sé decir, al menos,  
que en sus niñerías  
ni pide a vecinos  
ni falta a vecinas.  
De su condición  
deciros podría,  
como quien la tiene  
tan reconocida,  
que es el mozo alegre  
aunque su alegría  
paga mil pensiones  
a la melarquía.  
Es de tal humor,  
que en salud se cría  
muy sano, aunque no  
de los de Castilla;  
es mancebo rico  
desde las mantillas,  
pues tiene (demás  
de una sacristía)  
barcos en la sierra,  
y en el río viñas,  
molinos de aceite  
que hacen harina;  
un jardín de flores,  
y una muy gran silva  
de varia lección,  
adonde se crían  
árboles, que llevan  
después de vendimias  
a poder de estiércol  
pasas de lejía.  
Es enamorado  
tan en demasía  
que es un mazacote  
que diga un Macías;  
aunque no se muere  
por aquestas niñas  
que quieren con presa

y piden con pinta,  
dales un botín,  
dos octavas rimas,  
tres sortijas negras,  
cuatro clavellinas;  
y a las damicelas  
más graves y ricas  
costosos regalos,  
joyas peregrinas;  
porque para ellas  
trae cuanto de Indias  
guardan en sus senos  
Lisboa y Sevilla;  
tráeles de las huertas  
regalos de Lima,  
y de los arroyos  
joyas de la China.  
Tampoco es amigo  
de andar por esquinas  
vestido de acero  
como de palmilla;  
porque, para él,  
de la Ave María  
al cuarto de la alba  
anda la estantigua;  
y porque a su abuela  
oyó que tenían  
los de su linaje  
no más de una vida,  
así desde entonces  
la conserva y mira  
mejor que oro en paño  
o pera en almíbar;  
no es de los curiosos  
a quien califican  
papeles de nuevas  
de estado o milicia,  
porque son (y es cierto  
que el Bernia lo afirma)  
hermanas de leche  
nuevas y mentiras;  
no se le da un bleo  
que el otro le escriba,  
o dosel le cubra,  
o adórnele mitra;  
no le quita el sueño

que de la Turquía  
mil leños esconda  
el mar de Sicilia,  
ni que el inglés baje  
hacia nuestras islas  
después que ha subido  
sobre quien le envía.  
Es su Reverencia  
un gran coronista,  
porque en Salamanca  
oyó teología,  
sin perder mañana  
su lección de prima,  
y al anochecer  
lección de sobrina;  
y así es, desde entonces  
persona entendida  
si a su oído tañen  
una chirimía;  
de las demás lenguas  
es gran humanista,  
señor de la griega  
como de la scythia;  
tiene por más suya  
la lengua latina  
que los alemanes  
la persa o la egipcia;  
habla la toscana  
con tal policía,  
que quien le oye, dice  
que nació en Coimbra;  
y en la portuguesa  
es tal que dirías  
que mamó en Logroño  
leche de borricas;  
de la Cosmografía  
pasó pocas millas,  
aunque oyó al Infante  
las Siete Partidas;  
y así entiende el mapa  
y de sus medidas  
lo que el mapa entiende  
de mal de la orina;  
sabe que en los Alpes  
es la nieve fría,  
y caliente el fuego

en las Filipinas;  
que nació Zamora  
del Duero en la orilla,  
y que es natural  
Burgos de Castilla;  
que desde la Mancha  
llegan a Medina  
más tarde los hombres  
que las golondrinas;  
es hombre que gasta  
en astrología  
toda su pobreza  
con su picardía;  
tiene su astrolabio  
con sus baratijas,  
su compás y globos  
que pesan diez libras;  
conoce muy bien  
las Siete Cabrillas,  
la Bocina, el Carro  
y las tres Marías;  
sabe alzar figura,  
si halla por dicha  
o rey, o caballo,  
o sota caída;  
es fiero poeta,  
si le hay en la Libia,  
y cuando le toma  
su mal de poesía,  
hace verso suelto  
con Alejandría,  
y con algarrobas  
hace redondillas;  
compone romances  
que cantan y estiman  
los que cardan paños  
y ovejas desquilan;  
y hace canciones  
para su enemiga,  
que de todo el mundo  
son bien recibidas,  
pues en sus rebatos  
todo el mundo limpia  
con ellas de ingleses  
a Fuenterrabía;  
finalmente, él es,

señorazas mías,  
el que dos mil veces  
os pide y suplica  
que con los gorriones  
de las plumas rizas  
os hagáis gorronas  
y os mostréis arpías;  
que no sepultéis  
el gusto en capillas,  
y que a los bonetes  
queráis las bonitas.

## XX

Desde Sansueña a París  
dijo un medidor de tierras  
que no había un paso más  
que de París a Sansueña.  
Mas hablando ya en juicio,  
con haber quinientas leguas,  
las anduvo en treinta días  
la señora Melisendra,  
a las ancas de un polaco,  
como Dios hizo una bestia,  
de la cincha allá frisón,  
de la cincha acá litera.  
Llevábala don Gaiferos  
de quien había sido ella  
para lo de Dios, esposa,  
para lo de amor, cadena.  
Contemple cualquier cristiano  
cuál llevaría la francesa  
lo que el griego llama nalgas  
y el francés asentaderas.  
Caminaban en verano,  
y pasábanlo en las ventas  
los dos nietos de Pepino  
con su abuelo, y agua fresca.  
Desdichado de ti, Pierres,  
que en un rocín en soletas  
valles y barrancos saltas,  
y en el campo llano vuelas.  
Con este escudero solo  
y una espada ginovesa,  
que se la prestó Roldán

para el robo de su Helena,  
atravesaron a España  
cuando más estaba llena  
de ermitaños de Marruecos,  
fray Hamete y fray Zulema.  
Andando, pues, ya pisando  
de las faldas Pirineas  
los ribetes de Navarra,  
zurcidos ya con su lengua,  
apeóse don Gaiferos  
a hacer que ciertas yerbas  
huelan más que los jazmines  
aunque nunca tan bien huelan.  
Melisendra, melindrosa,  
cansada también se apea  
para oír al señor Pierres  
de París aquestas nuevas:  
«Después que dejaste a Francia,  
como todo ha sido guerras,  
trocaron los Monsiures  
las Madamas en banderas.  
Quedó la Corte tan sola,  
que en la juvenil ausencia  
valían veinticinco años  
veinticinco mil de renta.  
Quedaron todas las damas  
de su inclinación depuestas,  
el apetito con hambre,  
y los ojos con dieta.  
Desayunábanse a días,  
y cortábanse las flemas  
con dos garnachas maduras  
magníficas de Venecia.  
Venturosa fuiste tú,  
que tuviste en esta era,  
un moro para la brida  
y otro para la jineta.  
Don Guarinos el galán,  
pretendiendo a Berenguela,  
vistió un lacayo y tres pajes  
de una fiada librea.  
Fuese rompiendo el vestido,  
fuese acercando la deuda,  
y fue huyendo la dama  
de su gala y su pobreza.  
Don Godofre el heredado,

hijo de Dardín Dardeña,  
desempedrando las calles,  
los hígados nos empiedra.  
Sirve a doña Blanca Orliéns,  
y como no hay más que verla,  
las gafas es doña Blanca  
y el terrero doña Negra.  
Doña Alda, nuestra vecina,  
la que Amor prendió a la puerta  
del templo de San Dionís,  
cada rato pide iglesia.  
Fuese a la guerra Tristán,  
el marido de Lucrecia,  
y ella busca otro Tarquino  
que le rasque la conciencia.  
Dicen que cuando escribiste  
a tu prima la doncella,  
Rugero leyó la carta  
y otro la quitó la nema;  
y que ella después acá  
la vez que se sangra, deja  
que le aprieten bien la cinta,  
mas no que saquen lanceta.  
Por madama de Valois  
se cargaron de rodela  
cuatro o seis caballerotes,  
como cuatro o seis entenas.  
Veíalos con salud,  
veíalos con paciencia,  
ni sé cuando la hablaban  
ni cuando reñían por ella.  
Raimundo con sus tres pajes  
mil músicas dio a la puerta  
de una dama que lo oía  
abrazada de un Poeta;  
y el socarrón otro día  
les enviaba una letra,  
escondiendo el dulce caso  
entre almalafas de seda.  
Hallarás a Flordelís  
haciendo, cuando la veas  
de las hermosas de Francia  
lo que el sol de las estrellas.  
Bonetes la solicitan,  
caballeros la pasean,  
y ella dice que da a un paje

lo que a tantos amos niega.  
Dijo bien Dudón un día,  
viendo dalle tantas vueltas:  
Basta, señores, que andamos  
tras la paja muchas bestias.»  
En esto llegó Gaiferos  
atando las agujetas,  
y porque el aire de abajo  
corría, pican apriesa.

## XXI

Pensó rendir la mozuela  
el Alférez de mentira,  
soldado por cien mil partes  
y rompido por las mismas.  
Pensó que la sujetara  
el gavión de la liga,  
y de las terciadas plumas  
la crespa volatería;  
y la capa verde oscura,  
golpeada la capilla  
con más inciertos reveses  
que una mula, y sea la mía;  
y la saltaembarca azul  
con más corchetes de alquimia  
que la noche de San Juan  
saca toda la justicia;  
y los gregüescos de seda  
aforrados en telilla,  
mucho más acuchillados  
que mulatos en esgrima;  
y la espada en tiros cortos  
mal pendiente de la cinta,  
por las obras temerosa,  
por las palabras temida.  
Pensó con lo dicho el hombre  
sujetar la mujercilla,  
torciendo rubios bigotes  
ayudados de alquitira;  
hablándola con los ojos,  
pisando de gallardía,  
suspirando por la calle  
y apuntalando su esquina.  
Camafeo de la moza

ser el necio pretendía,  
y a la verdad era feo  
aunque cama no tenía;  
pero tenía un rasguño  
del bigote para arriba,  
que le hizo de merced  
el padre de las pupilas;  
y aun creo que al otro lado  
le hubiera hecho otra firma,  
a no tenelle ocupado  
con no sé qué niñería,  
con un cierto bofetón  
que en la casa de Sevilla  
llevó, vencido en la entrada  
con las manos menos limpias.

Una, pues, alegre noche  
que la halló por su desdicha  
alumbrando con la cara  
su calleja sin salida,  
llegándose poco a poco  
debajo la ventanilla,  
como estudiante francés,  
este salmo le decía:  
«Yo soy de Santo Domingo,  
una ciudad de Castilla,  
donde, aunque es de la Calzada,  
hay descalzas hidalguías;  
bien nacido como el Sol,  
gracias a los Chavarrías,  
inquieto fui desde niño,  
inclinado a la milicia.

Apenas tenía quince años,  
cuando un día a mediodía  
dejé mi tierra por Flandes,  
sepulcro de nuestras crismas,  
donde padecí peligros  
tan grandes, que juraría  
que no me halló la muerte  
porque triunféis de mí vida.  
Cuando en el sitio de Chipre  
estaba yo en Gravelinga,  
con un bravo romadizo  
sonando la batería,  
nunca salí de mi tienda  
mientras Anvers padecía,  
porque no me acabó un sastre

unas calzas amarillas.  
Y aun allí por mi ventura  
no me halló una culebrina,  
que me pasó por los ojos  
poco más de media milla.  
Otra vez que hubo en Bruselas  
una pendencia reñida,  
puse paz desde un terrado,  
aunque casi no me oían;  
y aún me acuerdo, por más señas,  
que todo el mundo decía  
que, a ser yo de la pendencia,  
me prendiera la justicia.  
Dejé, al fin, guerras y Flandes  
porque era tierra tan fría,  
y yo, triste, andaba enfermo  
de cámaras cada día.  
Como partí de allá pobre,  
atravesé a Picardía,  
y en un bergantín el mar  
de la Rochela a Galicia.  
Del golfo de estas desgracias,  
señora, he llegado a vista  
de Vuesamerced, Dios quiera  
que fuese en su enjuta orilla.  
Bien le debo a la fortuna  
el fin de tantas desdichas,  
mas otra fuerza mejor  
de todas ellas me libra,  
porque al salir de mi tierra  
saqué, entre muchas reliquias,  
algunas plumas del gallo,  
pero más de la gallina.  
Asado vivo por vos,  
y quisiera, reina mía,  
que, ya que habéis sido fuego,  
fuérades también parrillas.»  
Atenta escuchó la moza  
toda la oración prolija,  
unas veces con enfado,  
pero más veces con risa.  
No le respondió palabra,  
mas ella, y otra su prima,  
le exprimieron al asado  
el zumo de una jeringa.

## XXII

Arrojóse el mancebito  
al charco de los atunes,  
como si fuera el estrecho  
poco más de medio azumbre.  
Ya se va dejando atrás  
las pedorreras azules  
con que enamoró en Abido  
mil mozuelas agridulces.  
Del estrecho la mitad  
pasaba sin pesadumbre  
los ojos en el candil,  
que del fin temblando luce,  
cuando el enemigo cielo  
disparó sus arcabuces,  
se desatacó la noche,  
y se orinaron las nubes.  
Los vientos desenfrenados  
parece que entonces huyen  
del odre donde los tuvo  
el Griego de los embustes.  
El fiero mar alterado,  
que ya sufrió como yunque  
al ejército de Jerjes,  
hoy a un mozuelo no sufre.  
Mas el animoso joven,  
con los ojos cuando sube,  
con el alma cuando baja,  
siempre su Norte descubre.  
No hay ninfa de Vesta alguna  
que así de su fuego cuide  
como la dama de Sesto  
cuida de guardar su lumbre.  
Con las almenas la ampara  
porque ve lo que le cumple;  
con las manos la defiende  
y con las ropas la cubre.  
Pero poco le aprovecha,  
por más remedios que use,  
que el viento con su esperanza  
y con la llama concluye.  
Ella, entonces, derramando  
dos mil perlas de ambas luces,  
a Venus y a Amor promete

sacrificios y perfumes.  
Pero Amor, como llovía  
y estaba en cueros, no acude,  
ni Venus, porque con Marte  
está cenando unas ubres.  
El amator, en perdiendo  
el farol que le conduce,  
menos nada y más trabaja,  
más teme y menos presume.  
Ya tiene menos vigor,  
ya más veces se zambulle,  
ya ve en el agua la muerte,  
ya se acaba, ya se hunde.  
Apenas expiró, cuando  
bien fuera de su costumbre,  
cuatro palanquines vientos  
a la orilla le sacuden;  
al pie de la amada torre  
donde Hero se consume,  
no deja estrella en el cielo  
que no maldiga y acuse.  
Y viendo el difunto cuerpo,  
la vez que se le descubren  
de los relámpagos grandes  
las temerosas vislumbres,  
desde la alta torre envía  
el cuerpo a su amante dulce,  
y la alma adonde se queman  
pastillas de piedra azufre.  
Apenas del mar salía  
el Sol a rayar las cumbres,  
cuando la doncella de Hero,  
temiendo el suceso, acude;  
y viendo hecha pedazos  
aquella flor de virtudes,  
de cada ojo derrama  
de lágrimas dos almudes.  
Juntando los mal logrados  
con un punzón de un estuche  
hizo que estas tristes letras  
una blanca piedra ocupen:  
«Hero somos y Leandro,  
no menos necios que ilustres,  
en amores y firmezas  
al mundo ejemplos comunes.  
El Amor, como dos huevos,

quebrantó nuestras saludes;  
él fue pasado por agua,  
yo estrellada mi fin tuve.  
Rogamos a nuestros padres  
que no se pongan capuces,  
sino, pues un fin tuvimos,  
que una tierra nos sepulte.»

### XXIII

Famosos son en las armas  
los moros de Canastel,  
valentísimos son todos,  
y más que todos Hacén,  
el Roldán de Berbería,  
el que se ha hecho temer  
en Orán del castellano  
y en Ceuta del portugués.  
Tan dichoso fuera el moro  
cuan dichoso podía ser,  
si le bastara la adarga  
contra una flecha cruel,  
que de un arco de rigor  
con un arpón de desdén  
le despidió Belerifa,  
la hija de Ali Muley.  
Atento a sus demasías  
en amar y aborrecer,  
quiso el niño Dios vendado  
ser testigo y ser juez.  
Miraba al fiero africano  
rendido más de una vez  
a una esperanza traidora  
y a un desengaño fiel,  
ya rindiendo a su enemiga  
y entregándole a merced  
las llaves del albedrío,  
los pendones de la fe;  
mirábale en los ramblares  
ora a caballo, ora a pie,  
rendir al fiero animal  
de las otras fieras rey,  
y de la real cabeza  
y de la espantosa piel,  
ornar de su ingrata mora

la respetada pared.  
Mirábale el más galán  
de cuantos África ve  
en servicio de las damas  
vestir morisco alquicel,  
sobre una yegua morcilla,  
(tan extremo en el correr  
que no logran las arenas  
las estampas de sus pies)  
admirablemente ornada  
de un bien labrado jaez,  
obra al fin en todo digna  
de artífice cordobés,  
solicitar los balcones  
donde se anida su bien,  
comenzando en armonía  
y feneciendo en tropel.  
No le dio al hijo de Venus  
el moro poco placer,  
y detestando el rigor  
que se usaba contra él,  
miraba a la bella mora  
salteada en su vergel  
de un cuidado, que es amor,  
aunque no sabe quién es,  
ya en el oro del cabello  
engastando algún clavel,  
ya a las lisonjas del agua  
corriendo con vana sed.  
De pechos sobre un estanque  
hace que a ratos estén  
bebiendo sus dulces ojos  
su hermoso parecer.  
Admiradas sus cautivas  
del cuidado en que la ven,  
risueña le dijo una,  
y aun maliciosa también:  
«Así quiera Dios, señora,  
que alegre yo vuelva a ver  
las generosas almenas  
de los muros de Jerez,  
como esa curiosidad  
es cuna, a mi parecer,  
de un Amor recién nacido  
que volará antes de un mes.»  
Sembró de purpúreas rosas

la vergüenza aquella tez,  
que ya fue de blancos lilijs,  
sin saberla responder.  
Comenzó en esto Cupido  
a disparar y a tender  
la más que mortal saeta,  
la más que nudosa red,  
y comenzó Belerifa  
a hacer contra Amor después  
lo que contra el rubio Sol  
la nieve suele hacer.

#### XXIV

Frescos airecillos,  
que a la Primavera  
le tejéis guirnaldas  
y esparcís violetas,  
ya que os han tenido  
del Tajo en la vega  
amorosos hurtos  
y agradables penas,  
cuando del estío  
en la ardiente fuerza  
álamos os daban  
frondosas defensas;  
álamos crecidos  
de hojas inciertas,  
medias de esmeraldas,  
y de plata medias;  
de donde a las ninfas  
y a las zagalejas  
del sagrado Tajo  
y de sus riberas  
mil veces llamastes  
y vinieron ellas  
a ocupar del río  
las verdes cenefas;  
y vosotros luego  
calándoos aprieta  
con lascivos soplos  
y alas lisonjeras,  
sueño les trajistes  
y descuido a vueltas,  
que en pago os valieron

mil vistas secretas,  
sin tener del velo  
envidia ni queja,  
ni andar con la falda  
luchando por fuerza;  
ahora, pues, aires,  
antes que las sierras  
coronen sus cumbres  
de confusas nieblas,  
y que el Aquilón  
con dura inclemencia  
desnude las plantas,  
y vista la tierra  
de las secas hojas,  
que ya fueron tregua  
entre el Sol ardiente  
y la verde yerba;  
y antes que las nieves  
y el hielo conviertan  
en cristal las rocas,  
en vidrio las selvas,  
batid vuestras alas,  
y dad ya la vuelta  
al templado seno  
que alegre os espera.  
Veréis de camino  
una Ninfa bella,  
que pisa orgullosa  
del Betis la arena,  
montaraz, gallarda,  
temida en la sierra  
más por su mirar  
que por sus saetas;  
ahora la halléis  
entre la maleza  
del fragoso monte  
siguiendo las fieras;  
ahora en el llano  
con planta ligera  
fatigando al corzo,  
que herido vuela;  
ahora clavando  
la armada cabeza  
del antiguo ciervo  
en la encina vieja;  
cuando ya cansada

de la caza vuelva  
a dejar al río  
el sudor en perlas;  
y al pie se recueste  
de la dura peña,  
de quien ella toma  
lección de dureza;  
llegaos a orealla,  
pero no muy cerca,  
que lleváis suspiros  
y ha corrido ella.  
Si está calurosa,  
soplad desde afuera,  
y cuando la ingrata  
mejor os entienda,  
decidle, airecillos:  
«Bellísima Leda,  
gloria de los bosques,  
honor de la aldea,  
enfermo Daliso  
junto al Tajo queda  
con la muerte al lado  
y en manos de ausencia;  
suplícate humilde  
antes que le vuelvan  
su fuego en ceniza,  
su destierro en tierra,  
en premio glorioso  
de su amor, merezca,  
ya que no suspiros,  
a lo menos letra  
con la punta escrita  
de tu aguda flecha,  
en el campo duro  
de una dura peña  
(porque no es razón  
que razón se lea  
de mano tan dura  
en cosa más tierna),  
adonde le digas:  
Muere allá, y no vuelvas  
a adorar mi sombra  
y a arrastrar cadenas.

Lloraba la niña  
(y tenía razón)  
la prolija ausencia  
de su ingrato amor.  
Dejóla tan niña,  
que apenas, creo yo,  
que tenía los años  
que ha que la dejó.  
Llorando la ausencia  
del galán traidor,  
la halla la Luna  
y la deja el Sol,  
añadiendo siempre  
pasión a pasión,  
memoria a memoria,  
dolor a dolor.  
Llorad, corazón,  
que tenéis razón.  
Dícele su madre:  
«Hija, por mi amor,  
que se acabe el llanto,  
o me acabe yo.»  
Ella le responde:  
«No podrá ser, no;  
las causas son muchas,  
los ojos son dos.  
Satisfagan, madre,  
tanta sinrazón,  
y lágrimas lloren  
en esta ocasión,  
tantas como dellos  
un tiempo tiró  
flechas amorosas  
el arquero Dios.  
Ya no canto, madre,  
y si canto yo,  
muy tristes endechas  
mis canciones son,  
porque el que se fue,  
con lo que llevó,  
se dejó el silencio,  
y llevó la voz.»  
Llorad, corazón,  
que tenéis razón.

## XXVI

Si sus mercedes me escuchan,  
les contaré a sus mercedes  
no las hazañas del Cid,  
ni de Zaida los desdenes,  
sino más de cuatro cosas  
que sé yo que se cometen,  
o se dejan de hacer  
por el decir de las gentes.  
Sale el otro cazador,  
o Rodamonte de liebres,  
o Bravonel de perdices,  
vestido de necio y verde,  
y si se siente cansado  
su ventor, al lugar vuelve  
con lo que compró al ventero  
por el decir de las gentes.  
Aún no echó el cobarde mano  
a la Joannes me fecit  
cuando se calzan sus pies  
las alas de un alfaneque,  
y al trasponer de una esquina  
da a la capa tres piquetes,  
y seis mellas a la espada  
por el decir de las gentes.  
Estáse el otro don Tal  
desde las doce a las trece  
rezando aquella oración  
de la mesa sin manteles,  
y sálese luego al barrio  
escarbándose los dientes  
con un falso testimonio  
por el decir de las gentes.  
Embolsa el otro escribano  
cien Fernandos e Isabeles  
en cien monedas de oro  
porque escriba, o porque teste,  
y si os ordena un poder,  
y vos le dais diez y siete,  
os vuelven un maravedí  
por el decir de las gentes.  
Hace un doctor dos de claro  
de San Andrés a la Puente  
sin topar aros de casa

(aunque sea año de peste);  
es el pienso de su mula  
pensar en los alcaceres,  
y alquila un sayo de seda  
por el decir de las gentes.  
Yo canto lo que me dijo  
un poeta, cuyas sienes  
ciñe el bañado tejón  
en las orillas del Betis;  
y alguno que me ha escuchado  
abrió la boca de un jeme,  
tendió la oreja de un palmo  
por el decir de las gentes.

## XXVII

Dejad los libros ahora,  
señor licenciado Ortiz,  
y escuchad mis desventuras,  
que a fe que son para oír.  
Yo soy aquel gentilhomme,  
digo aquel hombre gentil,  
que por su dios adoró  
a un ceguezuelo ruín;  
sacrifiquéle mi gusto,  
no una vez, sino cien mil,  
en las aras de una moza  
tal cual os la pinto aquí:  
El cabello es de un color  
que ni es cuarto ni florín,  
y la relevada frente  
ni azabache ni marfil;  
la ceja entre parda y negra,  
muy más larga que sutil,  
y los ojos más compuestos  
que son los de quis vel qui,  
entre cuyos bellos rayos  
se deriva la nariz,  
terminando las dos rosas,  
frescas señas de su abril;  
cada labio colorado  
es un precioso rubí,  
y cada diente el aljófara  
que el Alba suele vertir;  
el aliento de su boca

(todo lo que no es pedir),  
mal haya yo si no excede  
al más süave jazmín.  
Con su garganta y su pecho  
no tienen que competir  
el nácar del mar del Sur,  
la plata del Potosí;  
la blanca y hermosa mano,  
hermoso y blanco alguacil  
de libertad y de bolsa,  
es de nieve y de neblí.  
Lo demás, Letrado amigo,  
que yo os pudiera decir,  
por mi fe que me ha rogado  
que lo calle el faldellín;  
aunque por brújula quiero  
(si estamos solos aquí),  
como a la sota de bastos  
descubriros el botín.  
Cinco puntos calza estrechos,  
y esto, señor, baste. Al fin,  
si hay serafines trigueños,  
la moza es un serafín.  
Pudo conmigo el color  
porque una vez que la vi  
entre más de cien mil blancas,  
ella fue el maravedí;  
y porque, no sin razón,  
el discreto en el jardín  
coge la negra violeta  
y deja el blanco alhelí.  
Dos años fue mi cuidado,  
lo que llaman por ahí  
los jacarandos, respeto,  
los modernos, tahalí,  
en cuyos alegres años  
desde el ave al perejil,  
por esta negra odisea  
la bucólica le di.  
Sus piezas en el invierno  
vistió flamenco tapiz,  
y en el verano sus piezas  
andaluz gadamecí.  
Hoy desechaba lo blanco,  
mañana lo carmesí,  
hasta que en la Peña Pobre

quedó ermitaño Amadís.  
Preguntadle a mi vestido,  
que riéndose de mí,  
si no habla por la boca,  
habla por el bocací.  
Ya iba quedando en cueros  
a la lumbre de un candil,  
casi pasando el estrecho  
de no tener y pedir,  
cuando (Dios en hora buena)  
me fue forzoso partir  
a la ciudad de la Corte,  
a la villa de Madrid.  
Comenzó a mentir congojas,  
y a suspirar y gemir  
más que viuda en el sermón  
de su padre fray Martín.  
Dijo que acero sería  
en esperar y sufrir;  
fue después cera, y si acero  
ella se tomó de orín.  
Ternísima me pidió  
que, ya que quedaba así  
la ovejuela sin pastor,  
no quedase sin mastín;  
y así, la dejé un mulato  
por espía y adalid,  
que me espío a mí en saliendo,  
y se lo vino a decir.  
Dejéla en su antiguo lustre,  
y luego que me partí  
echó la carnaza afuera,  
¡oh maldito borceguí!  
Púsome el cuerno un traidor  
mercadente corchapín,  
que tiene bolsa en Orán  
e ingenio en Mazalquivir;  
rico es, y mazacote  
de los más lindos que vi,  
precioso, pero pesado  
como palo de Brasil.  
¡Oh interés, y cómo eres,  
o por fuerza o por ardid,  
para los diamantes, sangre,  
para los bronces, buril!  
Déme Dios tiempo en que pueda

tus proezas escribir,  
y quítemelo en buen hora  
para los hechos del Cid.  
Y vos, tronco a quien abraza  
la más lujuriosa vid  
que este lagrimoso valle  
ha sabido producir,  
vivid en sabrosos nudos,  
en dulces trepas vivid  
siempre juntos, a pesar  
de algún loco paladín.

## XXVIII

¡Qué necio que era yo antaño,  
aunque hogaño soy un bobo,  
mucho puede la razón  
y el tiempo no puede poco!  
A fe que dijo muy bien  
quien dijo que eran de corcho  
cascos de caballo viejo  
y cascos de galán mozo.  
Serví al amor cuatro años,  
que sirviera mejor ocho  
en las galeras de un turco  
o en las mazmorras de un moro.  
Lisonjas majaba y celos,  
que es el esparto de todos  
los majaderos cautivos  
que se vencen de unos ojos.  
De esta dura esclavitud  
(hace un año por agosto)  
me redimió la merced  
de un tabardillo dichoso.  
A este mal debo los bienes  
que en dulce libertad gozo,  
y vame tanto mejor  
cuanto va de cuerdo a loco.  
Heme subido a Tarpeya  
a ver cuál se queman otros  
en tan vergonzosas llamas,  
que su honor volará en polvo;  
y he de ser tan inhumano,  
que a quien otra vez piadoso  
ayudara con un grito

acudiré con un soplo.  
Háganse tontos cenizas,  
que con cenizas de tontos  
discretos cuelan sus paños  
manchados, pero no rotos.  
Quince meses ha que duermo,  
porque ha tantos que reposo  
sobre piedras como piedra,  
sobre plumas como plomo.  
No rompen mi sueño celos,  
ni pesadumbre mi ocio,  
ni serenos mi salud,  
ni mi hacienda mal cobro.  
Tengo amigos, los que bastan  
para andarme siempre solo,  
y vame tanto mejor  
cuanto va de cuerdo a loco.  
Con doblados libros hago  
los días de mayo cortos,  
las noches de enero breves  
por lo lacio y por lo tosco.  
Cuando ha de echarme la Musa  
alguna ayuda de Apolo,  
desatácase el ingenio,  
y algunos papeles borro  
a devoción de una ausente,  
a quien ausente y devoto  
con tiernos ojos escribo,  
y con dulce pluma lloro.  
Discreciones leo a ratos,  
y necedades respondo  
a tres ninfas que en el Tajo  
dan al aire trenzas de oro,  
y a la que ya vio Pisuerga,  
la aljaba pendiente al hombro,  
seguir la casta Diana  
y eclipsar su hermano rojo.  
Salgo alguna vez al campo  
a quitar al alma el moho,  
y dar verde al pensamiento  
con que purgue sus enojos.  
En mi aposento otras veces  
una guitarrilla tomo,  
que como barbero templo  
y como bárbaro toco.  
Con esto engaño las horas

de los días perezosos,  
y, vame tanto mejor  
cuanto va de cuerdo a loco.  
Pagaba al tiempo dos deudas  
que tenía tras de un torno,  
mas ya ha días que a la iglesia  
del desengaño me acojo,  
en cuyo lugar sagrado  
me ha comunicado Astolfo  
todo el licor de su vidrio  
y la razón sus antojos,  
con que veo a la Fortuna  
de la fábrica de un trono  
levantar un cadahalso  
para la estatua de un monstruo;  
y por las calles del mundo  
arrastrar colas de potros  
a quien de carro triunfal  
se apeó en el Capitolio.  
Veo pasar como humo  
afirmado el tiempo cojo  
sobre un cetro imperial  
y sobre un cayado corvo.  
Después que me conocí,  
estas verdades conozco,  
y vame tanto mejor  
cuanto va de cuerdo a loco.

## XXIX

### *Castillo de San Cervantes*

Castillo de San Cervantes,  
tú que estás par de Toledo,  
fundóte el rey don Alfonso  
sobre las aguas de Tejo,  
robusto, si no galán,  
mal fuerte y peor dispuesto,  
pues que tienes más padrastrros  
que un hijo de un racionero.  
Lampião debes de ser,  
castillo, si no estoy ciego,  
pues siendo de tantos años  
sin barbacana te veo.  
Contra ballestas de palo

dicen que fuiste de hierro,  
y que anduviste muy hombre  
con dos morillos honderos.  
Tiempo fue (papeles hablen)  
que te respetaba el Reino  
por jüez de apelaciones  
de mil católicos miedos.

Ya menospreciado ocupas  
la aspereza de ese cerro,  
mohoso como en diciembre  
el lanzón del viñadero.  
Las que ya fueron corona  
son alcándara de cuervos,  
almenas que, como dientes,  
dicen la edad de los viejos.  
Cuando más mal de ti diga,  
dejar de decir no puedo,  
si no tienes fortaleza,  
que tienes prudencia al menos.  
Tú, que a la ciudad mil veces,  
viendo los moros de lejos,  
sin ser Espíritu Santo,  
hablaste en lenguas de fuego,  
en las ruinas ahora  
del sagrado Tajo, viendo  
debajo de los membrillos  
engerirse tantos miembros,  
lo callas a sus maridos,  
que es mucho, a fe, por aquello  
que tienes tú de Cervantes,  
y que ellos tienen de ciervos.  
Entre todas las mujeres  
serás bendito, pues siendo  
en el mirar atalaya,  
eres piedra en el silencio.  
Como castillo de bien,  
que hagas lo que te ruego,  
aunque te he obligado poco  
con dos docenas de versos;  
cuando la bella terrible,  
hermosa como los cielos,  
y por decillo mejor,  
áspera como su pueblo,  
alguna tarde saliere  
a disfrutar los almendros,

verdes primicias del año  
y damísimo alimento,  
si de las aguas del Tajo  
hace a su beldad espejo,  
ofrécele tus ruinas  
a su altivez por ejemplo;  
háblale mudo mil cosas,  
que las oirá, pues sabemos  
que a palabras de edificios  
orejas los ojos fueron.  
Dirásle que con tus años  
regule sus pensamientos,  
que es verdugo de murallas  
y de bellezas el tiempo;  
que no crean a las aguas  
sus bellos ojos serenos,  
pues no la han lisonjeado  
cuando la murmuran luego;  
que no fíe de los años  
ni aun un mínimo cabello,  
ni le perdone los suyos  
a la ocasión, que es gran yerro;  
que no se duerma entre flores,  
que despertará del sueño  
mordida del desengaño  
y del arrepentimiento;  
y abrirá entonces la pobre  
los ojos (ya no tan bellos)  
para bailar con su sombra,  
pues no quiso con su cuerpo.  
¡Oh, que diría de ti,  
si tú le dijese esto,  
antigualla venerable,  
si no quieres ser trofeo!  
Mi musa te antepondrá  
a Santángel y Santelmo,  
aunque no quisiese Roma,  
y Malta quisiese menos;  
que aunque te han desmantelado,  
y tienes menos pertrechos,  
a tulliduras de grajos  
te defenderás más presto.

XXX

Tendiendo sus blancos paños  
sobre el florido ribete  
que guarnece la una orilla  
del frisado Guadalete,  
halló el Sol, una mañana  
de las que el abril promete,  
a la violada señora  
Violante de Navarrete,  
moza de manto tendido,  
lavandera de rodete,  
entre hembras luminaria  
y entre lacayos cohete.  
Quiso a un mozo de nogal,  
de mostacho a lo turquete,  
cuyas espaldas pudieran  
dar tablas para un bufete;  
de la cámara de Marte  
gentilhombre matasiete,  
como lo muestra en la cinta  
la llave de un pistolete;  
que viste colete de ante,  
virgen de todo piquete,  
no tanto porque el flamenco  
le dio a prueba de mosquete,  
cuanto porque el español  
en las lides que le mete  
hace más fugas con él  
que Guerrero en un motete.  
Dejóle ya por un paje  
bien peinado de copete,  
que arrima a una guitarrilla  
su poquito de bajete;  
dignísimo citarista  
de un canicular bonete,  
poeta de Andalucía  
como cristiano Hamete.  
Por hacelle, pues, a solas  
de sus pechugas banquete,  
sobre la piadosa sombra  
de algún álamo alcahuete,  
descalzarle ha visto el alba  
botines de tafilete,  
y lavar cuatro camisas  
del veinticuatro Alderete.  
Los blancos paños cubrían  
el verde claro tapete

que dio flores a Violante  
para más de un ramillete,  
cuando por la puente abajo  
el lavadero acomete  
un mozuelo vellorí,  
entre lacayo y corchete;  
y llegando al vado, lleno  
de celos hasta el gollete  
y de vino hasta las asas,  
esto a los aires comete:  
«Violante, que un tiempo fuiste  
pelota de mi trinquete,  
de mis botones ojal  
y de mis cintas ojete;  
Palomeque y Fuenmayor  
me han dicho que es un pobrete  
ídolo de tus cuidados,  
y de tu libertad brete;  
un músico que tremola  
las plumas de un martinete,  
bujía en lo delicado  
y en lo moreno pebete.  
Llamáranle a desafío  
los renglones de un billete,  
cuando yo presuma de él  
que le lea y que le acete;  
y entonces vístase el pollo  
sobre un jaco un coselete,  
que yo le torceré el alma  
como tuerces tú un roquete.  
Y juro a las aceitunas  
del santo monte Olivete,  
que yo...» Entonces dando ella  
a un desengaño carrete:  
«Más quisiera», le responde,  
«una lonja entre un mollete,  
que tus bravatas, Carrasco,  
Humos de blanco y clarete.  
Quiero bien a ese galán,  
y si no te quiés mal, vete,  
que arena viene pisando  
el de lo pardeguillete.»  
Con un suspiro, que fuera  
respuesta de un morterete,  
respondió Carrasco, el bravo,  
cuando hablar más le compete.

Llegó entonces Ximenillo,  
y torciendo el de florete,  
guarnecido de oro y pardo,  
con el mulato arremete,  
haciendo que una guitarra  
las negras sienas le apriete,  
música siembra en sus pasas  
y en el campo, pinabete.  
Mostróle las herraduras  
el sevillano jinete,  
al tiempo que el Xerezano  
le asegundaba un puñete.  
Participó dél Violante,  
más túvolo por juguete,  
guardándole a su Medoro  
con un abrazo un rosquete.

### XXXI

A vos digo, señor Tajo,  
el de las ninfas y ninfos,  
boquirrubio toledano,  
gran regador de membrillos;  
a vos el vanaglorioso  
por el extraño artificio,  
en España más sonado  
que nariz con romadizo;  
famoso entre los poetas,  
tan leído como escrito,  
y de todos celebrado  
como el día del domingo;  
por las Musas pregonado  
más que jumento perdido,  
por río de arenas de oro,  
sin habéros las cernido;  
llamado sois con razón  
de todos sagrado río,  
pues que pasáis por en medio  
del ojo del Arzobispo.

Vos, que en las sierras de Cuenca  
(mirad qué humildes principios),  
nacéis de una fuentecilla  
adonde se orina un risco;  
vos, que por pena cada año

de vuestros graves delitos,  
os menean las espaldas  
más de ducientos mil pinos;  
acordaos de todo aquesto,  
y bajad el toldo, amigo,  
cuando furioso regáis  
los jardines de Filipo;  
cuando sean vuestras aguas  
munición de cien mil tiros,  
admiración de los ojos,  
y batería de castillos;  
cuando vuestras aguas sean  
relojes de peregrinos,  
que miden el Sol por cuartos,  
y la Luna por sus quintos;  
cuando mil nevados cisnes  
pasen vuestros vados fríos,  
cuando beban vuestras aguas  
mil ciervos de Jesu Cristo.

### XXXII

¿No me bastaba el peligro  
de una grave enfermedad  
(que, pues no me mató ella,  
repito para inmortal),  
sino condenarme ahora  
a pretender y labrar  
un lisonjero imposible  
y un süave pedernal?  
¿Qué te ha hecho, crudo Amor,  
esta pobre libertad,  
blanco de tus demasías?  
No las llamo flechas ya.  
Forastero bien venido,  
que vais para la ciudad,  
si ya os detuviere en ella  
o gusto o necesidad,  
guardaos, mil veces os digo,  
de un basilisco mortal,  
que está su mayor ponzoña  
en su más dulce mirar;  
de un ángel, el más hermoso  
que vistió la Humanidad,  
que de cruel y de bello

está dudoso lo más.  
Témela el Amor, y tanto,  
que han confirmado amistad  
mayor que se prometía  
de mujer y de rapaz;  
todo en daño de las almas,  
ya yo lo sé por mi mal,  
que he pisado entre sus flores  
áspid que sabe matar.  
Armado se esconde Amor  
de saetas de crueldad  
en los ojos que tremolan  
traidoras señas de paz.  
Asegúrase el deseo,  
fíase la voluntad,  
y dan en las fieras puntas  
del arquero desleal.  
Las señas de esta alevosa,  
para que la conozcáis,  
son (demás de los extremos  
de su gloriosa beldad),  
que si canta, se suspende  
la armonía celestial,  
y si llora, enjuga al Alba  
sus lágrimas de cristal.  
Con mi ejemplo y estas señas,  
caballero, caminad;  
que ella me condena a muerte,  
y yo me voy a enterrar.

#### XXXIV

Murmuraban los rocines  
a la puerta de Palacio,  
no en sonoros relinchos,  
que eso es ya muy de caballos,  
sino en bestial idioma,  
ni gruñendo ni rifando,  
para mejor engañar  
las varas de los lacayos.  
Cabecijuntos murmuran,  
tres a tres y cuatro a cuatro,  
de sus amos lo primero,  
por más parecer criados.  
Un castaño comenzó,

rocín portugués fidalgo,  
cuyo pelo es un erizo,  
por ser fruta de castaño,  
con más paramentos negros  
que el rocín de Arias Gonzalo,  
que en la cadera y el luto  
más es tumba que caballo.

«Sirvo, les dijo, a un ratiño,  
Macías enamorado,  
tan flaco en la carne él,  
como yo en los huesos flaco.  
Como un esclavo le sirvo,  
aunque nunca me ha errado  
ni la cadera con S...  
ni la herradura con clavo.  
Dos cosas pretende en corte,  
y ambas me cuestan mis pasos:  
la verde insignia de Avís  
y un serafín castellano.  
Porque en África su abuelo  
mató un león cuartanario,  
desde una palma subido,  
de cuarenta arcabuzazos,  
fatiga tanto al Consejo,  
y al Amor fatiga tanto,  
que no irá cruzado el pecho  
sin ir el rostro cruzado;  
porque el padre de la moza  
me dicen que le ha jurado  
de darle la Cruz en leño,  
que él pide al Consejo en paño.»  
Apenas el portugués  
acabó sus quejas, cuando  
una remendada pía  
de un comiscal cortesano,  
mordiéndolo el freno tres veces,  
y otras tres humo espirando  
(que es cólera, a lo que escriben  
autores arrocinados):  
«Sirvo», les dice, «a un pelón,  
que no sólo ha veinte años  
que come de aventurero,  
mas que duerme de prestado.  
Con esta gualdrapa corta,  
y tan corta, que ha guardado

mejor que si fuera cuello  
la medida del dozavo,  
la tercia parte me cubre  
de este nudoso espinazo,  
que puede ser mojonera  
de un término pleiteado.  
No hay halcón hoy en Noruega,  
donde el Sol es más escaso,  
tan solícito en cebarse  
como mi dueño, o mi daño,  
que volando pico al viento  
sale muy bien santiguado  
a escuchar los almireces  
de las casas do hacen plato.  
Éntrase donde los oye  
limpiándose los zapatos,  
y déjame a la pared  
pegado como gargajo.  
No sé cómo le reciben,  
mas sí sé que días hartos  
mirándome a mí los pajes,  
esto salen murmurando:

Juro a Dios, que en el comer  
es el dueño de este haco,  
sabañón en el invierno,  
salpullido en el verano.  
Desciende luego tras ellos  
a mi pesar, porque al cabo  
ya que no hay cebada, hay ocio,  
que no es mal pienso el descanso.  
Cobíjame los cuadriles,  
y sale podenqueando  
nuevas que el día siguiente  
valgan cocido y asado.»  
De un Procurador de Cortes  
habló allí un rocín más largo  
que una noche de diciembre  
para un hombre mal casado:  
«Escuchado he vuestras quejas  
con las orejas de un palmo,  
y a no sentir yo mis duelos  
sintiera vuestros trabajos.

Diez años tiramos juntos  
por toda Tierra de Campos

yo y un tío de Babiéca  
el carretón de Laín Calvo.  
Serví a Condes, serví a Reyes,  
hasta que por varios casos  
tendimus in Latinum, digo,  
me miráis tendido y lacio.  
Trájome a Madrid mi dueño,  
donde apenas hay establo  
a do quepa mi largueza,  
si no duermo como galgo.  
La calle Mayor abrevio,  
y la carrera del Prado  
desde el copete a la cola  
la ocupó, si no la paso.  
Como tan largo me ven,  
piensan todos los muchachos  
que soy algún pasadizo  
de la posada a Palacio.

Por descendiente me juzgan  
los que me miran de espacio,  
en la materia y la forma  
de aquel caballo troyano.  
Y si como tanto hierro,  
como se queja mi amo,  
ya que no lo esté de griegos,  
estaré lleno de armados.  
De noche me quita el freno,  
porque dice que lo gasto,  
y lo pongo en cuatro días  
como soneto limado.»  
No le consintió acabar  
un extranjero cuartago,  
porque entendió que tenía  
razones de su tamaño:  
«No sirvo», dijo, «a pelones,  
como vosotros, cuitados,  
sino a un extranjero rico,  
miserable por el cabo.

Y advertid que siendo aquestos  
hombres míseros y avaros,  
veréis que se llaman todos  
o Césares o Alejandros.  
La paja me da por libras,  
la cebada por puñados,

y para engañar mi hambre  
este artífice de engaños,  
unos antojos me pone  
de unos vidrios tan doblados,  
que hacen de una paja ciento,  
y cuatrocientos de un grano.  
Pero bien me satisfice  
de esta burla y de este agravio  
un día, cuya memoria  
a la venganza consagro.  
Solía decir, trayéndome  
por las caderas la mano:  
Como un banco estás, amigo,  
poco te luce el regalo.

Tantas veces me lo dijo,  
que una dellas por un lado  
le di muy bien a entender  
que tenía pies el banco.»  
Dieron entonces las once,  
y al mismo punto dejaron  
su plática los rocines,  
sus quínolas los lacayos.  
Cualquier docto en esta lengua  
podrá mañana temprano  
ir a escuchar otro poco  
las mulas de los letrados.

### XXXV

Levantando blanca espuma  
galeras de Barbarroja,  
ligeras le daban caza  
a una pobre galeota,  
en que alegre el mar surcaba  
un mallorquín con su esposa,  
dulcísima valenciana,  
bien nacida, si hermosa.  
Del amor agradecido  
se la llevaba a Mallorca,  
tanto a celebrar las Pascuas  
cuanto a festejar las bodas.  
Y cuando a los sordos remos  
más se humillaban las olas,

más se ajustaba a la vela  
el blando viento que sopla,  
espiándola detrás  
de una punta insidiosa  
estaba el fiero terror  
de las playas españolas.  
Sobresaltóla en el punto,  
que por una parte y otra  
sus cuatro enemigos leños  
tristemente la coronan.  
Crece en ellos la codicia  
y en estotros la congoja,  
mientras se queja la dama,  
derramando tierno aljófara:  
«Favorable cortés viento,  
si eres el galán de Flora  
válgasme en este peligro  
por el regalo que gozas.  
Tú, que embravecido puedes  
los bájeles que te enojan  
embestillos en la arena  
con más daño que en las rocas;  
tú, que con la misma fuerza,  
cuando al humilde perdonas,  
suelen de armadas reales  
escapar barquillas rotas,  
salga esta vela a lo menos  
de estas manos rigurosas,  
cual de garras de halcón,  
blancas alas de paloma.»

### XXXVI

*En la muerte de doña Luisa de Cardona,  
monja en Santa Fe de Toledo*

Moriste, Ninfa bella,  
en edad florescente,  
que la muerte entre flores  
se esconde cual serpiente.  
Moriste, y Amor luego  
rompió el arco impaciente,  
casto Amor, no el que tira  
flechas de oro luciente.  
Ninguno hay en la selva

que tu fin no lamente,  
o sátiro sea duro,  
o virgen inocente.  
Hasta el Dios que sus cuernos  
con guirnaldas desmiente,  
por darlas a tu urna  
las niega ya a su frente.  
Eco, de nuestras voces  
universal oyente,  
no es ya sino de quejas  
fiel correspondiente.  
Al viento la arboleda,  
más que nunca obediente,  
con él tu muerte gime  
y él con ella la siente.  
La casta cazadora  
seguiste puntualmente,  
ya en los montes armada,  
ya desnuda en la fuente.  
Ligera a los pies fuiste  
del corcillo, y valiente  
del jabalí cerdoso  
al espumoso diente;  
de cuya profesión  
testigo suficiente  
en el laurel sagrado  
la aljaba sea pendiente.  
Tumba es hoy de tus huesos,  
casta, si no decente,  
el árbol cuyas ramas  
no temen rayo ardiente;  
el árbol que teniendo  
tu memoria presente,  
no ya de aves lascivas  
torpe nido consiente;  
tierno gemido apenas  
de tórtola doliente  
que muerto esposo lllore,  
no que le llame ausente;  
adonde de las ninfas,  
diez a diez, veinte a veinte,  
si el llanto es ordinario,  
el concurso es frecuente.  
¡Oh alma, que eres ya  
deidad resplandeciente!  
Daliso, porque el Tiempo

su prescripción no intente  
(el Tiempo, de memorias  
fiscal tan insolente,  
que a la inmortalidad  
no perdona accidente);  
aquí, donde está el Betis,  
creo tu fin reciente  
llorando por los ojos  
de esta su antigua puente;  
no túmulo te erige  
de mármol diferente  
donde el Sol uno a uno  
sus muchos rayos cuente;  
ni ocupada la industria  
de artífice excelente,  
dará a tus cenizas  
vasija competente;  
sino un padrón humilde  
con la inscripción siguiente,  
que piedad solicite  
y su fe represente:  
«Suspende, ¡oh caminante!,  
el paso diligente,  
y cuando no admirado,  
condolido, detente.

Memoria soy de un Sol  
que el Turia fue su oriente,  
y su occidente el Tajo:  
dilo de gente en gente.»

Sin Leda y sin esperanza  
rompe en mal seguro leño  
su serenidad al mar,  
y a la noche su silencio,  
un pobre pescadorcillo,  
ausente de sus deseos  
lo que hay del mar andaluz  
a los valencianos senos.  
A calar salió sus redes,

mas el hijuelo de Venus  
suspendiéndole de oficio  
le condenó a pensamientos.  
A dulces memorias dado,  
y arrebatado a su cielo,  
los remos deja a las aguas  
y la red ofrece al viento.  
¡Barquero, barquero,  
que se llevan las aguas los remos!  
No teme enemigas velas  
o de renegado griego,  
o de enemigo pirata,  
de la Laguna al estrecho,  
porque el amor le asegura  
que no hay corsario tan fiero,  
que para un cuerpo sin alma  
embista un bajel sin dueño.  
Y así, la incierta derrota  
prosigue, velando sueños,  
animosamente vivo,  
humilde pescador muerto.  
Lágrimas vierten sus ojos,  
suspiros lanza su pecho,  
por pagar al mar y al aire  
forzados y marineros.  
¡Barquero, barquero,  
que se llevan las aguas los remos!

### XXXVII

(¿?)  
Despuntado he mil agujas  
en vestir a Moriscote,  
ya de puro terciopelo,  
ya de aguado chamelote.  
No más capellar con cifra,  
ni más adarga con mote;  
que ni yo soy boticario  
ni Albayaldos era bote.  
Galanes, los que acaudilla  
el del arco y del virote,  
o tengáis el bozo en flor  
o en espinas el bigote:  
escuchad los desvaríos  
de un poeta monigote

en cuarenta consonantes  
destilados del cogote;  
escuchad las desventuras  
del más triste galeote,  
que dio en la concha de Venus  
las espaldas al zote.  
Partir quiere a la visita  
de un pastor y sacerdote,  
que se casa con su iglesia  
con cuarenta mil de dote.  
Alborótale esta ausencia,  
y no es mucho le alborote,  
que en casa del condenado  
suena mal cuerda y garrote;  
porque en otra ida y venida  
cierto fullero angelote  
a la honra le dio pique,  
y a la hacienda capote.  
Esperando esta pelota  
dicen que está un don Pelote,  
para que en haciendo él falta  
la toque del primer bote.  
Para volar su perdiz  
ha jurado un tagarote,  
que en viéndole con espuelas  
se quitará el capirote;  
y cierto amigo, que tiene  
su poco de Escariote,  
dice que quiere probar  
la conserva del pipote.  
Conjurado se han los tres  
de hacer al pobre zote  
vecino de las riberas  
de Jarama o de Torote.  
¡A las armas, mozalbitos,  
que un navío filipote  
os espera en El Ferrol!  
¡Plega a Dios que se derrote!  
Haced en Inglaterra  
nobilísimo cerote,  
reduciendo al calvinista,  
saqueando al hugonote;  
que sin venir de Bretaña  
no puede haber Lanzarote,  
aunque sea el que ministra  
a Júpiter el zambrote.

Dejad caminar al triste  
Macías, o mazacote,  
a la ausencia y a los celos  
componiendo un estrambote.  
Dejadlo vuelva a jugar  
con su querida en un trote;  
él dice que de picado,  
yo digo que de guillote.  
Dejad que ella en su partida  
crezca el mar y el suelo agote  
fingiendo ofender su rostro  
sin darse ni un papirote.  
Que le jure que en su ausencia  
se vestirá de picote,  
se tocará de lienzo crudo  
y se cubrirá anascote;  
y en hábito de culebra  
luego otro día se ensote,  
donde algún mártir asado  
se le sirvan en gigote.  
Dejadle, por vida mía,  
y de camino se note  
que no hay fianza segura  
ni posada sin escote.

### XXXVIII

*A don Pedro Venegas,  
a cuya casa iba a jugar algunos días*

Temo tanto los serenos,  
serenísimo compadre,  
que a mis picados deseos  
les doy la casa por cárcel.  
Escapé de las Quemadas  
con un romadizo grave,  
porque sienes de poetas  
no se entienden con el aire.  
Y así, guardo mi persona  
debajo de treinta llaves,  
porque donde no hay salud  
ni hay gracia ni habrá sepades.  
Sabe Dios, señor don Pedro,  
si yo fuera allá esta tarde,  
si no temiera los bordes

de los candeleros grandes,  
ya que los de las bujías,  
cual pecados veniales,  
gastaron de agua bendita  
lo que ahorraron de sangre.  
Témoos mucho, porque sé  
que padecieron seis naipes  
muerte y pasión, porque algunos  
pecadores se salvasen;  
pecadores, que se ponen  
por lo menos a llevarse  
desde la oreja al bigote  
los puntos que no lograstes.  
Mas al fin en esas cartas  
la cólera desarmastes,  
como el toro, que en la capa  
ejecuta su coraje.  
Sin duda el lagarto rojo,  
que os marca la mejor parte  
del pecho, cuando perdéis,  
os da bocados mortales;  
o lo que tiene de espada  
lo muestra en atravesarse  
por el tierno corazón  
que afligidas alas bate.  
Gallarda insignia, esplendor  
de reales estandartes,  
que das esfuerzo en las guerras  
y calidad en las paces;  
si ya en tu virtud hicieron  
los antiguos capitanes  
ríos de sangre africana,  
montes de cuerpos alarbes;  
no permitas que un cruzado,  
en tu orden militante,  
soberbias armas empuñe  
y humildes cristianos mate.  
Con todo eso saldré al campo  
con tal que no muera nadie,  
y que al balcón de la alcoba  
nos parta el sol de la tarde,  
hasta la hora que Reyes,  
mulatero girifalte,  
se ceba en pechos de grajas  
y en piernas de alcarabanes.  
Buenas noches, gran señor

del pueblo de Gruñimaque,  
y tan buenas que el doctor  
no os ronde los arrabales.

### XXXIX

¿Quién es aquel caballero  
que a mi puerta dijo: Abrid?  
Caballero soy, señora,  
Caballero de Moclín.  
Nieto soy de cuatro grandes  
de a tres varas de medir,  
tan deudo del conde Claros,  
que me acuesto sin candil.  
Mi hacienda es un escudo  
orlado de treinta mil,  
no maravedís de juro,  
sino insignias del Sofí.  
Los cuarteles de mi escudo  
lo pueden ser de un jardín:  
un espino y dos romeros  
y cuatro flores de lis.  
¡Qué verde soy de linaje!  
No lo sepa algún rocín,  
que me teñirá en gualdado  
estas mañanas de abril.  
Sangre, más que una morcilla,  
honra, más que un Paladín,  
doña Blanca está en Sidonia  
y en mi bolsa ni un ceutí.  
Toda la tierra he corrido,  
el mar he visto en latín,  
mare vidi muchas veces,  
pero no maravedí.  
La necesidad, que tiene  
el ánima de un gentil,  
la brújula de un gitano,  
la consciencia de un neblí,  
en el real de don Sancho  
me libraba algún cuatrín.  
Cuando las tinieblas visten  
los gatos de vellorí,  
dos hombres de armas y yo  
salíamos por ahí  
a cautivar ferreruelos

que corrían el país.  
Tal vez no sólo la capa  
nos dejaba San Martín,  
sino también el espada  
con que la solía partir.  
Gentilhombres hice a muchos  
sin ser Rey, a muchos di  
espaldarazos sin darles  
el lagarto carmesí.  
Soy un Cid en quitar capas,  
perdóneme el señor Cid,  
quédesele el Campeador,  
y el capeador para mí.  
Mi camisa es la Tizona,  
que tiene filos de brin,  
y no ha sido la Colada  
después que me la vestí.  
Si me hiere, «Dios lo sabe»,  
a lo menos sé decir  
que tengo sangre con ella  
como mujer varonil.  
¡Oh cuánto puede, señora,  
un cuello de caniquí!  
Si no es rosa de esta espina,  
él miente como ruín.

XL

*Las aguas de Carrión*

Las aguas de Carrión,  
que a los muros de Palencia  
o son grillos de cristal  
o espejos de sus almenas,  
un pescador extranjero  
en un barquillo acrecienta,  
llorando su libertad  
mal perdida en sus riberas.

¡Oh, qué bien llora!  
¡Oh, cómo se lamenta!

Vio la ninfa más hermosa  
que dio al aire rubias trenzas  
que en el coro de Diana,

que bajaba de las selvas  
tras un corcillo herido,  
que de bien flechado vuela,  
porque en la fuga son alas  
las que en la muerte son flechas.

¡Oh, qué bien llora!  
¡Oh, cómo se lamenta!

Las redes al sol tendía  
sobre la caliente arena,  
cuando se vio salteado  
de la cazadora bella.  
Más despedían sus ojos  
que trae su aljaba saetas,  
y tanto más ponzoñosas  
cuanto es más desdén que hierba.

¡Oh, qué bien llora!  
¡Oh, cómo se lamenta!

«¡Oh fiera para los hombres,  
perseguidora de fieras!  
decía al son de los remos,  
que gimen cuando él se queja.  
De tí murmuran las aguas  
por disimular mis quejas,  
que no alcanzas lo que sigues  
y matas lo que te espera.»

¡Oh, qué bien llora!  
¡Oh, cómo se lamenta!

XLI

*Sobre unas altas rocas*

Sobre unas altas rocas,  
ejemplo de firmeza,  
que encuentra noche y día  
el mar, estando quedas,  
aquel pescadorcillo,  
a quien su ninfa bella  
dejó el año pasado  
la red sobre el arena,

¡Oh, cómo se lamenta!  
De una parte las aguas,  
de otra parte las fieras,  
y de entrambas el viento  
le escuchan y se enfrenan;  
que a todas ellas hacen  
igual sabrosa fuerza,  
lo dulce de la voz,  
la razón de las quejas.  
¡Oh, cómo se lamenta!  
«¿Hasta cuándo, enemiga,  
competirá en dureza  
tu duro corazón  
con las más duras piedras?  
¿Hasta cuándo harás  
al son de mis querellas  
lo que al latido hace,  
de los canes la cierva?»  
¡Oh, cómo se lamenta!  
«Hoy hace, ingrata, un año  
que huyendo ligera,  
no te conoce el suelo,  
y atrás el aire dejas;  
hoy hace un año, ingrata,  
que el mar, como por pena  
de que tú no las pisas,  
azota estas riberas.»  
¡Oh, cómo se lamenta!  
«Tu vuelo en todo el mundo  
por olas o por tierra,  
lo más ligero alcanza,  
lo más libre sujeta.  
Si aquesta se te escapa,  
di, Amor, ¿qué te aprovechan  
los vuelos de tus alas,  
las puntas de tus flechas?»  
¡Oh, cómo se lamenta!

## XLII

«En tanto que mis vacas  
sin oílos condenan  
en frutos los madroños  
de esta fragosa sierra,  
quiero cantar llorando

a sombras de esta peña,  
de áspera, invencible,  
segunda Galatea;  
que pues osó fiarle  
en intrincadas trepas  
sus verdes corazones  
esta amorosa hiedra,  
fiarle podré yo  
lagrimosas endechas;  
mas ¡ay triste, que es sorda  
segunda Galatea!

¡Mal haya quien emplea  
su fe en la que con arco y con aljaba  
parece niño Amor, y es fiera brava!»

«Divina cazadora,  
que de seguir las fieras  
has dado en imitallas,  
y para mí excedellas,  
de esa tu media luna  
junta las empulgueras,  
y al desdén satisfaga  
la más volante flecha,  
que saldrá a recibilla  
por jubilar sus penas  
en el pecho que huyes,  
el alma que desdeñas.»  
No pudo decir más,  
porque entre la maleza  
un jabalí espumoso  
le salteó sus quejas.  
Lebreles le forzaron  
a tomar la dehesa  
y a despreciar venablos  
y perros que le aquejan.  
El vaquero, admirado  
de que rompiendo telas  
huya, «¡oh fiera, le dice,  
segunda Galatea!

¡Mal haya quien emplea  
su fe en la que con arco y con aljaba  
parece niño Amor, y es fiera brava!»

### XLIII

#### *En un pastoral albergue*

En un pastoral albergue,  
que la guerra entre unos robles  
lo dejó por escondido  
o lo perdonó por pobre,  
do la paz viste pellico  
y conduce entre pastores  
ovejas del monte al llano  
y cabras del llano al monte,  
mal herido y bien curado,  
se alberga un dichoso joven,  
que sin clavarle amor flecha,  
le coronó de favores.  
Las venas con poca sangre,  
los ojos con mucha noche,  
le halló en el campo aquella  
vida y muerte de los hombres.  
Del palafrén se derriba,  
no porque al moro conoce,  
sino por ver que la hierba  
tanta sangre paga en flores.  
Límpiale el rostro, y la mano  
siente al Amor que se esconde  
tras las rosas, que la muerte  
va violando sus colores.  
Escondióse tras las rosas,  
porque labren sus arpones  
el diamante del Catay  
con aquella sangre noble.  
Ya le regala los ojos,  
ya le entra, sin ver por dónde,  
una piedad mal nacida  
entre dulces escorpiones.  
Ya es herido el pedernal,  
ya despide el primer golpe  
centellas de agua. ¡Oh, piedad,  
hija de padres traidores!  
Hierbas aplica a sus llagas,  
que si no sanan entonces,  
en virtud de tales manos  
lisonjean los dolores.  
Amor le ofrece su venda,  
mas ella sus velos rompe

para ligar sus heridas:  
los rayos del Sol perdonen.  
Los últimos nudos daba  
cuando el cielo la socorre  
de un villano en una yegua  
que iba penetrando el bosque.  
Enfrenábale la bella  
las tristes piadosas voces,  
que los firmes troncos mueven  
y las sordas piedras oyen;  
y la que mejor se halla  
en las selvas que en la Corte,  
simple bondad, al pío ruego  
cortésmente corresponde.  
Humilde se apea el villano  
y sobre la yegua pone  
un cuerpo con poca sangre,  
pero con dos corazones;  
a su cabaña los guía,  
que el Sol deja su horizonte  
y el humo de su cabaña  
les va sirviendo de Norte.  
Llegaron temprano a ella,  
do una labradora acoge  
un mal vivo con dos almas,  
y una ciega con dos soles.  
Blando heno en vez de pluma  
para lecho les compone,  
que será tálamo luego  
do el garzón sus dichas logre.  
Las manos, pues, cuyos dedos  
de esta vida fueron dioses,  
restituyen a Medoro  
salud nueva, fuerzas dobles;  
y le entregan, cuando menos,  
su beldad y un reino en dote,  
segunda envidia de Marte,  
primera dicha de Adonis.  
Corona en lascivo enjambre  
de Cupidillos menores  
la choza, bien como abejas,  
hueco tronco de alcornoque.  
¡Qué de nudos le está dando  
a un áspid la invidia torpe,  
contando de las palomas  
los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,  
haciendo la cuerda azote,  
porque el caso no se infame  
y el lugar no se inficione!  
Todo es gala el Africano,  
su vestido espiro olores,  
el lunado arco suspende,  
y el corvo alfange depone.  
Tórtolas enamoradas  
son sus roncós atambores,  
y los volantes de Venus  
sus bien seguidos pendones.  
Desnuda el pecho anda ella,  
vuela el cabello sin orden;  
si le abrocha, es con claveles,  
con jazmines si lo coge.  
El pie calza en lazos de oro,  
porque la nieve se goce,  
y no se vaya por pies  
la hermosura del orbe.  
Todo sirve a los amantes;  
plumas les baten, veloces,  
airecillos lisonjeros,  
si no son murmuradores.  
Los campos les dan alfombras,  
los árboles pabellones,  
la apacible fuente sueño,  
música los ruiseñores.  
Los troncos les dan cortezas  
en que se guarden sus nombres,  
mejor que en tablas de mármol  
o que en láminas de bronce.  
No hay verde fresno sin letra,  
ni blanco chopo sin mote;  
si un valle «Angélica» suena,  
otro «Angélica» responde.  
Cuevas do el silencio apenas  
deja que sombras las moren  
profanan con sus abrazos  
a pesar de sus horrores.  
Choza, pues, tálamo y lecho,  
cortesanos labradores,  
aires, campos, fuentes, vegas,  
cuevas, troncos, aves, flores,  
fresnos, chopos, montes, valles,  
contestes de estos amores,

el cielo os guarde, si puede,  
de las locuras del Conde.

#### XLIV

##### *Según vuelan por el agua*

Según vuelan por el agua  
tres galeotas de Argel,  
un Aquilón africano  
las engendró a todas tres.  
Y según los vientos pisa  
un bergantín genovés,  
si no viste el temor alas,  
de plumas tiene los pies.  
Mortal caza vienen dando  
al fugitivo bajel,  
en que a Nápoles pasaba,  
en conserva del Virrey,  
un español con dos hijas,  
una sol y otra clavel,  
que tuvieron a León  
por Oriente y por vergel.  
Derrotóle un temporal,  
y ya que no dio al través,  
a vista dio de Morato,  
renegado calabrés.  
El tagarote africano,  
que la español garza ve,  
en su noble sangre piensa  
esmaltar el cascabel.  
Peinándole va las plumas,  
mas el viento burla de él,  
interpuesto entre las alas  
y entre la garra cruel.  
Ya surcan el mar de Denia,  
ya sus altas torres ven,  
grandeza del Duque ahora,  
título ya del Marqués.  
De sus torres los descubren,  
y en distinguiendo después  
la cruz en el tafetán,  
la luna en el alquicel,  
ocho o diez piezas disparan,  
que en ocho globos o diez

envuelven de negro humo  
al corsario su interés.  
Los brazos del puerto ocupa  
con fatiga y con placer,  
el bergantín destrozado  
desde la quilla al garcés.  
El leonés, agradecido  
al cielo de tanto bien,  
de libertad coronado  
dice, si no de laurel:  
«¡Oh puerto, templo del mar,  
cuya húmeda pared  
antes faltará, que tablas  
señas de naufragios den;  
fortaleza imperiosa,  
terror de África y desdén,  
yugo fuerte y real espada  
que reprime y que da ley!  
Defensa os debo y abrigo,  
mi libertad vuestra es,  
y mi lengua desatada  
en alabanzas también.  
Con tus altos muros viva  
tu ínclito dueño, a quien  
como a ti el Mediterráneo,  
la envidia le bese el pie.  
Inmortal sea su memoria  
en la gracia de su Rey,  
por galardón proseguida  
si comenzó por merced;  
que servicios tan honrados  
y de Acates tan fiel,  
inmortalidad merecen,  
si no de vida, de fe.»

XLV

*Oh, cuán bien que acusa Alcino*

¡Oh, cuán bien que acusa Alcino,  
Orfeo de Guadiana,  
unos bienes sin firmeza  
y unos males sin mudanza!  
Pulsa las templadas cuerdas  
de la cítara dorada,

y al son desata los montes,  
y al son enfrena las aguas.  
¡Oh, cuán bien canta su vida,  
cuán bien llora su esperanza!,  
y el monte y el agua escuchan  
lo que llora y lo que canta:

«La vida es corta y la esperanza larga,  
el bien huye de mí, y el mal se alarga.»

El bien es aquella flor  
que la ve nacer el Alba,  
al rayo del Sol caduca,  
y la sombra no la halla.  
El mal la robusta encina,  
que vive con la montaña,  
y de siglo en siglo el tiempo  
le peina sus verdes canas.  
La vida es ciervo herido  
que las flechas le dan alas;  
la esperanza el animal  
que en sus pies mueve su casa.

«La vida es corta y la esperanza larga,  
el bien huye de mí, y el mal se alarga.»

## XLVI

### *En dos lucientes estrellas*

En dos lucientes estrellas,  
y estrellas de rayos negros,  
dividido he visto el Sol  
en breve espacio de cielo.  
El luciente oficio hacen  
de las estrellas de Venus,  
las mañanas como el Alba,  
las noches como el Lucero.  
Las formas perfilan de oro,  
milagrosamente haciendo,  
no las bellezas oscuras,  
sino los oscuros bellos,  
cuyos rayos para él  
son las llaves de su puerto,  
si tiene puertos un mar

que es todo golfos y estrechos.  
Pero no son tan piadosos,  
aunque sí lo son, pues vemos  
que visten rayos de luto  
por cuantas vidas han muerto.

## XLVII

### *En los pinares de Júcar*

En los pinares de Júcar  
vi bailar unas serranas,  
al son del agua en las piedras,  
y al son del viento en las ramas.  
No es blanco coro de ninfas  
de las que aposenta el agua,  
o las que venera el bosque,  
seguidoras de Diana:  
serranas eran de Cuenca,  
honor de aquella montaña,  
cuyo pie besan dos ríos  
por besar de ella las plantas.  
Alegres corros tejían,  
dándose las manos blancas  
de amistad, quizá temiendo  
no la truequen las mudanzas.

*¡Qué bien bailan las serranas!*  
*¡Qué bien bailan!*

El cabello en crespos nudos  
luz da al Sol, oro a la Arabia,  
cuál de flores impedido,  
cuál de cordones de plata.  
Del color visten del cielo,  
si no son de la esperanza,  
palmillas que menosprecian  
al zafiro y la esmeralda.  
El pie (cuanto le permite  
la brújula de la falda)  
lazos calza, y mirar deja  
pedazos de nieve y nácar.  
Ellas, cuyo movimiento  
honestamente levantan  
el cristal de la columna

sobre la pequeña basa.

*¡Qué bien bailan las serranas!  
¡Qué bien bailan!*

Una entre los blancos dedos  
hiriendo negras pizarras,  
instrumento de marfil  
que las Musas le envidiaran,  
las aves enmudeció,  
y enfrenó el curso del agua;  
no se movieron las hojas,  
por no impedir lo que canta:  
Serranas de Cuenca  
iban al pinar,  
unas por piñones,  
otras por bailar.

Bailando y partiendo  
las serranas bellas,  
un piñón con otro,  
si ya no es con perlas,  
de Amor las saetas  
huelgan de trocar,  
unas por piñones,  
otras por bailar.  
Entre rama y rama,  
cuando el ciego dios  
pide al Sol los ojos  
por verlas mejor,  
los ojos del Sol  
las veréis pisar,  
unas por piñones,  
otras por bailar.

XLVIII

(F. D., )  
Trepan los gitanos,  
y bailan ellas,

*Otro nudo a la bolsa  
mientras que trepan.*

Gitanos de Corte,

que sobre su rueda  
les mostró Fortuna  
a dar muchas vueltas,  
si en un costal otros  
han dado cien trepas,  
en un zurrón éstos  
darán cuatrocientas.  
Desvanecen hombres,  
mas ¿quién hay que pueda  
viendo andar de manos  
no dar de cabeza?  
Y si unos dan brincos  
de rubíes y perlas,  
otros como locos  
tiran estas piedras.

*Otro nudo a la bolsa  
mientras que trepan.*

Canta en vuestra esquina  
una canción tierna  
el paje con plumas,  
pájaro sin ellas,  
blando ruiseñor,  
que en noche serena  
dulce os adormece,  
y dulce os recuerda.  
Si su amo, en tanto,  
por hierros de reja,  
que os suspende el quiebro,  
la hija os requiebra,  
de este ruiseñor  
os guardad, que os echa  
como alano al paje,  
que os rasga la oreja.

*Otro nudo a la bolsa  
mientras que trepan.*

A vos canta el paje,  
buen viejo, que a ella  
letrillas de cambio  
le cantan terceras;  
que no hay pie de copla  
de ningún poeta  
como los de un banco,

y más si no quiebra.  
No os fiéis del quicio,  
requerid la puerta,  
que dada la unción,  
sin habla os espera.  
Bajad, si por dicha  
no queréis que, mientras  
forma el paje puntos,  
meta el amo letra.

*Otro nudo a la bolsa  
mientras que trepan.*

En Valladolid  
no hay gitana bella  
que no haga mudanzas  
estándose queda.  
El pie sobre corcho  
(mirad qué firmeza)  
mueve con buen aire  
mi honra, y la vuestra.  
Al son de un pandero,  
que a su gusto suena,  
deshace cruzados,  
que es buena moneda.  
Y al conde más rico,  
que baila con ella,  
conde de gitanos,  
desnudo le deja.

*Otro nudo a la bolsa  
mientras que trepan.*

Miran de la mano  
la palma que lleva  
dátiles de oro,  
la que no, no es buena.  
De las vidas hacen  
cabe de a paleta,  
que pasan las rayas  
hasta las muñecas.  
Estrellas os hallan,  
que mujeres de estes  
en medio del día  
hacen ver estrellas.  
Buscan os el aspa,

mas, según dan vueltas,  
antes hallarán  
las devanaderas.

*Otro nudo a la bolsa  
mientras que trepan.*

Sobre cuatro palmos  
de una vara estrecha  
hace el mercader  
cien mil ligerezas.  
Vuela por el mundo  
la pluma en la oreja,  
dando extraños saltos  
de una en otra feria,  
sin temer caída,  
porque sobre seda  
caídas de gato  
nunca dieron pena.  
Fardos de Logroño  
se cargan apriesa,  
que para trepar  
se escombra la tienda.

*Otro nudo a la bolsa  
mientras que trepan.*

Hay otros gitanos  
de mejor conciencia,  
saludables de uñas,  
sin ser grandes bestias,  
maestros famosos  
de hacer barrenas,  
que taladran almas  
por clavar haciendas;  
para cuyo fin  
humildes menean  
de la pasión santa  
la santa herramienta,  
clavos y tenazas,  
y para ascendencia  
de años a esta parte  
la santa escalera.

*Otro nudo a la bolsa  
mientras que trepan.*

## XLIX

### *Cuando la rosada Aurora*

Cuando la rosada Aurora,  
o violada, si es mejor  
(escoja los epítetos  
que ambos de botica son),  
las alboradas de abril  
vierte desde su balcón,  
como en posesión del día,  
perlas que desate el Sol,  
entre ciertos alcaceles  
una sarta se halló  
de estes orientales perlas  
el machuelo de un Doctor.  
Fióselas el Aurora,  
mas él, de buen pagador,  
en sólo un abrir de ojo  
en doblones las pagó.  
Al ruido de la paga,  
que con trompetas llamó,  
ya que no con atabales,  
a darla satisfacción,  
salió el Sol, y halló al machuelo  
y al Médico, su señor,  
que había contado el dinero  
con un pie, y aún con los dos.  
Estaba el varón cual veis  
(si es macho cada varón),  
hecho un macho por la liga  
que en la moneda halló.  
Remedio contra extranjeros,  
que el oro fino español  
traducen en ginovés  
para pasallo mejor.  
Yo les doy que pasen éste,  
que el macho desembolsó,  
y en su lengua le traduzcan  
con observancia y rigor.  
No rocín de perulero,  
digo de conquistador,  
con más oro y menos clavos  
en aquel tiempo se herró,

que se herró nuestro Esculapio,  
bien bañado y de ramplón,  
porque tiene malos cascos,  
y así le afianzaron hoy.  
Filósofo en el desprecio,  
aún más que en la profesión,  
debajo de los pies tiene  
el tesoro que se halló.  
Tanta riqueza aborrece,  
hecho un Midas, y aún peor,  
que el otro pidió si tuvo,  
y él tiene, mas no pidió.  
Hecho un Sol y hecho un mayo,  
quiere que cada terrón  
oro engendre, y cada hierba  
trascienda, no siendo flor.  
Liberal parte con todos  
de lo que el macho le dio,  
a patadas como mula  
o con mosca, o sin trabón.  
El macho piensa que baila,  
y porque no falte son,  
ya que ha engomado las cerdas,  
su rabelillo tocó.  
Dióle viento, y fue organillo,  
donde con admiración  
oyó su trompa el soldado  
y su zampona el pastor.  
Que instrumentos manuales,  
como organillo y violón,  
taña un macho con un ojo,  
¡ni se ha visto, ni se oyó!  
No sólo quiso tañer,  
sino meter una voz,  
y debió entender su amo  
la letra de la canción,  
pues a un árbol de aquel prado  
pidió apriesa un varejón  
para llevarle el compás,  
mas el macho no aguardó.  
Hizo fuga a cuatro pies,  
y el Médico la siguió,  
que es bestial músico el hombre  
y fue siempre en proporción.  
Dejó la capa corriendo  
sobre cierta provisión

de Mérida, que a un correo  
por detrás se le cayó.  
Pasó tras su animalejo,  
que alzaba el pie en ocasión,  
para pedille calzado,  
más que para dalle coz.  
Fatigóle por el campo,  
y después que le cansó,  
manso se dejó coger,  
muy contento y muy burlón.  
El Médico, como tal,  
deseaba, y con razón,  
su capa, como la suya  
cualquiera predicador.  
Volvió al lugar donde estaba,  
y sin consideración  
se arrebozó luego en ella,  
si no es que se emborrizó.  
Siente un no sé qué, y entiende  
que es el zapato, mas no,  
que está lejos el zapato,  
y es más vecino el olor.  
Huele la capa, y sospecha  
que entre tanto que él corrió  
se ha enterrado en su capilla  
algún pobre labrador.  
Alarga la mano, y halla  
los recaudos del peón;  
el sello, mas no en papel,  
sino en cera, que es peor.  
Es amarilla la cera,  
y en viéndola confirmó  
que hay difunto en la capilla,  
y con mucha compasión,  
sin hisopo fue por agua  
a Esgueva, y toda la dio  
a la sepultura, y dijo  
con sentimiento y dolor:  
«¡Oh vos, cualquiera que entrastes  
hoy en mi jurisdicción,  
donde mi capa de paño,  
si no de tumba, os sirvió!  
Sed príncipe o sed plebeyo,  
séos decir al menos yo  
que fuera guante de ámbar  
Lázaro puesto con vos.

¿Fuistes galán del terrero  
desdeñado del Amor,  
que estáis suspirando aquí  
el desdén que allá os mató;  
o sois juez agraviado  
en muy baja provisión,  
porque oléis a proveído  
muy mal y muy sin razón?  
¿O sois privado de quien  
no sólo aquí os despidió,  
mas os echó su mal ojo  
que es basilisco un señor?  
Sed cualquiera cosa de éstas,  
que yo hago traslación  
de vuestros huesos a Esgueva,  
aunque todo pulpa sois.  
Desenterrador me hago,  
sobre médico que soy,  
que esto es mucho más que ser  
médico y enterrador.  
Allá vais, coman os peces,  
si no hay otro, cual a Arión,  
delfín de algún espinazo,  
que salga en vuestro favor.»

## L

De Tisbe y Píramo quiero,  
si quisiere mi guitarra,  
cantaros la historia ejemplo  
de firmeza y de desgracia.  
No sé quién fueron sus padres,  
mas bien sé cuál fue su patria;  
todos sabéis lo que yo,  
y para introducción basta.  
Era Tisbe una pintura  
hecha en lámina de plata,  
un brinco de oro y cristal  
de un rubí y dos esmeraldas.  
Su cabello eran sortijas,  
memorias de oro y del alma;  
su frente, el color bruñido  
que da el sol hiriendo al nácar.  
La alegría eran sus ojos,  
si no eran la esperanza

que viste la primavera  
el día de mayor gala.  
Sus labios la grana fina,  
sus dientes las perlas blancas,  
porque, como el oro en paño,  
guarden las perlas en grana.  
Desde la barba al pie, Venus,  
su hijuelo y las tres Gracias,  
deshojando están jazmines  
sobre rosas encarnadas.  
Su edad, ya habéis visto el diente,  
entre mozuela y rapaza,  
pocos años en chapines,  
con reverendas de dama.  
Señor padre era un buen viejo,  
señora madre una paila;  
el dulce favor implora,  
conserva de calabaza.  
Regalaban a Tisbica  
tanto, que si la muchacha  
pedía leche de cisnes,  
le traían ellos natas.  
Mas ¿qué mucho, si es la niña,  
como quien no dice nada,  
alma de sus cuatro ojos,  
los ojos de sus dos almas?  
Los brazos de él uno fueron,  
y del otro eran las faldas,  
los primeros años cuna,  
los siguientes almohada.

LI

*A un tiempo dejaba el Sol*

A un tiempo dejaba el Sol  
los colchones de las ondas,  
y el orinal de mi alma  
la vasera de su choza;  
él porque tres veces quiere  
en las tres lucientes bolas  
de la torre de Marruecos  
ver su caraza redonda;  
y ella porque sus corderos,  
en tanto que el Alba llora,

se longanicen las tripas  
de esmeraldas y de aljófar,  
a cuenta de los poetas  
que baratan estas joyas  
entre los que en avellanas  
les pagan a «qué quiés, boca».  
De luz, pues, y de ganado  
se cubre la vega toda,  
y el aire de la armonía  
que despide una zampona,  
profundamente tañida  
de un cuitado que la sopla,  
quizá tan profundamente  
que no hay Judas que la oya.  
Guarda el pobre unas ovejas,  
si el que se las deja solas  
las guarda, y a sus rediles  
no las vuelve, o vuelve pocas;  
culpa de un Dios que, aunque ciego,  
clava una saeta en otra,  
y caliente, aunque desnudo,  
el muro helado de Troya  
(cuando criminante y bella  
salió ministrando aljófar),  
del sacro Betis la Ninfa  
que vio España más hermosa;  
tan celada de su padre,  
que el lado aún no le perdona,  
y si hay sombras de cristal,  
la Ninfa se ha vuelto sombra.  
Viola en las selvas un día  
en una virginal tropa  
de secuaces de Diana,  
saeteando una corza.  
Nunca la viera el cuitado,  
y no dejara en mal hora  
por el campo su hacienda,  
por el río su memoria.  
Desde entonces los carneros  
van perdiendo sus esposas,  
y de lanas de bayeta  
les va el lobo haciendo lobas.  
Río abajo, río arriba,  
pasos gasta, viento compra,  
que se venden por suspiros  
y valen misericordia.

Tantos días, tantas veces  
oyó su voz lagrimosa  
el río desde su urna,  
que un día sacó la cholla,  
y le halló entre unos carrizos  
ventoseando unas coplas,  
en favor a lo que dicen  
de su húmida señora,  
que lo oía entre unos sauces  
haciendo desdén y pompa  
del pastor y de sus versos,  
zahareña y gloriosa.  
De las plumas de una mimbre  
cortó el viejo dos garzotas,  
y en el envés de la Ninfa  
me las desnudó de hojas.  
Cansado, pues, el pastor  
de invocar piedad tan sorda,  
de mi bella pastorcilla  
el dulce favor implora.  
Un rato le ruega humilde  
que su lira sonora  
al aire haga y al río  
cualque suave lisonja.  
Condescendió con sus ruegos  
Cloris, y luego a la hora  
yerba y flores a porfía  
le tejieron una alfombra.  
Pulsó las templadas cuerdas,  
y al punto el cielo se escombra,  
el aire se purifica,  
la ribera se convoca.  
Las Ninfas que de aquel soto  
los muchos árboles honran,  
vistiéndose miembros bellos  
desnudan cortezas toscas.  
A un verde arrayán florido  
se calaron dos palomas,  
blancas señas de que el aire  
la madre de Amor corona.  
Un dulce lascivo enjambre  
de hijuelos de la Diosa,  
vertiendo nubes de flores  
jazmines llueven y rosas.  
Sofrenó el Sol sus caballos  
para oír a mi pastora,

tanto, que besó algún signo  
las caderas luminosas;  
y fue tal la sofrenada,  
que con las lucientes colas  
ensuciaron y aun barrieron  
dos tachones de la zona.  
Su verde cabello el Betis  
descubrió, y su barba undosa,  
y el húmido cuerpo luego  
vestido de juncos y ovas.  
La hija aguarda que el padre  
todo el campo reconozca,  
y a las detenidas aguas  
fía luego la persona.  
Salió de espumas vestida,  
y por lo que es vergonzosa,  
calzada una celosía  
de caracoles y conchas.  
¡Oh, lo que diera el pastor  
por ser aquel día babosa  
de algún caracol de aquellos!...  
Mas quédese aquí esta historia.

## LII

### *De la Marquesa de Ayamonte y su hija*

Donde esclarecidamente  
guarnecen antiguas torres  
el cristal del Océano  
en que se mira Ayamonte,  
dos términos de beldad  
se levantan junto adonde  
los quiso poner Alcides  
con dos columnas al orbe.

El uno es la blanca Nais,  
el otro la rubia Cloris,  
cuyas frentes de jazmines  
son auroras de sus Soles;  
deidades ambas divinas,  
veneradas en los bosques,  
en tantos templos de amor  
cuantos son los cazadores.

Aras son devotas tuyas  
cuantos en barquillos pobres  
o las redes o los remos  
en el Océano esconden.  
Cuanto el campo a los monteros  
y el mar da a los pescadores,  
sacrificio es de su fe,  
y fe de sus corazones.

Arde el monte, arde la playa,  
y en los árboles del monte  
arde algún silvestre Dios  
en algún antiguo roble.  
mucho, si entre las ondas  
que en los escollos se rompen  
ofrece el mar las cenizas  
de algunos marinos Dioses?

Ellas, en vano seguidas  
de suspiros y de voces,  
el ciervo hacen ligero  
aljabá de sus arpones;  
en cuyo alcance prolijo  
deben a sus pies veloces  
(a pesar de los coturnos)  
las selvas diversas flores.

Si al campo el cristal calzado  
viste de varios colores,  
el nácar desnudo al mar  
perlas da que le coronen,  
cuando requieren las nasas,  
o cuando los velos cogen,  
ilustrando con dos lunas  
las tinieblas de la noche,

a cuyos rayos lucientes  
vieras las ondas entonces  
negar las blancas espumas  
a sus resacas y golpes,  
por no dejallas vencidas  
en aquella playa noble,  
a manos de la blancura  
que hoy la nieve reconoce.

*Las flores del romero,*

*niña Isabel,  
hoy son flores azules,  
mañana serán miel.*

Celosa estás, la niña,  
celosa estás de aquel  
dichoso, pues le buscas,  
ciego, pues no te ve,  
ingrato, pues te enoja,  
y confiado, pues  
*no se disculpa hoy  
de lo que hizo ayer.*

Enjuguen esperanzas  
lo que lloras por él,  
que celos entre aquéllos  
que se han querido bien,  
*hoy son flores azules,  
mañana serán miel.*

Aurora de ti misma,  
que cuando a amanecer  
a tu placer empiezas,  
te eclipsan tu placer,  
serénense tus ojos,  
y más perlas no des,  
porque al Sol le está mal  
lo que a la Aurora bien.

Desata como nieblas  
todo lo que no ves,  
que sospechas de amantes  
y querellas después,  
*hoy son flores azules,  
mañana serán miel.*

### LIII

*Los montes que el pie se lavan*

Los montes que el pie se lavan  
en los cristales del Tajo,  
cuando las frentes se miran  
en los zafiros del cielo,  
tiranizados tenía

un cerdoso animal fiero,  
terror del campo, y ruina  
de venablos y de perros.  
Buscándole errante un día  
se perdió un galán montero,

segunda envidia de Marte,  
primer Adonis de Venus.  
Escalando la montaña,  
y penetrando sus senos,  
le dejó la blanca Luna  
y le halló el luciente Febo.  
¡Oh, perdido primero  
tras un jabalí fiero,  
no te pierdas ahora  
tras esa, que te huye, cazadora!

La luz le ofreció una Ninfa,  
que en duda pone a los cerros,  
a cuál se deban sus rayos,  
al Sol o a sus ojos bellos.  
De tres arcos viene armada,  
el uno contra los ciervos,  
contra los hombres los dos,  
blanco el uno, los dos negros.

De un cordón atraillado  
un diligente sabueso,  
el viento solicitaba,  
y desafiaba al viento.  
Apenas vio al joven, cuando  
las cumbres vence huyendo;  
él la sigue, ambos calzados,  
ella plumas y él deseos.

¡Oh, perdido primero  
tras un jabalí fiero,  
no te pierdas ahora  
tras esa, que te huye, cazadora!  
Flores le valió la fuga  
al fragoso, verde suelo,  
varias de color, y todas  
hijas de su pie ligero.

A las malezas perdona  
mal su fugitivo vuelo.

Ellas, sí, al coturno de oro  
engastes del cristal tierno.  
«¡Oh, cobarde hermosura!  
dice el garzón, sin aliento,  
no huyas de un hombre más  
que sabes huir del tiempo.»

Volviendo los ojos ella  
por flecharle más el pecho,  
de que le alcance aún su voz  
acusa al aire con ceño.  
¡Oh, perdido primero  
tras un jabalí fiero,  
no te pierdas ahora  
tras esa, que te huye, cazadora!

LIV

*En el baile del ejido*

En el baile del ejido,  
(¡Nunca Menga fuera al baile!)  
perdió sus corales Menga  
el disanto por la tarde.  
Dicen que se los dio en ferias,  
tres o cuatro días antes,  
el Píramo de su aldea,  
el sobrino del Alcalde.  
Los corales no tenían  
los extremos que ella hace,  
y porque de cristal fuesen,  
lloró Menguilla cristales.

¿Quién oyó, zagales,  
desperdicios tales,  
que derrame perlas  
quien perdió corales?

Veinte los buscan, perdidos,  
y no es mucho, en casos tales,  
que un perdido haga veinte,  
pues un loco ciento hace.  
Ya el cura se prevenía  
de los antojos que saben,  
en rúbricas coloradas,

hacer la letra más grande,  
cuando albricias pide a gritos  
Bartolillo con donaire,  
por haber hallado a Menga  
en sus labios los corales.

¿Quién oyó, zagales,  
venturas iguales,  
que halle rubíes  
quien perdió corales?

En el ejido los buscan,  
que yendo Menga a lavarse,  
se los dejó entre la juncia  
del arroyo de los sauces.  
Los ojos fueron de Antón  
los que descubrieron antes  
en la yerba los claveles,  
y en la arena los granates,  
Y viendo purpurear  
las rojas prendas del ángel,  
así cantó en el salterio  
que tocaba Gil Perales:  
¡Albricias, zagales!  
¿De qué tan alegre vienes?  
De haber hallado los bienes  
de la que causa mis males.

LV

*Del Palacio de la Primavera*

Del Palacio de la Primavera  
Esperando están la rosa  
cuantas contiene un vergel  
flores, hijas de la Aurora,  
bellas cuanto pueden ser.  
Ella, aunque con majestad,  
no debajo de dosel,  
sino sobre alfombras verdes,  
purpúrea se dejó ver.  
Como a Reina de las flores  
guarda la ciñe fiel,  
si son archas las espinas  
que en torno de ella se ven.

Al aparecer la hicieron  
una inclinación cortés,  
y con muy buen aire todas,  
que mal pudieran sin él,  
no la hicieron reverencia,  
aunque todas tienen pies,  
porque su inmovilidad  
su mayor disculpa fue.  
El vulgo de esotras hierbas,  
sirviéndoles esta vez  
de verdes lenguas sus hojas,  
la saludaron también.  
Quién pretende la privanza  
de tan gran señora, y quién,  
admirando su beldad,  
no osa descubrir su fe;  
que el Cupido de las flores  
es la abeja y, si lo es,  
sus flechas abrevia todas  
en el aguijón cruel.  
Ella, pues, las solicita,  
y las despoja después;  
por señas, que sus despojos  
son dulces como la miel.  
Los colores de la Reina  
vistió galán el clavel,  
Príncipe que es de la sangre,  
y aun aspirante a ser Rey.  
En viéndola, dijo: «¡ay!»  
el jacinto, y al papel  
lo encomendó de sus hojas  
porque se pueda leer.  
Ámbar espira el vestido  
del blanco jazmín, de aquel  
cuya castidad lasciva  
Venus hipócrita es.  
La fuente deja el Narciso,  
que no es poco para él,  
y ya no se mira a sí,  
admirando lo que ve.  
¡Oh, qué celoso está el lilio,  
un mal cortesano que  
calza siempre borceguí:  
debe de ser portugués!  
Mosquetas y clavellinas  
sus damas son, ¿qué más quiés,

oh tú que pides lugar,  
que bel mirar y oler bien?  
Las azucenas la sirven  
de dueñas de honor, y a fe  
que sus diez varas de holanda  
las envidian más de diez.  
Meninas son las violetas,  
y muy bien lo pueden ser  
las primicias de las flores,  
que antes huelen que se ven.  
De este real paraíso,  
verde jaula es un laurel  
de tres dulces ruiseñores  
que cantan a dos y a tres.  
Guardadamas es un triste  
fruncidísimo ciprés,  
efecto al fin de su fruta,  
para lo que yo me sé.  
Bufones son los estanques,  
y en qué lo son lo diré:  
en lo frío lo primero  
que se me ha de conceder;  
en el murmurar contino,  
y en el reírse también,  
aunque hacen poco ruido  
con ser hombres de placer;  
en el pedir, y no agua,  
que no es de agua su interés,  
ni piden lo que no beben,  
por siempre jamás, Amén.  
Este de la Primavera  
el verde Palacio es,  
que cada año se erige  
para poco más de un mes.  
Las flores a las personas  
ciertos ejemplos les den:  
que puede ser yermo hoy  
el que fue jardín ayer.

LVI

*Apeóse el Caballero*

Apeóse el Caballero  
(víspera era de San Juan),

al pie de una peña fría,  
que es madre de perlas ya,  
tan liberal, aunque dura,  
que al más fatigado, más  
le sirve en fuente de plata  
desatado su cristal.

Lisonjeado del agua  
pide al Sol, ya que no paz,  
templadas treguas al menos,  
debajo de un arrayán.

Concedíaselas, cuando  
vio venir de un colmenar  
muchos siglos de hermosura  
en pocos años de edad,  
con un cántaro una niña,  
digo una perla oriental,  
arracada de su aldea,  
si no lo es de la beldad.

Cantando viene, contenta,  
y valiente por su mal,  
la vasija hecha instrumento,  
este atrevido cantar:

Al campo te desafía  
la colmeneruela;  
ven, Amor, si eres Dios, y vuela,  
vuela, Amor, por vida mía,  
que de un cantarillo armada,  
en la estacada  
mi libertad te espera cada día.

Este cántaro que ves  
será contra tu fiereza  
morrión en la cabeza,  
y embrazándole, pavés.

Si ya tu arrogancia es  
la que solía,  
al campo te desafía  
la colmeneruela,  
ven, Amor, si eres Dios, y vuela;  
vuela, Amor, por vida mía;  
que de un cantarillo armada,  
en la estacada  
mi libertad le espera cada día.

Saludóla el Caballero,  
cuyo sobresalto al pie  
grillos le puso de yelo,  
y yendo a limallos él,

Amor, que hace donaire  
del más bien templado arnés,  
embebida ya en el arco  
una saeta cruel,  
perdona al pavés de barro,  
no a la que abraza el pavés,  
escondiéndole un arpón  
donde las plumas se ven.  
Llegó el galán a la niña,  
que en un bello rosicler  
convirtió el color rosado,  
y saludóla otra vez.  
Ella, que sobre diamantes  
tremolar plumajes ve,  
y brillar espuelas de oro,  
dulce le miró y cortés.  
Lo lindo, al fin, lo luciente,  
si la saeta no fue,  
esta lisonja afianza  
que ella escucha sin desdén:  
Colmenera de ojos bellos  
y de labios de clavel,  
¿qué hará aquel  
que halla flechas en aquéllos  
cuando en éstos busca miel?  
Dímelo tú, sépalo él,  
dímelo tú, si no eres cruel.  
Colmeneruela animosa,  
contra el hijo de la Diosa,  
si ve tus ojos divinos  
y esos dos claveles finos,  
¿qué hará aquel  
que halla flechas en aquéllos  
cuando en éstos busca miel?  
Dímelo tú, sépalo él;  
dímelo tú, si no eres cruel.  
Desde el árbol de su madre,  
trincheado Amor allí,  
solicita la venganza  
del montaraz serafín.  
Segunda flecha dispara,  
tal, que con silbo sutil  
las plumas de la primera  
las tiñe de carmesí.  
Tomóle el galán la mano,  
cometiéndole a un rubí

que le prenda el corazón  
en su dedo de marfil.  
La sortija lo ejecuta,  
y Amor, que fuego y ardid  
está fomentando en ella,  
le hace decir así:  
«Tiempo es, el Caballero,  
tiempo es de andar de aquí,  
que tengo la madre brava,  
y el veros será mi fin.»  
Él, contento, fía su robo  
de las ancas de un rocín,  
y ella, amante ya, su fuga  
del Caballero gentil.  
Decidle a su madre, Amor,  
si la viniere a buscar,  
que una abeja le lleva la flor  
a otro mejor colmenar;  
picar, picar,  
que cerquita está el lugar.  
Decidle que no se aflija,  
y perdone al llanto tierno,  
pues granjeó galán yerno  
cuando perdió bella hija.  
El rubí de una sortija  
se lo podrá asegurar,  
que una abeja le lleva la flor  
a otro mejor colmenar,  
picar, picar,  
que cerquita está el lugar.

## LVII

### *Saliéndome estotro día*

Saliéndome estotro día,  
candidísimo Lector,  
a tomar el Sol, que hogaño  
se usa tomar hasta el Sol,  
reventando el pensamiento  
de moral alimentó  
como a gusano de seda  
mi necia imaginación.  
Baboseando cuidados  
y ajenos, que es lo peor

hiló su cárcel la simple  
en dos horas de reloj.

¡Qué impertinente clausura,  
y qué propiamente error  
fabricar de ajenos yerros  
las redes de su prisión!  
En moneda de piedad  
boberías son de a dos,  
que no valen ni aun en plata  
un ceutí, aunque sea limón.

Que el vaso de oro, que os sirve  
vuestro gusto su licor,  
sea penado para mí,  
si es glorioso para vos,  
caridades excusadas,  
mía fe son.

Que las flechas veniales  
de vuestro mortal amor,  
que a vos no os pasan el sayo,  
me pasen a mí el jubón,  
que los halcones del otro  
poderoso gran señor,  
doliéndome de sus gastos,  
los bebe en mi corazón,  
caridades excusadas  
mía fe son.

Que me duela del tahúr  
lo que hasta el Alba perdió,  
riendo la Alba igualmente  
su pérdida y mi dolor,  
que la viudez me lastime  
de la que moza quedó,  
si fue el responso del muerto  
del vivo amonestación,  
caridades excusadas  
mía fe son.

Que sienta la ociosidad  
del vagabundo doctor,  
que herrando nunca su mula  
todas las curas erró;  
que a su mujer le dé el palo

un marido, y sude yo,  
pagándola ella en madera  
lo que él en leña le dio,  
caridades excusadas  
mía fe son.

En este capullo estuvo  
el juicio de don Yo  
dos horas: lector, «a Dio»,  
que en bergamasco es «a Dios».

## LVIII

### *Aunque entiendo poco griego*

Aunque entiendo poco griego,  
en mis gregüescos he hallado  
ciertos versos de Museo,  
ni muy duros ni muy blandos.  
De dos amantes la historia  
contienen, tan pobres ambos,  
que ella para una linterna,  
y él no tuvo para un barco.  
Dice, pues, que doña Hero  
tuvo por padre a un hidalgo,  
Alcaide que era de Sesto,  
mal vestido y bien barbado.  
Su madre, una buena griega  
con más partos y postpartos  
que una vaca, y el castillo  
una casa de descalzos;  
cernícalos de uñas negras  
en las almenas criados,  
muchos dones a un candil,  
y témporas todo el año.  
También dice este poeta  
que era hijo don Leandro  
de un escudero de Abido,  
pobrísimos, pero honrados.  
Grandes hombres, padre e hijo,  
de regalarse el verano  
con gigotes de pepino,  
y los inviernos de nabo.  
La política del diente  
cometían luego a un palo,

vara, y no de vagamundos,  
pues no los ha desterrado.  
Era, pues, el mancebito  
un Narciso iluminado,  
virote de amor, no pobre  
de plumas y de penachos.  
De su barrio y del ajeno  
diligentísimo braco,  
grande orinador de esquinas,  
pero ventor por el cabo;  
citarista, aunque nocturno,  
y Orfeo tan desgraciado,  
que nunca enfrenó las aguas  
que convocó el dulce canto;  
puesto que ya de Anfión  
imitando algunos pasos,  
llamó a sí muchas más piedras  
que tuvo el muro tebano.  
Este, pues, galán un día,  
no sé si a pie o a caballo,  
salió (Dios en hora buena)  
no muy bien acompañado.  
Cualquier lector que quisiere  
entrarse en el carro largo  
de las obras de Boscán,  
se podrá ir con él de espacio;  
que yo a pie quiero ver más  
un toro suelto en el campo,  
que en Boscán un verso suelto,  
aunque sea en un andamio.  
Y así, no sé dónde fueron  
ni cómo se convocaron  
los devotos convecinos  
del templo tan visitado.  
Sé al menos que concurrieron  
cuantos baña comarcanos  
el sepulcro de la que iba  
a las ancas de su hermano.  
Esto sólo de Museo  
entendí, y abreviando  
a la vela o romería  
llegó en un rocín muy flaco  
el noble Alcaide de Sesto,  
y la Alcaidesa en un asno  
(con perdón de los cofrades),  
doña Hero en un cuartago,

gallarda de capotillo  
y de sombrero bordado,  
que le prestó para ello  
la mujer de un Veinticuatro.  
Los demás caballeritos  
en la torre se quedaron,  
cuál sin pluma, y cuál con ella,  
y todos de hambre piando.  
Alborotó la aula Hero,  
que el muro del velo blanco  
tenía dos saeteras  
para los ojos rasgados,  
a quien se calaron luego  
dos o tres torzuelos bravos,  
como a búho tal, y entre ellos  
el Abideno bizarro.  
Pióla cual gorrión,  
cacareóla cual gallo,  
arrullóla cual palomo,  
hízola rueda cual pavo.  
Ella del guante al descuido  
desenvainando una mano  
le aseguró y le dio un bello  
cristalino cintarazo.  
Quedó aturdido el mozuelo,  
y medio desatinado,  
almíbar dejó de Amor  
caérsele por los labios.  
Poco fue lo que le dijo,  
mas tan dulce, aunque tan bajo,  
que hecho sacristán Cupido  
le corrió el velo al retablo.  
Dejó caer el rebozo,  
y descubrió un «sepan cuantos  
esta buena cara vieren  
que han de morir anegados».  
Crepúsculo era el cabello  
del día entre obscuro y claro,  
rayos de una blanca frente,  
si hay marfil con negros rayos.  
De ébano quiere el Amor  
que las cejas sean dos arcos,  
y no de ébano bruñido,  
sino recién aserrado.  
Los ojazos negros, dicen:  
«Aunque negros, gente samo,

Condes somos de Buendía,  
si no somos Condes Claros.»  
Los Títulos me perdonen,  
y el dibujo prosigamos,  
que si no los tuvo Grecia,  
los pidió a España prestados.  
La nariz algo aguileña,  
que lo corvo vinculado  
lo dejó Ciro a los griegos  
como alfanje en mayorazgo.  
De rosas y de jazmines  
mezcló el cielo un encarnado,  
que por darlo a sus mejillas  
se lo hurtó a la Alba aquel año.  
En dos labios dividido  
se ríe un clavel rosado,  
guardajoyas de unas perlas  
que envidia el mar Indiano.  
Lo torneado del cuello,  
y de pecho el alabastro  
tentaciones son, señor,  
sed libera nos a malo.  
Entre lo que no se ve,  
y lo que brujuleamos,  
metió una basquiña verde  
el bastón terciopelado.  
Estas eran las bellezas  
de aquel ídolo de mármol,  
que a razones y a pellizcos  
tenía ya el mozuelo blando.  
Favorecióles la noche  
prestándoles tiempo, y tanto,  
que se contaron sus vidas,  
y sus muertes concertaron.  
Señora madre, devota,  
se estuvo siempre rezando,  
y señor padre, poltrón,  
se salió a dormir al claustro.  
Con esto dieron lugar  
a que el galán diese asalto,  
y escalase el pecho bobo,  
sin tocar nadie a rebato.  
Celebrada, pues, la fiesta,  
por aquellos mismos pasos  
(si bien con otros intentos)  
que vinieron, se tomaron.

Pulgas pican al pelón,  
y tiénenle tan picado,  
que diera al tiempo las plumas  
de su sombrerillo pardo,  
para que le sincopara  
el término señalado  
a los gustos no cumplidos,  
y a los días malogrados.  
Llegó al fin (que no debiera)  
en un día muy nublado  
y una noche muy lluviosa,  
luto el uno, la otra llanto.  
Apenas la obscura noche  
las cintas se ató del manto,  
y no del manto de lustre,  
sino de soplos del Austro,  
cuando el mozuelo orgulloso  
hacia el mar ya alborotado  
un pie con otro se fue,  
descalzando los zapatos.  
Llegó desnudo a la orilla,  
donde estuvieron un rato  
las faldas de la camisa  
a las ondas imitando,  
haciendo con el estrecho,  
que ya le parece ancho,  
lo que el día de la purga  
el enfermo con el vaso.  
La trémula seña aguarda  
que de luz corone lo alto,  
si tanta distancia puede  
vencella farol tan flaco.  
Présaga al fin del suceso,  
turbada salió del caso,  
y cobarde al fiero soplo  
del animoso contrario,  
Leandro, en viendo la luz,  
la arena besa, y gallardo.  
«¡Oh de la estrella de Venus,  
le dice, ilustre traslado!  
Norte eres ya de un bajel  
de cuatro remos por banco;

si naufragare, serás  
santelmo de su naufragio.  
A tus rayos me encomiendo,

que si me ayudan tus rayos,  
mal podrá un brazo de mar  
contrastar a mis dos brazos.»  
Esto dijo, y repitiendo  
«Hero y Amor», cual villano  
que a la carrera ligero  
solicita el rojo palio...

LIX

*Vejamen que se dio en Granada*

Vejamen que se dio en Granada  
a un sobrino del administrador del Hospital Real,  
que es la casa de los locos

Tenemos un Doctorando,  
discretos y generosos  
oidores de las tibiezas  
que con empacho supongo;  
tenemos un Doctorando  
criado en un Oratorio,  
en una casa de orates,  
por no decilla de locos;  
tan comensal, tan hermano  
aún de los más furiosos,  
que un «orate frates» suyo  
será pulla para todos.  
Este, pues, Doctorandico  
quiere, en la octava del Corpus,  
por autorizar el suyo,  
hacer burla de nosotros.  
Hanos convidado a verle,  
y creo que lo hacen pocos  
de los que le están mirando,  
si no se ponen antojos.  
Bien es verdad que su Encia  
se paga, y aun muy al doblo,  
porque no nos puede ver;  
y no penséis que es por odio,  
sino por la oblicuidad  
de sus dos serenos ojos,  
tan serenos, que le tienen  
romadizado, y con mocos.  
Este, pues, Doctoranduncio

amaneció con golondros  
de doctor, una mañana  
que se le alteró el meollo.  
Pidióle borla el testuzo,  
y entre vano y vergonzoso  
le dijo a su señor tío:  
«Pater noster, yo soy pollo  
del huevo que ya empollastes,  
con vuestra pluma me honro;  
dejadme caer en esta  
tentación de semidocto.  
Ya que lo soy de la haz,  
hacedme del revés tordo,  
doctor digo, y sea una borla  
Giralda del Capitolio.»  
Correspondióle su tío,  
y aunque algo escrupuloso  
de su talento, a la costa,  
jinetes ofreció de oro.  
Conócele porque ha sido  
del ya menguado auditorio  
de sus sermoncicos, uno,  
y no ha querido ser otro.  
Conócele que predica,  
reventando muy de tosco,  
frusleras italianas,  
por Monseñor de Bitonto.  
Conócele que no tiene  
ni más partes ni más tomo  
que las de Santo Tomás  
y del siempre agudo Scotho.  
Conócele, mas la honra  
le hizo decir: «sí otorgo»,  
aunque ahora la vergüenza  
le tiene como un madroño.  
Hanos traído, pues, hoy  
este nieto de Pus Podos  
(por lo cumplido de pies,  
según la regla de Antonio)  
donde me ha obligado a mí,  
por lo que tiene de potro  
tortural, y aun apretante,  
si no de borrico, y romo,  
a deciros las verdades  
que he callado, y ya conozco,  
de este discípulo mío,

de este ya mi oyente sordo.  
Lo que trabajé con él  
sábelo el santo glorioso  
que celebramos hoy, pues  
quizá quedó menos ronco  
de dar voces al desierto,  
y de convertir escollos,  
que yo de explicarle puntos,  
que hoy le he de dar por el rostro.  
Es tan rudo su merced,  
que puede sanar él solo  
mal de madre, muchos más,  
que darlos un alboroto.  
Presume con todo eso  
su merced de ingenioso,  
mas es su ingenio de seda,  
que repite para torno;  
donde creo que ha torcido  
la de este cándido copo,  
de esta borla blanca digo,  
que ha pretendido baboso,  
y que ha hilado gusano,  
donde se ha de quedar bobo,  
que es capullo para unos  
lo que es borla para otros.  
Concédale, pues, el claustro  
este doctoral adorno;  
sirva de tilde la insignia  
a la Q. de nuestro coco.  
¿Qué hay, señor Q. tilde, qué?  
¿Hanle crecido de hombros  
dos hebras de seda más  
que cuatro dedos de corcho?  
¡Vanidad de vanidades!  
Tanto levanta del polvo  
su mitra a la cogujada  
como su capelo al hongo.  
Defecto natural suple  
mal remedio artificioso,  
Mono vestido de seda  
nunca deja de ser mono.  
Consuélese Voacé,  
y goce en siglos dichosos  
el debido honor a estudios  
de un Tostado en nuestro horno.  
El magisterio romped

por lo que tenéis de tronco,  
los años de las encinas  
de nuestro romano soto.  
Seáis por lo autorizado  
mucho más grave que el plomo,  
metal que igualmente ignora  
la facilidad y el moho.  
Hágaos por bienquisto el vulgo  
el mismo aplauso que a un toro,  
Víctor os aclamen letras  
de escolástico, y redondo.  
Tan pegado a las paredes  
viváis, que algún envidioso  
os repuje algún suspiro,  
cuando no os diga un responso.  
Sonando al fin vuestro nombre  
desde el Cancro al Capricornio,  
trompas de la fama digan  
que se gradúan ya trompos.

LX

*Cloris, el más bello grano*

Cloris, el más bello grano,  
si no el más dulce rubí  
de la Granada, a quien lame  
sus cáscaras el Genil,  
enjaulando unos claveles  
estaba en el Jaragüí,  
purpúreas aves con hojas,  
muda pompa del abril.  
Bien que muda, su fragancia  
era un canoro ámbar gris,  
que ella no oye por ser roma,  
sorda digo de nariz.  
De cañas labra subtiles  
prisión tan cerrada al fin,  
que el aire dudaba entrar  
porque dudaba salir.  
Entre estos nudos abeja,  
que haciendo puntas mil,  
tratar quiso como a flor  
a un ruiseñor carmesí,  
pagara su golosina

al cerrar la clave, si  
en el quinto no pecara  
mandamiento de marfil.  
Un dedo picó, el menor  
de la arquitecta gentil,  
juzgándole quinta hoja  
de una blanca flor de lis.  
Cuánto lo siente la moza,  
otro lo diga por mí,  
que de casos criminales  
soy coronista civil.  
Lloró aljófar, lloró perlas,  
pienso yo que un celemín,  
y aunque este pienso no es mío,  
puntualmente fue así.  
Discursos ha hecho el ocio,  
y aun se ha dejado decir  
que la abejuela era breve,  
el ceguezuelo ruín.  
Mal venerado el Amor  
de este romo serafín,  
sus armas envainó todas  
en el agujón sutil.  
Ganando, pues, cielo a dedos  
el rapaz con este ardid,  
perdió Cloris tierra a palmos  
entre uno y otro alhelí.  
Solicitábala entonces  
el señor don Belianís,  
mostachos hasta los tufos  
con rumbos de paladín.  
Tenía de mal francés  
lo que de obispo Turpín,  
y en español la dejó

trompa hecha de París.  
Dio pares luego, y no a Francia,  
que estaba lejos de allí,  
sino al Darro, al Dauro digo,  
y aun huele mal en latín.  
Glorioso Cupidillo,  
en las ramas de un jazmín  
colgando sus agridulces  
instrumentos de herir,  
a enjaular flores convida  
las damas del Zacatín

en cañas, cuantas refinan  
los trapiches de Motril.

LXI

*Loa que recitó un sobrino de don Fray Domingo de Mardones,  
Obispo de Córdoba, en una comedia que le representaron él  
y otros caballeros estudiantes*

No vengo a pedir silencio,  
que la Cómica Española  
no calza los zuecos que  
la antigüedad rigurosa.  
A solicitar sí vengo  
una de las muchas trompas  
del monstruo que todo es pluma,  
del ave que es ojos toda,  
de la Fama que, sin duda,  
muda a su pesar ahora,  
ha concurrido a este acto,  
o miembros vestida, o sombras.  
Mas no creo será bien  
que tanta modestia rompa  
tan vocinglero instrumento;  
mienta, pues, ajenas formas,  
y a mi plectro agradecido  
de cítara numerosa,  
musa hoy culta me dicte  
cuanto el Boristhenes oya.  
En vez de prólogo quiero,  
pues lo llama España loa,  
ofender süavemente  
las orejas siempre sordas  
de tu prudencia, al encanto  
de la mágica lisonja,  
¡oh modelo de prelados  
cuando no primera copia  
De tu Patriarca santo,  
luciente de España gloria!  
Sufre tus prerrogativas,  
y breve rato perdona,  
o excusa al que parte indigna  
es de tu casa Mardona,  
que en antiguo valle ilustra  
las Montañas generosas.

Permite que por mi lira  
el mundo todo conozca  
tu calificada cuna,  
tu educación virtuosa;  
y en tu adolescencia cana  
tu siempre afección devota  
al hábito que escogiste,  
de que Barbadillo se honra;  
tu perseverante estudio  
decorado con la borla,  
honor del púlpito grave  
y de la cátedra docta;  
tu penitencia ejemplar,  
tu humildad, despreciadora  
de los lugares en que  
aún la obediencia coloca.  
Mas como al fin se le debe  
el candelero a la antorcha,  
y puede esconderse mal  
ciudad que el monte corona,  
los ojos venció del Duque  
tu esplendor, tus religiosas  
canas, luciente homenaje  
del muro de tu persona;  
y a tus pies contrita su alma,  
bien como herida corza,  
del dícamo solicita  
las tres veniales hojas.  
Con envidia luego santa  
Filipo a tus pies se postra,  
y en cada rodilla suya  
no menos que un orbe dobla.  
De su consciencia clavero  
tres años, las dos heroicas  
le introdujiste, virtudes:  
justicia y misericordia.  
De méritos, ya de edad  
cargado, y de las que corvan  
aun las espaldas de Atlante,  
comisiones onerosas,  
Córdoba te mereció,  
cuando pudiera bien Roma  
impedir tus venerables  
sienes con sus tres coronas.  
Aquí, pues, de tu piedad  
señas has dado no pocas:

léase en Burgos aquel  
capítulo de tu historia,  
en el insigne Convento  
digo de San Pablo, pompa  
de la Provincia por ti,  
si admiración no de Europa.  
Las piedras de tu Palacio  
lengua sean de tus obras,  
que lenguas de piedra es bien  
que eternicen tu memoria.  
De esta santa iglesia habla  
la fábrica caudalosa,  
que, agradecida, ser quiere  
de tus reliquias custodia.  
Díganlo, si no, las mudas,  
las cotidianas ondas  
del profundo, del inmenso  
océano de limosnas  
que inunda la Ciudad. Antes  
que en él pierda yo la sonda  
me vuelvo a la que me espera  
compañía, aunque bisoña,  
que por tener las vacantes  
de los estudios no ociosas,  
le ha hecho al tiempo un engaño  
a que yo convidó ahora.

## LXII

*Lisonja a doña Elvira de Córdoba,*  
hija del señor de Zuheros

¡Cuántos silbos, cuántas voces  
la nava oyó de Zuheros,  
sentidas bien de sus valles,  
guardadas mal de sus ecos!  
Vaqueros las dan, buscando  
la hermosa por lo menos,  
Cerrera, luciente hija  
del toro que pisa el cielo.

¿Qué buscades, los vaqueros?  
. Una, ay, novilleja, una,  
que hiere con media luna  
y mata con dos luceros.

No contiene el bosque gruta,  
ni tronco ha roído el tiempo  
que no penetre el cuidado,  
que no escudriñe el deseo.  
La diligencia, calzada,  
en vez de abarcas, el viento,  
los montes huella y las nubes,  
turbantes de sus cabezos.

. ¿Qué buscades, los vaqueros?  
. Una, ay, novilleja, una  
que hiera con media luna  
y mata con dos luceros.

Aserrar quisiera escollos  
la juventud, infiriendo  
que peñascos viste duros  
quien se niega a silbos tiernos.  
Tan sorda piedad acusa  
si rumiando, no, beleños,  
la alcanzaron tantas voces  
en la región del silencio.

. ¿Qué buscades, los vaqueros?  
. Una, ay, novilleja, una,  
que hiera con media luna  
y mata con dos luceros.

GIL  
Pediros albricias puedo.

VAQUEROS  
¿De qué, Gil?

GIL  
No deis más paso.  
La novilla he visto.

VAQUEROS  
¡Paso!

GIL  
¡Quedo, ay, quedetico, quedo!

Un no sé qué celestial,

que tiene de oscuro y claro,  
para zafiro muy raro,  
muy azul para cristal,  
la niega con llave tal  
que cierra el paso al denuedo.  
Pediros albricias puedo,

VAQUEROS  
¿De qué, Gil?

GIL  
No deis más paso.  
La novilla he visto.

VAQUEROS  
¡Paso!

GIL  
¡Quedo, ay, quedetico, quedo!

Deidad previno celosa  
este diáfano muro,  
donde el pie vague seguro  
de la novilla hermosa.  
Desmintiendo aquí reposa  
tanta prevención o miedo.  
Pediros albricias puedo.

VAQUEROS  
¿De qué, Gil?

GIL  
No deis más paso.  
La novilla he visto.

VAQUEROS  
¡Paso!

GIL  
¡Quedo, ay, quedetico, quedo!

Dulce la mira la Aurora  
entre purpúreos albores  
pascen, las que troncó flores,  
beber las perlas que llora.  
Los cuernos el Sol la dora

que corona el mayo ledo.  
Pediros albricias puedo.

VAQUEROS  
¿De qué, Gil?

GIL  
No deis más paso.  
La novilla he visto.

VAQUEROS  
¡Paso!

GIL  
¡Quedo, ay, quedetico, quedo!

LXIII

*En la beatificación de Santa Teresa*

De la semilla caída,  
no entre espinas ni entre piedras,  
que acudió a ciento por uno  
a la agradecida tierra,  
media fue, y media colmada,  
la santa que hoy se celebra  
de Ávila, según dispone  
ley de medidas expresa;  
bien que de semilla tal  
no sólo quiere ser media,  
sino costal de buriel,  
cuando no falda de jerga.  
Patriarca, pues, de a dos,  
dividida en dos fue entera,  
medio monja y medio fraile,  
soror Ángel, fray Teresa.  
Monja ya y Fraile, Beata  
hoy nos la hace la Iglesia,  
trina en los estados, y una,  
si única no, en la esencia.  
Al Carmelo, subió, adonde  
con flores vio y con centellas  
zarza quizá alguna, pues  
se descalzó para vella.  
Bajó dél, legisladora

en tablas más que de piedra  
de su antigua institución  
la recopilación nueva.  
Celante y caritativa,  
Thesbita como Elisea,  
en el carro y con el manto  
baja de sus dos Profetas.  
Baja, pues, y en pocos años  
tantas fundaciones deja,  
cuantos pasos da en España,  
orbe ya de sus estrellas.  
Moradas, divino el arte,  
y celestial la materia,  
fabricó, arquitecta alada,  
si no argumentosa abeja.  
Tanto y tan bien escribió,  
que podrá correr parejas  
su espíritu con la pluma  
del Prelado de su Iglesia,  
pues abulenses los dos,  
ya que no iguales en letras  
en nombres iguales, él fue  
Tostado, Ahumada ella.  
Grande en Ávila apellido,  
por quien tuvo de nobleza  
lo que de beldad, y de ambas  
lo que el pavón de soberbia.  
Lisonjeáronla un tiempo  
las rosas, las azucenas,  
que en el cristal de su forma  
incluyó Naturaleza;  
mas a breve desengaño,  
caduca su Primavera,  
frágil desmintió el cristal  
ser de roca su firmeza;  
desengaño judicioso,  
que con perezosa fuerza  
interno royó, gusano,  
la verde lasciva yedra,  
cuya sombra suspendía  
frutos mil de penitencia,  
de Ciudad no populosa,  
más de Provincias enteras.  
No encaneció igual ceniza,  
¡Oh Nínive!, tu cabeza  
al sayal de las capillas,

que ejemplarmente hoy blanquea  
en nuestra Europa, de tanto  
ciudadano anacoreta,  
que, escondido en sí, es su cuerpo  
gruta de su alma estrecha.  
¡Oh con plumas de sayal  
penitente, pero bella,  
carmelita jerarquía,  
gloria de la nación nuestra!  
¡Oh religión propagada  
antes que nacida, apenas  
plantada, ya floreciente,  
fecunda sobre doncella!  
¡Oh cuán muda que procedes!  
¡Oh cuánto discurre lenta!  
¿Qué mucho si es tu instituto  
cantar bajo y calzar cuerdas?  
Perdona si, entre los cisnes,  
saludo tu Sol, corneja;  
tu Sol, que Alba tiraniza  
y espumas del Tormes sellan;  
perdona si desatado  
mi pobre espíritu en lenguas,  
metal no ha sido canoro,  
muda caña si de aquella  
santa, de familias madre,  
que en dos viñas a una cepa  
condujo, de un sexo y otro  
obreros, a horas diversas,  
cuyos silicios limando  
aun los hierros de sus rejas,  
salvados le dan al cielo,  
hechos cedazos de cerdas.  
De esta, pues, virgen prudente  
a cuya nupcial linterna  
el olio que guardó viva  
está destilando muerta,  
a la Beatificación,  
laureada hasta las cejas,  
ha convocado Córdoba  
sus Lucanos y Senecas.  
Si extrañaren los vulgares,  
y acusaren la licencia,  
escapularios del Carmen  
mis escapatorios sean.  
Todo va con regla y arte,

que, a Dios gracias, arte y regla  
nos dejó Antonio. Produzca  
todo escuchante la oreja.  
At Carmen potest produci  
como verdolaga en huerta,  
a cualquiera pie concede  
la autoridad Nebrissensia,  
como sea pie de Carmen,  
calce cáñamo o vaqueta;  
y así, quod scripsi, scripsi,  
a dos de octubre, en Trasierra.

#### LXIV

##### *Cuatro o seis desnudos hombros*

Cuatro o seis desnudos hombros  
de dos escollos o tres  
hurtan poco sitio al mar,  
y mucho agradable en él.  
Cuánto lo sienten las ondas  
batido lo dice el pie,  
que pólvora de las piedras  
la agua repetida es.  
Modestamente sublime  
ciñe la cumbre un laurel,  
coronando de esperanzas  
al piloto que le ve.  
Verdes rayos de una palma,  
si no luciente, cortés,  
Norte frondoso, conducen  
el derrotado bajel.  
Este ameno sitio breve,  
de cabra, apenas montés  
profanado, escaló un día  
mal agradecida fe;  
joven, digo, ya esplendor  
del Palacio de su Rey,  
el hueco anima de un tronco  
nueve meses habrá o diez,  
a quien, si lecho no blando,  
sueño le debe fiel,  
brame el Austro, y de las rocas  
haga lo que del ciprés.  
Arrastrando allí eslabones

de su adorado desdén,  
hierbas cultiva no ingratas  
en apacible vergel.  
¡Oh, cuán bien las solicita  
sudor fácil, y cuán bien  
émulas responden ellas  
del más valiente pincel!  
Confusas entre los lilios  
las rosas se dejan ver,  
bosquejando lo admirable  
de su hermosura cruel  
tan dulce, tan natural,  
que abejuela alguna vez  
se caló a besar sus labios  
en las hojas de un clavel.  
Sierpe de cristal, vestida  
escamas de rosicler,  
se escondía ya en las flores  
de la imaginada tez,  
cuando velera paloma,  
alado, si no bajel,  
nubes rompiendo de espuma,  
en derrota suya un mes,  
le trajo, si no de oliva,  
en las hojas de un papel,  
señas de serenidad,  
si el arco de Amor se cree.

LXV

*Al campo salió el estío*

Al campo salió el estío  
un serafín labrador,  
que el Sol en su mayor fuerza  
no puede ofender al Sol.  
Bien que de su blanca frente  
ventecillo adulador,  
si aljófares suda el nácar,  
aljófares le enjugó.  
A dorar, pues, con su luz  
tantas espigas salió,  
cuantas al pie se le inclinan  
sin esperar a la hoz;  
¿qué no puede una beldad,

si la tierra dos a dos  
émulos lilió aborta  
del pie que los engendró,  
porque no pise rastrojos  
la Alba de Villa Mayor,  
Sol de Uclés, y de Cupido  
el más luciente arpón?

SEGADOR

¿A qué salió, Amor, me digas,  
tu mayor gloria?

AMOR

A segar  
más almas con el mirar  
que tú con la hoz espigas.

SEGADOR

Si lo mejor ya te di,  
que en tus altares humea,  
vuelva yo, Amor, a la aldea  
tan libre como salí.

AMOR

¿Tienes alma?

SEGADOR

Creo que sí.

AMOR

¿Pues qué aguardas, Segador,  
si yo, con ser el Amor,  
sus armas temo enemigas?

SEGADOR

¿A qué salió, Amor, me digas,  
tu mayor gloria?

AMOR

A segar  
más almas con el mirar  
que tú con la hoz espigas.

LXVI

*Contando estaban sus rayos*

Contando estaban sus rayos  
aun las más breves estrellas  
en el cristal que guarnecen  
los claros muros de Huelva,  
cuando a las serenidades  
cometieron (dulce ofensa  
de la playa y de la noche),  
poco leño y muchas quejas.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena,  
gime y suena  
el remo a que nos condena  
el niño Amor!

Clarín que rompe el albor  
no suena mejor.

Quejas de un pescadorcillo,  
honor de aquella ribera,  
que una roca solícita,  
sorda tanto como bella,  
con un remo y otro creo,  
ondas terminando y tierra,  
que su fe escribe en el agua,  
que su fe escribe en la arena.

¡Ay cómo gime, mas ay cómo suena,  
gime y suena  
el remo a que nos condena  
el niño Amor!

Clarín que rompe el albor  
no suena mejor.

Lisonja del Océano  
fue, y de la noche también,  
cuanta celebra beldad,  
y cuanto acusa desdén.  
Del llanto, pues, numeroso  
lo que pudo recoger,  
a pesar de las tinieblas,  
Eco piadosa esto fue:  
«Viva mi fe,  
viviré como desdichado,

viviré,  
moriré.

Dulce escollo, que aun ahora  
raya el Sol que no se ve  
viva mi fe  
si eres alabastro el pecho,  
cuando no cristal el pie,  
viviré como desdichado,  
viviré,  
moriré.

¿Qué roca de ti no sabe  
aún más de lo que yo sé  
viva mi fe  
pues tu nombre en su dureza  
con tu dureza grabé?  
Viviré como desdichado,  
viviré,  
moriré.

Desátenme ya tus rayos,  
que yo los perdonaré,  
viva mi fe  
Sepulcro el mar a su vuelo  
si no a Lícidas, le dé,  
viviré como desdichado,  
viviré,  
moriré.»

Salió Cloris de su albergue,  
dorando el mar con su luz,  
por señas que a tanto oro  
holgó el mar de ser azul.  
Cáñamo anudando, engaña  
al ejercicio común,  
esto fiando del viento,  
y él lo escuchó con quietud:  
«Pues nacistes en el mar,  
nadad, Amor, o creed  
que os ha de pescar la red  
que veis ahora anudar.  
Par, par, par,  
que vuela y sabe nadar.  
Ciego nieto de la espuma,  
par, par, par,  
monstruo con escama y pluma,  
par, par, par,  
nadad, pez, o volad, pato,

par, par, par,  
que en estas redes que trato  
el pato habéis de pagar.  
Pues nacistes en el mar,  
nadad, Amor, o creed  
que os ha de pescar la red  
que veis ahora anudar.  
Par, par, par,  
que vuela y sabe nadar.»

## LXVII

### *Al pie de un álamo negro*

Al pie de un álamo negro,  
y más que un negro bozal,  
pues ha tanto que no sabe  
sino gemir o callar,  
algo apartado de Esgueva,  
porque el sucio Esgueva es tal  
que ni aun los álamos quieren  
dalle sus pies a besar,  
estaba en lo más ardiente  
de un día canicular,  
entre dos cigarras que  
le cantan el Sol que fa,  
un Miércoles de Ceniza,  
vestido de humanidad,  
a cuya mesa ayunaran  
los Martes de Carnaval,  
un hidalgo introduciendo  
en las cuchilladas paz  
de un follado incorregible,  
puesto que mayor de edad;  
que la vejez de unas calzas  
desgarros contiene más  
que la juventud traviesa  
del cantado Escarramán.  
Repararlas pretendía,  
si se pueden reparar  
cuchilladas tan mortales  
con una aguja no más.  
¡Mecánica valentía!,  
bien que su temeridad  
le va entrando en un confuso

laberinto criminal.  
Donde fincará, no obstante,  
que con fin particular  
envaine su dedo el mismo  
dedalísimo dedal,  
porque le ha mentido el hilo,  
y ha de quedarse, o andar  
requiriendo a fojas ciento  
las verdes bragas de Adán.  
Congójale esto de suerte,  
que desatado nos da  
lo Rengifo en el sudor  
a veinte mil el millar;  
porque el sudor de un hidalgo  
todo ha de ser calidad,  
tanto que su escarpín diga  
a cien pasos el solar.  
Mayores el Sol hacía  
las sombras del árbol ya,  
cuando el prado pisó alegre  
la potrada del lugar.  
Temiendo, pues, que la gente  
no gustase de pasar  
por las que fueron calzadas  
a vista del arrabal,  
justicia en dos puntos, hecho  
sin vara de tafetán,  
por lo menos llama cuantos  
de latón esbirros trae,  
alfileres, que le prendan  
lo que pendiendo de atrás  
nos hacía su pendencia  
sentir no bien y ver mal.  
Consiguiólo, y atacando  
las que por su antigüedad  
primadas fueron de España,  
a mi voto en Portugal,  
a solicitar se fue  
dos mulas de cordobán  
que le hierran de ramplón  
vecinos de Fregenal.  
Infante quiere seguir  
a los Príncipes, que irán  
con Su Majestad a Irún  
el octubre que vendrá.  
Previene, pues, carruaje,

no alegue anterioridad,  
cualque Marqués de Alfarache  
o Conde de Rabanal.  
Porque si no Montesino,  
montañés desea catar  
a Francia, y con el de Guisa  
tener estrecha amistad;  
que tanta hambre no sólo  
cata a París la ciudad,  
sino a la Mesa Redonda  
do los doce comen pan.  
Penetrar quiere aquel reino,  
pues a la necesidad  
debe cuanto lemosino  
en Francia puede gastar,  
seguro de encontrar nones  
donde tantos Pares ha,  
si ya no es que en latín  
son más francos que en vulgar.  
No está España para pobres,  
donde esconde cada cual  
en el arca de No he  
lo que vais a demandar.  
Las espaldas vuelven todos  
al pedir, con priesa tal,  
que al que buscares con peto  
le hallarás con espaldar.  
Esto, pues, hará a Rengifo,  
llevando más de un Real  
en las venas que en la bolsa,  
seguir a Su Majestad.

## LXVIII

### *La ciudad de Babilonia*

La ciudad de Babilonia,  
famosa, no por sus muros  
fuesen de tierra cocidos  
o sean de tierra crudos,  
sino por los dos amantes,  
desdichados hijos suyos,  
que muertos, y en un estoque,  
han peregrinado el mundo;  
citarista, dulce hija

del Archipoeta rubio,  
si al brazo de mi instrumento  
le solicitas el pulso,  
digno sujeto será  
de las orejas del vulgo;  
popular aplauso quiero,  
perdónenme sus tribunales.  
Píramo fueron y Tisbe  
los que en verso hizo culto  
el licenciado Nasón,  
bien romo o bien narigudo,  
dejar el dulce candor  
lastimosamente oscuro,  
al que túmulo de seda  
fue de los dos casquilucios;  
moral que los hospedó,  
y fue condenado al punto,  
si del Tigris no en raíces,  
de los amantes en frutos.  
Estos, pues, dos Babilonios  
vecinos nacieron mucho,  
y tanto, que una pared  
de oídos no muy agudos,  
en los años de su infancia  
oyó a las cunas los tumbos,  
a los niños los gorjeos  
y a las amas los arrullos.  
Oyólos, y aquellos días  
tan bien la audiencia le supo,  
que años después se hizo  
rajas en servicio suyo.  
En el ínterin nos digan  
los mal formados rasguños  
de los pinceles de un ganso  
sus dos hermosos dibujos:  
terso marfil su esplendor,  
no sin modestia, interpuso  
entre las ondas de un Sol  
y la luz de dos carbunclos.  
Libertad dice llorada  
el corvo süave yugo  
de unas cejas, cuyos arcos  
no serenaron diluvios.  
Luciente cristal lascivo,  
la tez, digo, de su vulto  
vaso era de claveles

y de jazmines confusos.  
Árbitro de tantas flores,  
lugar el olfato obtuvo  
en forma, no de nariz,  
sino de un blanco almendruco.  
Un rubí concede o niega,  
según alternar le plugo,  
entre veinte perlas netas  
doce aljófares menudos.  
De plata bruñida era  
proporcionado cañuto  
el órgano de la voz,  
la cerbatana del gusto.  
Las pechugas, si hubo Fénix,  
suyas son; si no lo hubo,  
de los jardines de Venus  
pomos eran no maduros.  
El etcaetera es de mármol,  
cuyos relieves ocultos  
ultraje mórbido hicieran  
a los divinos desnudos,  
la vez que se vistió Paris  
la garnacha de Licurgo,  
cuando Palas por vellosa  
y por zamba perdió Juno.  
Ésta, pues, desde el glorioso  
umbral de su primer lustro,  
niña la estimó el Amor  
de los ojos que no tuvo.  
Creció deidad, creció envidia  
de un sexo y otro. ¿Qué mucho  
que la fe erigiese aras  
a quien la emulación culto?  
Tantas veces de los templos  
a sus posadas redujo  
sin libertad los galanes,  
y las damas sin orgullo,  
que viendo quien la vistió,  
nueve meses que la trujo,  
de terciopelo de tripa,  
su peligro en los concursos,  
las reliquias de Tisbica  
engastó en lo más recluso  
de su retrete, negado  
aun a los átomos puros.  
¡Oh Píramo, lo que hace

joveneto ya robusto,  
que sin alas podía ser  
hijo de Venus segundo!  
Narciso, no el de las flores  
pompa, que vocal sepulcro  
construyó a su boboncilla  
en el valle más profundo,  
sino un Adonis caldeo,  
ni jarifo ni membrudo,  
que traía las orejas  
en las jaulas de dos tufos.  
Su copetazo pelusa,  
si tafetán su testuzo,  
sus mejillas mucho raso,  
su bozo poco velludo;  
dos espadas eran negras  
a lo dulcemente rufo  
sus cejas, que las doblaron  
dos estocadas de puño.  
Al fin en Píramo quiso  
encarnar Cupido un chuzo,  
el mejor de su armería,  
con su herramienta al uso.  
Éste, pues, era el vecino,  
el amante y aun el cuyo  
de la tórtola doncella  
gemidora a lo viüdo;  
que de las penas de amor  
encarecimiento es sumo  
escuchar ondas sediento  
quien siente frutas ayuno.  
Intimado el entredicho  
de un ladrillo y otro duro,  
llorando Píramo estaba  
apartamientos conjuntos,  
cuando fatal carabela,  
émula, mas no del humo,  
en los corsos repetidos  
aferró puerto seguro.  
Familiar tapetada,  
que aun, a pesar de lo adusto,  
Alba fue, y Alba a quien debe  
tantos solares anuncios.  
Calificarle sus pasas  
a fuer de Aurora propuso;  
los críticos me perdonen

si dijere con ligustros.  
Abrazóle sobacada,  
y no de clavos malucos,  
en nombre de la azucena,  
desmentidora del tufo,  
siendo aforismo aguileño,  
que matar basta a un difunto  
cualquier olor de costado,  
o sea morcillo o rucio.  
Al estoraque de Congo  
volvamos, Dios en ayuso,  
a la que cuatro de a ocho  
argentaron el pantuflo.  
Avispa con libramiento  
no voló como ella anduvo;  
menos un torno responde  
a los devotos impulsos,  
que la mulata se gira  
a los pensamientos mudos:  
¡oh destino inducior  
de lo que has de ser verdugo!  
Un día que subió Tisbe,  
humedeciendo discursos,  
a enjugarlos en la cuerda  
de un inquieto columpio,  
halló en el desván acaso  
una rima que compuso  
la pared, sin ser poeta,  
más clara que las de alguno.  
Había la noche antes  
soñado sus infortunios,  
y viendo el resquicio, entonces,  
«Ésta es, dijo, no dudo;  
ésta, Píramo, es la herida  
que en aquel sueño importuno  
abrió dos veces el mío  
cuando una el pecho tuyo.  
La fe que se debe a sueños  
y a celestiales influjos  
bien lo dice de mi aya  
el incrédulo repulgo.  
¿Lo que he visto a ojos cerrados  
más auténtico presumo  
que del amor que conozco  
los favores que descubro?  
Efecto improvisado es,

no de los años diuturno,  
sino de un niño en lo flaco  
y de un dios en lo oportuno.  
Pared que nació conmigo,  
del amor sólo el estudio,  
no la fuerza de la edad,  
desatar sus piedras pudo;  
mas, ¡ay!, que taladró niño  
lo que dilatara astuto,  
que no poco daño a Troya  
breve portillo introdujo.  
La vista que nos dispensa  
la desmienta el atributo  
de ciego, en la que le ata,  
ociosa venda el abuso.»  
Llego en esto la morena,  
los talares de Mercurio  
calzada en la diligencia  
de diez argentados puntos;  
y viendo extinguidos ya  
sus poderes absolutos,  
por el hijo de la tapia,  
que tiene veces de Nuncio,  
si distinguir se podía  
la turbación de lo turbio,  
su ejercicio ya frustrado  
le dejó el ébano sucio.  
Otorgó al fin el infausto  
avocamiento futuro,  
y citando la otra parte  
sus mismos autos repuso.  
Con la pestaña de un lince  
barrenando estaba el muro,  
si no adormeciendo Argos  
de la suegra sustitutos,  
cuando Píramo, citado,  
telares rompiendo inmundos  
que la émula de Palas  
dio a los divinos insultos,  
«Barco ya de vistas, dijo,  
angosto no, sino agosto,  
que velas hecho tu lastre,  
nadas más cuando más surto;  
poco espacio me concedes,  
mas basta, que a Palinuro  
mucho mar le dejó ver

el primero breve surco.  
Si a un leño, conductor  
de la conquista o del hurto  
de una piel, fueron los Dioses  
remuneradores justos,  
a un bajel que pisa inmóvil  
un Mediterráneo enjuto  
con los suspiros de un Sol  
bien le deberán coluros.  
Tus bordes beso, piloto,  
ya que no tu quilla buzo,  
si revocando su voz  
favorecieras mi asumpto.»  
Dando luego a sus deseos  
el tiempo más oportuno,  
frecuentaron el desván  
escuela ya de sus cursos.  
Lirones siempre de Febo,  
y de Diana lechuzos,  
se bebían las palabras  
en el polvo del conducto.  
¡Cuántas veces impaciente  
metió el brazo, que no cupo,  
el garzón, y lo atentado  
lo revocaron por nulo!  
¡Cuántas el impedimento  
acusaron de consuno  
al pozo, que es de por medio,  
si no se besan los cubos!  
Orador Píramo entonces,  
las armas jugó de Tulio,  
que no hay áspid vigilante  
a poderosos conjuros.  
Amor, que los asistía,  
el vergonzoso capullo  
desnudó a la virgen rosa  
que desprecia el tirio jugo.  
Abrió su esplendor la boba,  
y a seguille se dispuso:  
¡trágica resolución,  
digna de mayor coturno!  
Medianoche era por filo,  
hora que el farol nocturno,  
reventando de muy casto,  
campaba de muy sañudo,  
cuando tropezando Tisbe,

a la calle dio el pie zurdo,  
de no pocos endecheda  
caniculares aúllos.  
Dejó la ciudad de Nino,  
y al salir, funesto búho  
alcándara hizo umbrosa  
un verdinegro aceituno.  
Sus pasos dirigió donde  
por las bocas de dos brutos  
tres o cuatro siglos ha  
que está escupiando Neptuno.  
Cansada llegó a su margen,  
a pesar del abril mustio,  
y lagrimosa la fuente  
enronqueció su murmurio.  
Olmo que en jóvenes hojas  
disimula años adultos,  
de su vid florida entonces  
en los más lascivos nudos,  
un rayo sin escuderos,  
o de luz o de tumulto,  
le desvaneció la pompa,  
y el tálamo descompuso.  
No fue nada; a cien lejías  
dio ceniza. ¡Oh cielo injusto!  
Si tremendo en el castigo,  
portentoso en el indulto.  
La planta más convecina  
quedó verde; el seco junco  
ignoró aun lo más ardiente  
del acelerado incurso.  
Cintia caló el papahigo  
a todo su plenilunio  
de temores velloríes,  
que ella dice que son nublos.  
Tisbe entre pavores tantos  
solicitando refugios,  
a las rüinas apela  
de un edificio caduco.  
Ejecutarlo quería,  
cuando la selva produjo  
del Egipcio o del Tebano  
un cleóneo triunfo,  
que en un próximo cebado,  
no sé si merino o burdo,  
babeando sangre hizo

el cristal líquido impuro.  
Temerosa de la fiera  
aún más que del estornudo  
de Júpiter, puesto que  
sobresalto fue machucho,  
huye, perdiendo en la fuga  
su manto, ¡fatal descuido,  
que protonecio hará  
al señor Piramiburro!  
A los portillos se acoge  
de aquel antiguo reducto,  
noble ya edificio, ahora  
jurisdicción de Vertumno.  
Alondra no con la tierra  
se cosió al menor barrunto  
de esmerjón, como la triste  
con el tronco de un saúco.  
Bebió la fiera, dejando  
torpemente rubicundo  
el cendal que fue de Tisbe,  
y el bosque penetró inculto.  
En esto llegó el tardón,  
que la ronda lo detuvo  
sobre quitarle el que fue,  
aun envainado, verdugo.  
Llegó pisando cenizas  
del lastimoso trasumpto  
de sus bodas, a la fuente,  
al término constituto,  
y no hallando la moza,  
entre ronco y tartamudo,  
se enjuagó con sus palabras,  
regulador de minutos.  
De su alma la mitad  
cita a voces, mas sin fruto,  
que socarrón se las niega  
el Eco más campanudo.  
Troncos examina huecos,  
mas no le ofrece ninguno  
el panal que solicita  
en aquellos senos rudos.  
Madama Luna a este tiempo,  
a petición de Saturno,  
el velo corrió al melindre,  
y el papahigo depuso,  
para leer los testigos

del proceso ya concluso,  
que publicar mandó el hado,  
cuál más, cuál menos perjuro.  
Las huellas cuadrupedales  
del coronado abrenuncio,  
que en esta sazón bramando  
tocó a vísperas de susto;  
las espumas que la hierba  
más sangrientas las expuso,  
que el signo las babeó,  
rugiente pompa de Julio;  
indignamente estragados  
los pedazos mal difusos  
del velo de su retablo,  
que ya de sus duelos juzgo,  
violos, y al reconocellos,  
mármol obediente al duro  
cincel de Lisipo, tanto  
no va desmintió lo esculpito,  
como Píramo lo vivo,  
pendiente en un pie a lo grullo,  
sombra hecho de sí mismo,  
con facultades de bulto.  
Las señas repite falsas  
del engaño a que lo indujo  
su fortuna, contra quien  
ni lanza vale ni escudo.  
Esparcidos imagina  
por el fragoso arcabuco,  
¿ebúrneos diré, o divinos?  
divinos digo y ebúrneos,  
los bellos miembros de Tisbe,  
y aquí otra vez se traspuso,  
fatigando a Praxiteles  
sobre copialle de estuco.  
La Parca en esto, las manos  
en la rueca y en el huso,  
y los ojos, como dicen,  
en el vital estatuto,  
inexorable sonó  
la dura tijera, a cuyo  
mortal son Píramo, vuelto  
del parasismo profundo,  
el acero que Vulcano  
templó en venenosos zumos,  
eficazmente mortales

y mágicamente infusos,  
valeroso desnudó,  
y no como el otro Mucio  
asó intrépido la mano,  
sino el asador tradujo  
por el pecho a las espaldas.  
¡Oh tantas veces insulso,  
cuántas vueltas a tu yerro  
los siglos darán futuros!  
¿Tan mal te olía la vida?  
¡Oh bien hi de puta, puto,  
el que sobre tu cabeza  
pusiera un cuerno de juro!  
De violas coronada  
salió la Aurora con zuño,  
cuando un gemido de a ocho,  
aunque mal distinto el cuño,  
cual engañada avecilla  
del cautivo contrapunto,  
a implicarse desalada  
en la hermana del engrudo,  
la llevó donde el cuitado  
en su postrimero turno  
desperdiciaba la sangre  
que recibió por embudo.  
Ofrecióle su regazo,  
y yo le ofrezco en su muslo  
desplumadas las delicias  
del pájaro de Catulo.  
En cuanto boca con boca,  
confitándole disgustos,  
y heredándole aun los trastos  
menos vitales, estuvo,  
expiró al fin en sus labios,  
y ella con semblante enjuto,  
que pudiera por sereno  
acatarrar un Centurio  
con todo su morrión,  
haciendo al alma trabuco  
de un «¡ay!», se caló en la espada  
aquella vez que le cupo.  
Pródigo desató el hierro,  
si cruel, un largo flujo  
de rubíes de Zeilán  
sobre esmeraldas de Muso.  
Hermosa quedó la muerte

en los lilios amatuntos,  
que salpicó dulce hielo,  
que tiñó palor venusto.  
Llorólos con el Eúfrates,  
no sólo el fiero Danubio,  
el siempre Araxes flechero,  
cuando parto y cuando turco;  
mas con su llanto lavaron  
el Bucentoro diurno,  
cuando sale, el Ganges loro,  
cuando vuelve, el Tajo rubio.  
El blanco moral, de cuanto  
humor se bebió purpúreo,  
sabrosos granates fueron  
o testimonio, o tributo.  
Sus muy reverendos padres,  
arrastrando luengos lutos  
con más colas que cometas,  
con más pendientes que pulpos,  
jaspes (y de más colores  
que un áulico disimulo)  
ocuparon en su huesa,  
que el sirio llama sepulcro;  
aunque es tradición constante,  
si los tiempos no confundo  
(de cronógrafos me atengo  
al que calzare más justo),  
que ascendiente pío de aquel  
desvanecido Nabuco,  
que pació el campo medio hombre,  
medio fiero, y todo mulo,  
en urna dejó decente  
los nobles polvos inclusos,  
que absolvieron de ser huesos  
cinamomo y calambuco.  
Y en letras de oro: «Aquí yacen  
individuamente juntos,  
a pesar del Amor, dos,  
a pesar del número, uno.»

LXIX

*Al Nacimiento de Cristo Nuestro Señor*

¿Quién oyó?

¿Quién oyó?  
¿Quién ha visto lo que yo?

Yacía la noche cuando  
las doce a mis ojos dio  
el reloj de las estrellas,  
que es el más cierto reloj;  
yacía, digo, la noche,  
y en el silencio mayor  
una voz dieron los cielos,  
Amor divino,  
que era luz aunque era voz,  
divino Amor.

¿Quién oyó?  
¿Quién oyó?  
¿Quién ha visto lo que yo?

Ruiseñor no era del Alba  
dulce hijo el que se oyó,  
viste alas, mas no viste  
vulto humano el ruiseñor.  
De varios, pues, instrumentos  
al confuso acorde son,  
gloria dando a las alturas,  
Amor divino,  
paz a la tierra anunció,  
divino Amor.

¿Quién oyó?  
¿Quién oyó?  
¿Quién ha visto lo que yo?

Levantéme a la armonía,  
y cayendo al esplendor,  
o todo me negó a mí,  
o todo me negué yo.  
Tiranzó mis sentidos  
el soberano cantor,  
el que ni ave ni hombre,  
Amor divino,  
era mucho de los dos,  
divino Amor.

¿Quién oyó?  
¿Quién oyó?

¿Quién ha visto lo que yo?

Restituidas las cosas  
que el éxtasis me escondió,  
a blando céfiro hice  
de mis ovejas pastor.  
Dejélas, y en vez de nieve,  
pisando una y otra flor,  
llegué donde al heno vi,  
Amor divino,  
peinalle rayos al Sol,  
divino Amor.

¿Quién oyó?  
¿Quién oyó?  
¿Quién ha visto lo que yo?

Humilde en llegando até  
al pesebre la razón,  
que me valió nueva luz,  
topo ayer y lince hoy.  
Oí balar al cordero,  
que bramó un tiempo león,  
y vi llorar niño ahora,  
Amor divino,  
al que ha sido siempre Dios,  
divino Amor.

¿Quién oyó?  
¿Quién oyó?  
¿Quién ha visto lo que yo?

LXX

*Romance amoroso*

¿Callaré la pena mía  
o publicaré el dolor?  
Si la callo, no hay remedio,  
si la digo, no hay perdón.  
De cualquier suerte se pierden  
alas de cera. ¿Es mejor  
que las humedezca el mar  
o que las abraze el Sol?  
¿Qué me aconsejas, Amor?

De un instrumento acordado  
al dulce doliente son,  
¿será su piedad más sorda  
que el infierno que le oyó?  
Al son, pues, de este instrumento  
¿intimaréle al albor  
quejas que beba su oído  
en el cristal de una voz?

¿Qué me aconsejas, Amor?

Con las centellas del alma  
que ofrecen mis ojos hoy  
(templada su actividad,  
desmentido su color),  
¿será bien que de tus alas,  
no digo la más veloz,  
sino la más dulce pluma  
la acuse tanto rigor?

¿Qué me aconsejas, Amor?

Niño Dios, tú me aconsejas,  
que bien podrás, pues sé yo  
lo que ignoras como niño  
que lo sabes como Dios.  
Oráculo de ti mismo,  
desatar, no sólo, no,  
mis dudas, pero aun el hielo  
sabrás de su corazón.

¿Qué me aconsejas, Amor?

Ojos eran fugitivos  
de un pardo escollo dos fuentes,  
humedeciendo pestañas  
de jazmines y claveles,  
cuyas lágrimas risueñas  
quejas repitiendo alegres,  
entre conceptos de llanto  
y murmurios de torrente,  
lisonjas hacen undosas  
tantas al Sol, cuantas veces  
memorias besan de Dafnes  
en sus amados laureles.

Despreciando al fin la cumbre  
a la campaña se atreven,  
adonde en mármol dentado  
que les peina la corriente,  
sus dos cortinas abrocha  
(digo, sus márgenes breves),  
con un alamar de plata  
una bien labrada puente.

Dichosas las ondas tuyas  
que, entre pirámides verdes  
que ser quieren obeliscos  
sin dejar de ser cipreses;  
y entre palmas que celosas  
confunden los capiteles  
de un edificio, a pesar  
de los árboles luciente,  
cristales son vagarosos  
de estos bellos muros, de este  
galán Narciso de piedra,  
desvanecido sin verse.

Y con razón, que es alcázar  
de la divina Sirene,  
arco fatal de las fieras,  
arpón dulce de las gentes.  
Armada el hombro de plumas,  
Cintia por las que suspende,  
Cupido por las que bate  
a la ambición, es del Betis.

Un día, pues, que pisando  
inclemencias de diciembre,  
treguas hizo su coturno  
entre la nieve y la nieve,  
corcillo no de las selvas,  
sino del viento más leve  
hijo veloz, de su aljaba,  
dos o tres alas desmiente.

Síguelo, y en vez de cuantas  
a los copos más recientes  
blancas huellas les negó,  
blancos lilios les concede.  
Joven coronado entonces,  
no sin esplendor, las sienas,

de los trémulos despojos  
de un volado martinete,  
cebando estaba a las orlas  
de un estanque transparente  
su baharí, que hambriento  
picaba los cascabeles.

Alterado del ruido  
tienta el acero que pende,  
cobra el caballo que pace,  
si pace quien hierro muerde,  
mas salteado después  
del bellissimo accidente,  
si intempestivo se opone,  
desalumbrado se ofrece.

Con media luna ve un Sol,  
que rayos y flechas pierde,  
tras un corzo que no huye,  
sino al Amor obedece.  
Sagaz el hijo de Venus,  
vengativo como siempre,  
vana piel le vistió al viento,  
que aun las montañas la creen.

Engañó la cazadora,  
conducida de esta suerte  
a ilustrar carro lascivo  
de virginales desdenes.

LXXI

*Manzanares, Manzanares*

Manzanares, Manzanares,  
vos, que en todo el acuatismo  
Duque sois de los arroyos  
y Vizconde de los ríos,  
soberbio corréis; mi pluma  
miércoles sea corvillo  
del polvo canicular  
en que os veréis convertido.  
Bien sea verdad que os harán  
Marqués de Poza en estío  
los que, entrando a veros sucios,

saldrán de veros no limpios.  
No os desvanezcáis por esto,  
que de la piedra sois hijo,  
pues tomastes carne undosa  
en las entrañas de un risco.  
Enanos sois de una puente  
que pudierais ser marido  
si al besalla en los tres ojos  
le llegareis al tobillo.  
¿Al tobillo? Mucho dije:  
a la planta apenas digo,  
y ésa no siempre desnuda  
porque calzada ha vivido.  
Solicitud diligente,  
alcanzándoos a vos mismo,  
los abrazos de Jarama  
Minotauro cristalino,  
para que serváis la copa  
a los parientes del Signo,  
que lamen su piel diamantes  
y pisa en abril zafiros.  
Y sepa luego de vos  
todo cuerno masculino,  
que de sus agitaciones  
está ya acabado el circo:  
la Real plaza del Fénix,  
de Pisuerga ilustre olvido,  
teatro de carantoñas,  
cadahalso de castigos.  
Decidles a esos señores  
que a más que fueron novillos,  
que serán, sin duda, encenias  
de este hermoso edificio.  
Espectáculo feroz,  
émulo de los antiguos,  
mas desmentido en España  
de dos cañazos moriscos.  
Decidles que a tanta fiesta  
prevengan los más lucidos  
sus Martinetes de hueso,  
pompa de tantos cintillos;  
que estudien ferocidad,  
y de sus corvos cuchillos,  
si tienen sangre las sombras  
beban la sangre los filos;  
que salgan de los toriles

entre feroces y tibios  
sin bramar a lo casado  
ni escarbar a lo gallino;  
si escarbaren, que sea  
para dar luz al abismo  
o sepulcros a los muertos  
que no se comieron vivos.  
Toros sean de Diomedes,  
a cuyo rocín morcillo  
el pienso más venial  
fue un celemín de homicidios.  
Que aspiren a ser leones  
para que los haga erizos,  
pluralidad generosa  
de rejonos bien rompidos.  
¿Qué más se querrá un bicorne  
que verse hecho un sotillo  
de fresnos azafranados,  
desbarrigando pollinos?  
Perdonen que el asonante  
rebuzno ha hecho el relincho  
del que morirá cornado,  
y escudos costó infinitos.  
Los menos, pues, criminales  
por esta vez consentimos  
que rondan, que prendan capas,  
y den en fiado silbos;  
porque un silbo es necesario  
para cómicos delitos,  
munición de mosqueteros  
que pretendo por amigos;  
que, al fin, para embravecerse  
vacunos armen garitos  
del juego del hombre, padre  
de chachos o de codillos,  
y a fe que reyes fallados  
y matadores vencidos  
hagan a los bueyes toros,  
y a los toros basiliscos.

LXXII

*Al Nacimiento de Cristo Nuestro Señor*

Cuántos silbos, cuántas voces

tus campos, Bethlén, oyeron,  
sentidas bien de sus valles,  
guardadas mal de sus ecos,  
pastores las dan, buscando  
el que, celestial Cordero,  
nos abrió piadoso el libro  
que negaban tantos sellos.

¿Qué buscáis, los ganaderos?

Uno, ay, niño, que su cuna  
los brazos son de la Luna,  
si duermen sus dos luceros.

No, pastor, no abrigó fiera  
frágil choza, albergue ciego,  
que no penetre el cuidado,  
que no escudriñe el deseo.  
La diligencia, calzada,  
en vez de abarcar el viento,  
cumbres pisa coronadas  
de paraninfos del cielo.

¿Qué buscáis, los ganaderos?

Uno, ay, niño, que su cuna  
los brazos son de la Luna,  
si duermen sus dos luceros.

Pediros albricias puedo.

PASTORES

¿De qué, Gil?

GIL

No deis más paso:  
que dormir vi al niño.

PASTORES

¡Paso,  
quedo, ¡ay! queditico, quedo!

Tanto he visto celestial,  
tan luminoso, tan raro,  
que a pesar hallarás claro  
de la noche este portal.  
Enfrena el paso, Pascual,  
deja a la puerta el denuedo.

Pediros albricias puedo.

GIL

No deis más paso,  
que dormir vi al niño.

PASTORES

¡Paso,  
quedo, ¡ay! queditico, quedo!

LXXIII

*Del Rey y Reina, Nuestros Señores, en Aranjuez, antes de reinar*

Las esmeraldas en yerba,  
los alcázares de quien,  
si jardinero el Jarama,  
el Tajo su alcaide es,  
Fíleno, que lo narciso  
desprecia por lo clavel,  
con Belisa coronaba  
divino lilio francés;  
pastores que en vez de ovejas  
y de corderos en vez,  
rayos del Sol guarda ella,  
de abril guarda flores él.

Amor, que indignas sus flechas  
de tan altos pechos ve,  
los vínculos de Himeneo  
nudos hizo de su red.  
De algún álamo lo diga  
la corteza que les fue  
bronce en la legalidad,  
y en la obediencia papel.

¡Cuántos afectos les deben  
los hechos de Aranjuez,  
que naciendo a ser deseos  
fueron suspiros después!

A cuya casta armonía  
breves ofreció un laurel  
para números sus hojas,  
para lámina su pie.

Dulces les tejen los ríos,  
si en sus márgenes los ven,  
alegres coros de ninfas,  
dos a dos y tres a tres.

Un día, pues,  
que los cisnes de su espuma  
tiorbas fueron de pluma,  
esto el aire oyó sereno:  
«Viva el amor de Fileno,  
cuando no exceda a la par  
de la fe de su Belisa,  
que no hay más.

Viva la fe de Belisa,  
cuando no mayor, igual  
al amor de su Fileno,  
que no hay más.  
Siempre amantes, venzan siempre  
la recíproca amistad  
de las vides con los olmos,  
que no hay más.  
Sus años sean felices  
en número, y en edad  
las encinas de estos sotos,  
que no hay más.  
Y no sabiendo jamás  
lo que la fortuna es,  
bese la envidia sus pies,  
que no hay más.»

#### LXXIV

*Del Rey Nuestro Señor en la misma ocasión*

Al tronco de un verde mirto,  
enamorado Fileno,  
dos escuadrones vio armados  
en la campaña de un sueño.  
Amor conducía en las señas  
que tremolaban deseos,  
esperanzas Bradamantes  
contra cuidados Rugeros.  
Las perezosas banderas  
seguían del tardo tiempo,  
horas en el mal prolijas,

días en el bien ligeros.  
Cerraron, pues, las dos haces,  
y el bello garzón durmiendo,  
que cerrados, es, los ojos  
aun más Cupido que el ciego.

«¡A ellos, dice, a ellos,  
cierra, cierra,  
arma, arma,  
cierra, cierra,  
suenen las trompas, suenen  
guerra, guerra!»

«A ellos, dice, soldados,  
embestidlos, advirtiendo  
que láminas son de pluma  
cuantas mienten el acero;  
mas perdonad a sus alas,  
aunque las ignora el viento,  
que es fomentar su tardanza  
disminuilles su vuelo.

No hagáis volver las espaldas  
a los enemigos nuestros,  
huyendo quiero los días,  
pero no retrocediendo.  
Las horas vuelen; mas ay,  
que si el bien sabe que espero,  
por hacerme desdichado  
joven me harán eterno.»

«¡A ellos, dice, a ellos;  
cierra, cierra,  
arma, arma,  
cierra, cierra,  
suenen las trompas, suenen  
guerra, guerra!»

LXXV

*En la fuerza de Almería*

En la fuerza de Almería  
se disimulaba Hacén,  
Abencerraje hurtado

a la indignación del Rey.  
Entre el cuchillo y su cuna  
interpuso Bahamet  
la parte del capellar  
que le bastó a defender.  
Negado, pues, al rigor,  
galán se criaba él,  
tan hijo y más del Alcaide  
que Celindaja lo es;  
Celindaja, que en sus años  
virgen era rosa, a quien  
del verde nudo la Aurora  
le desata el rosicler.  
Beldad ociosa crecía  
en sus jardines tal vez,  
al son de un laúd con ramas  
que eran cuerdas de un laurel.  
Coros alternando y zambras  
con sus moras, hasta que  
daba al céfiro su frente  
aljófares que beber,  
de cuya dulce fatiga  
apelaba ella después  
al baño, que le templaban  
curiosidad y placer.  
Un día en las que te dieron  
los jazmines del vergel  
estrellas fragantes, más  
que claras la noche ve,  
averiguando la halló  
los días de casi tres  
lustros de su tierna edad  
aquel niño dios, aquel  
fénix desnudo, si es ave,  
pollo siempre, sin deber  
segundas vidas al Sol,  
nieto del mar en la fe.  
Por no alterar a la mora,  
en un listado alquicel,  
manto del Abencerraje,  
desmintió su desnudez,  
fiando a un mirto sus armas,  
verde frondoso dosel  
de un mármol, que ni Lucrecia  
ni fuente deja de ser.  
Pliegue el dorado volumen

de sus alas el doncel,  
redimiendo ciegas luces,  
que más vendadas más ven.  
Del Abencerraje luego  
copia hecho tan fiel,  
que los dudara el concurso,  
equivocado jüez,  
la ocupación inquiriendo,  
donaire hace y desdén  
de que solicite niña  
lo que excusará mujer.  
«Ejerced, le dice, hermana,  
vuestra hermosura, y creed  
que tan vana es la de hoy  
como ingrata la de ayer.  
Fugitivas son las dos,  
usad de esos dones bien,  
que en un cristal guardáis frágil  
lo caduco de un clavel.  
Si os reguláis con las flores  
que visten esa pared,  
horas son breves; el día  
las ve morir que nacer.  
Gozáos en sazón, que el tiempo,  
tesorero ya infiel  
de ese oro que peináis,  
de ese marfil que escondéis,  
desengaños restituye;  
necia en el espejo fue  
la memoria: mudad antes  
parecer que parecer.»

Extrañando la doctrina  
del joven que hermano cree,  
la vergüenza a Celindaja  
le purpureó la tez.  
Ardiente veneno entonces  
hielos comenzó a lamer,  
y muda lima a labrar  
suave, mas sorda red.  
El ya fraternal engaño,  
mal bebido en su niñez,  
disolvía, cuando Amor,  
sintiendo el dichoso pie  
del que ya conduce amante,  
cuanto cauteló el pincel

desvanece, y en su forma  
pisando nubes se fue.

## LXXVI

### *Por las faldas del Atlante*

Por las faldas del Atlante,  
no como precipitado,  
sino como conducido,  
arroyo desciende claro  
a fecundar los frutales  
y a dar librea a los cuadros  
de las huertas del Xarife,  
del jardín de su palacio.  
Divertido en caracoles,  
como jinete africano,  
comienza en cristal corriendo  
y acaba perlas sudando.  
Sus ondas besa la Copia,  
mas nada le tiene vano,  
sino el desatar aljófara  
a los deliciosos baños,  
donde Amor fomenta el fuego  
con la leña de sus dardos  
para temprarle a Xarifa  
uno con otro contrario:  
Xarifa, Cintia africana,  
que absuelto el hombro del arco,  
en las termas de su abuelo  
el sudor depone casto.  
En tanto, pues, que se baña  
y se compiten lo blanco,  
y aun se desmienten lo terso,  
sus miembros y el alabastro,  
con dulce pluma Celinda,  
y no menos dulce mano,  
en un laúd va escribiendo  
lo que Amor le va dictando:  
«Con arco y aljaba,  
¿quién dicen que soy?  
¿el hijo de Venus?,  
¿la hermana del Sol?  
¿Quién dicen que soy?  
El hijo de Venus;

Dicen bien;  
La hermana del Sol;  
Dicen mejor.  
La cuna real,  
que con esplendor  
abrigo inquieto  
en la infancia os dio,  
árbol fue en las selvas  
que sombra prestó  
en la melodía  
de algún ruiñeñor.  
Esta cuna es, pues,  
quien solicitó  
a su natural  
vuestra inclinación.  
¿Quién dicen que soy?  
El hijo de Venus;  
Dicen bien;  
La hermana del Sol;  
Dicen mejor.  
Si ignoráis, cruel,  
cuántas deben hoy  
vuestro mirar almas,  
fieras vuestro arpón,  
el reino lo diga  
donde más por vos  
tiene que el Xarife  
vasallos Amor.  
El monte lo calle,  
cuyos troncos no  
visten por cortezas  
pieles de león.  
¿Quién dicen que soy?  
El hijo de Venus;  
Dicen bien;  
La hermana del Sol;  
Dicen mejor.

## LXXVII

*Minguilla la siempre bella*

Minguilla la siempre bella,  
la que bailando en el corro,  
al blanco fecundo pie

suceden claveles rojos;  
la que dulcemente abrevia,  
en los orbes de sus ojos,  
soles con flechas de luz,

Cupidos con rayos de oro;  
esta Deidad labradora  
de donde comienza arroyo  
a donde fenece río,  
Tajo la venera undoso.

Gil desde sus tiernos años  
aras le erigió devoto,  
humildemente celando  
tanto culto aun de sí propio.  
Profanólo alguna vez  
pensamiento que, amoroso,  
volando en cera atrevido  
nadó en desengaños loco.  
Del color de la violeta  
solicitaba su rostro  
en la villana divina  
el afecto más ocioso.

Esperanzas, pues, de un día,  
prorrogando engaños de otro,  
a silencio al fin no mudo  
respondió mirar no sordo.  
Sus zafiros celestiales  
volvió a un suspiro tan solo,  
como breve de cobarde,  
como indistinto de ronco.

La Divinidad depuesta  
desde aquel punto dichoso,  
mirar se dejó en la aldea,  
y saludar en el soto.  
Con más aliento que mayo,  
un blanco sublime chopo  
en su puerta amaneció,  
de tan bello sol coloso.  
En las hojas de las hiedras  
a su muro dio glorioso  
cuantos corazones verdes  
palpitar hizo Favonio.

Las fiestas de San Ginés,  
cuando sobre nuestro coso  
fulminó rayos Jarama  
en relámpagos de toros,  
mientras extinguía las fieras  
el garzón, pavor hermoso,  
la púrpura robó a Menga,  
y la restituyó el robo.

Cambiar hicieron semblante,  
mas guardándola el decoro,  
en los peligros el miedo,  
en las victorias el gozo,  
paseó Gil el tablado  
de aquella hermosura trono,  
que en los crepúsculos ciega  
del temor y el alborozo.

Negó jazmines sobre él,  
tan desmentidos sus copos,  
que engañaran a la envidia,  
si él no les pusiera cobro.  
Desde entonces la malicia  
su diente armó venenoso  
contra los dos, hija infame  
de la intención y del ocio.  
Mucho lo siente el zagal,  
pero Minguilla es de modo  
que, indignada aún contra sí,  
se venga en sus desenojos.

Las verdes orlas excusa  
de la fuente de los olmos,  
por no verse en sus cristales,  
por no leerse en sus troncos.  
A los desvíos apela,  
partiendo en lo más remoto,  
con el céfiro suspiros,  
con el eco soliloquios.

Llora Gil esta ausencia  
al son de su leño corvo,  
en números que süaves  
desataran un escollo.  
Sus dichas llora, que fueron  
en el infelice logro

pajarillos que serpiente  
degolló en su nido pollos.

Caducaron ellas antes  
que los caducos despojos,  
y el que nació favor casto  
murió aplauso escrupuloso.  
En los contornos la inquiere,  
doliéndose en los contornos  
de que le niegue un recato  
lo que concediera un odio.

Teme que esta retirada,  
si las flechas no le ha roto  
al Amor recién nacido,  
las arme de ingrato plomo.  
Buscándola en vano al fin,  
imitar al babilonio  
ya quería, y en su espada  
buscar por la punta el pomo,  
cuando la brújula incierta  
del bosque le ofreció umbroso,  
todo su bien no perdido,  
aunque no cobrado todo;  
porque sin cometer fuga,  
teatro hizo no corto  
aquel campo de un rigor  
que árbol es hoy de Apolo.

## LXXVIII

*Con su querida Amarilis*

Con su querida Amarilis  
va Danteo a Colmenar,  
tan bella como divina,  
tan culto como galán.  
No han dejado, no, su albergue  
y ya lo siente el lugar,  
que imaginada su ausencia  
aun induce soledad.  
La sierra que los espera,  
rejuvenecida ya,  
las canas greñas de nieve  
suelta en trenzas de cristal;

arroyos que ignoran breves  
la monarquía del mar,  
no ya el prevenir delicias  
a su cáñamo o sedal.  
Frutas conserva en sus valles  
indulto verde, a pesar  
del tiempo, al docto garzón  
ya la hermosa deidad.  
Obediencia jura el monte  
al venablo del zagal,  
y a las flechas de la ninfa,  
que aún vuelan en el carcaj.  
Dará al valiente montero,  
si no el cerdoso rival  
de Adonis, la fiera alada  
que las selvas en edad  
venza, y en ramas su frente;  
y a la bella montaraz  
un corzo expondrá en la forma,  
y en la fuga un vendaval.  
Agradecida Amarilis,  
flores las abejas más  
deberán a su coturno  
que al novillo celestial.  
De las cortezas Danteo  
del alcornoque vivaz  
fabricará albergues rudos,  
más distintos cada cual  
a los enjambres copiosos  
que, políticos, harán  
lo que su número breve  
su economía capaz.

## LXXIX

En lágrimas salgan mudos  
afectos, que hasta hoy  
ni aun en suspiros el alma  
al aire se los fió.  
Afectos que, el pie en un grillo,  
andan con el corazón,  
y se fueran por los ojos  
a no revocarlos yo.  
Salgan por los ojos, pues,  
centellas sin esplendor

entre ondas sin rüido  
desmintiendo lo que son;  
que el recato aun al silencio  
señas teme, si no voz,  
tanta a la divina causa  
se debe veneración.

Adoro (en perfiles de oro)  
dos bellas copias del sol,  
tan bellas, que él pide rayos  
a cualquiera de las dos;  
adorólas, y tan dulce,  
tan mental culto las doy,  
que no penetra sus aras  
si no es la imaginación.

(Por no profanar grosero  
su sagrado templo, estoy  
entre celos y temores  
que la envidia me causó.)

Previniendo diligente  
el más luciente harpón  
que viste plumas de fuego  
en la aljaba del amor,  
para ejercitarlo el día  
que ausencia haga un garzón,  
más que yo, sí, venturoso,  
pero más amante, no.  
Entre tanto, la lisonja  
me hurta la emulación,  
que a una deidad el silencio  
mudo es adulator.

LXXX

*Guarda corderos, zagala*

Guarda corderos, zagala,  
zagala, no guardes fe,  
que quien te hizo pastora  
no te excusó de mujer.  
La pureza del armiño,  
que tan celebrada es,  
vístela con el pellico  
y desnúdala con él.  
Deja a las piedras lo firme,  
advirtiéndolo que, tal vez,

a pesar de su firmeza  
obedecen al cincel.  
Resiste al viento la encina,  
más con el villano pie,  
que con las hojas corteses  
a cualquier céfiro cree.  
Aquella hermosa vid  
que abrazada al olmo ves  
parte pámpanos discreta  
con el vecino laurel.  
Tortolilla gemidora,  
depuesto el casto desdén,  
tálamo hizo segundo  
las ramas de aquel ciprés.  
No para una abeja sola  
sus hojas guarda el clavel,  
beben otras el aljófara  
que borda su rosicler.  
El cristal de aquel arroyo,  
undosamente fiel,  
niega al ausente su imagen  
hasta que le vuelve a ver.  
La inconstancia, al fin, da plumas  
al hijo de Venus, que  
poblando de ellas sus alas,  
viste sus flechas también.  
No, pues, tu libre albedrío  
lo tiranice interés,  
ni amor que de singular  
tenga más que de infiel.  
Sacude preciosos yugos,  
coyundas de oro no den,  
sino cordones de lana  
al suelto cabello ley.  
Mal hayas tú si constante  
mirares al sol, y quien  
tan águila fuere en esto,  
dos veces mal haya y tres.  
Mal hayas tú si imitates,  
en lasciva candidez,  
las aves de la Deidad  
que primero espuma fue.  
Solicitando prolija  
la ingratitud de un doncel,  
ninfa de las selvas, ya

vocal sombra vino a ser.  
Si quieres, pues, zagaleja,  
a tu hermosura cruel  
dar entera voz al valle,  
desprecia mi parecer.

#### LXXXI

*De las señoras doña Francisca  
y doña Margarita de Tabora  
y doña María Cotiño*

Las tres Auroras que el Tajo,  
teniendo en la huesa el pie,  
fue dilatando el morir  
por verlas antes nacer,  
las gracias de Venus son:  
aunque dice quien las ve  
que las gracias solamente  
las igualan en ser tres.  
Flores que dio Portugal,  
la menos bella un clavel,  
dudoso a cuál más le deba,  
al ámbar o al rosicler.  
La que no es perla en el nombre,  
en el esplendor lo es,  
y concha suya la misma  
que cuna de Venus fue.  
Luceros ya de palacio  
ninfas son de Aranjuez,  
napeas de sus cristales,  
dríadas de su vergel.  
Tirano amor de seis soles,  
suave cuanto cruel,  
si mata a lo castellano,  
derrite a lo portugués.  
Francelisa es quien abrevia  
los rayos de todos seis;  
sé que fulmina con ellos,  
cómo los vibra no sé.  
En un favor homicida  
envaina un dulce desdén,  
sus filos atrocidad  
y su guarnición merced.  
Forastero, a quien conduce

cuanto aplauso pudo hacer  
a los años de Fileno  
Belisa, lilio francés,  
de los tres dardos te excusa,  
y si puedes, más de aquel  
que resucita al que ha muerto  
para matallo otra vez.

## LXXXII

### *Al Santísimo Sacramento*

¡Quién pudiera dar un vuelo  
por todo lo que el sol mira,  
y solicitar las gentes  
a cena jamás oída!  
Cena grande, siempre cena  
a cualquier hora del día,  
donde en poco pan se sirve  
mucho muerte, o mucha vida.  
Ésta sí es comida,  
y tan singular,  
que Dios nos convida  
a Dios en manjar.  
Mire, pues, cómo se sienta  
a mesa el hombre tan limpia,  
que aun los espíritus puros  
criaturas son indignas.  
Nupciales ropas el alma,  
blanca digo, estola vista,  
que a pesar del oro es  
la más blanca, la más rica.  
Ésta sí es comida,  
y tan singular,  
que Dios nos convida  
a Dios en manjar.  
¡Oh, tres y cuatro mil veces  
magnificencia divina!  
¡El Verbo eterno hecho hoy grano  
para la humana hormiga!  
¿Quién, pues, hoy no se desata  
en voces agradecidas?  
Alternen gracias los coros  
y responda la capilla:  
Ésta sí es comida,

y tan singular,  
que Dios nos convida  
a Dios en manjar.

### LXXXIII

#### *La cítara que pendiente*

La cítara que pendiente  
muchos días guardó un sauce,  
solicitadas sus cuerdas  
de los céfiros süaves,  
a Amarilis restituye,  
que orillas de Manzanares  
viste armiños por trofeo,  
pisa espumas por ultraje.  
El dulce, pues, instrumento,  
pisados viendo sus trastes  
de los que süavemente  
articuló amor cristales,  
órgano fue de marfil,  
bien que le faltaba el aire,  
porque enmudeció los soplos  
del viento más espirante.  
A cuyo son la pastora  
cantando, dejó llamarse  
Filomena de las gentes,  
Amarilis de las aves.  
El curso enfrenó del río,  
y a su voz el verde margen  
respondiendo en varias flores,  
aplausos hizo fragantes.  
De golosos cupidillos  
mudó la corona enjambre,  
libándole en la armonía  
cuantos respira azahares.  
Asistir quisieron todos  
a esta lisonja que hace  
al que anudaron esposo  
los mismos lazos que amante;  
al siempre culto Danteo,  
envidia de los zagales,  
en valor primero a todos,  
en dichas segundo a nadie.  
Manteniendo él, pues, los ojos

de lilios, que dulces nacen  
en la frente de Amarilis,  
a caducar nunca, o tarde,  
néctar bebe numeroso  
entre perlas y corales,  
escuchando a la sirena  
que tremola plumas de ángel:  
«Quiéreme la aurora  
por su rui señor.  
Busque otro mejor,  
que yo canto ahora  
a mi dulce amor.  
Con la alba me envía  
cuanto jazmín bello  
trenza en su cabello  
al nacer del día;  
poca es mi armonía  
para tanta flor.  
Busque otro mejor,  
que yo canto ahora  
a mi dulce amor.  
La Aurora no sabe  
que mujer casada  
es ave enjaulada,  
si muda no es ave;  
y a mi voz suave  
saluda otro albor.  
Busque otro mejor,  
que yo canto ahora  
a mi dulce amor.»

#### LXXXIV

##### *Ave de plumaje negro*

«Ave de plumaje negro,  
si bien de tanto esplendor,  
que despreciando sus rayos  
vuestras plumas viste el sol,  
no por vuestra beldad sola  
reina de las aves sois,  
sino porque ministráis  
armas que fulmine amor.  
Gloria será siempre vuestra,  
y dudará cuál mayor,

vestir luces a un planeta,  
o prestar flechas a un Dios.  
Muchos siglos coronéis  
esta dichosa región,  
que cuando os mereció ave,  
serafín os admiró.  
Modesta, permitid ya  
que los ojos de un pastor  
lo menos luciente os sufran  
examinándose en vos;  
de un pastor que, en vez de ovejas,  
sigue el impulso veloz  
de vuestras hermosas alas  
con las de su corazón.  
¡Cuántas veces remontado  
a esfera superior,  
de donde os perdía mi vista,  
os cobraba mi atención!,  
solicité vuestro nido,  
que hallarse apenas dejó  
sobre un escollo, de quien  
aprendistes el rigor.  
Visítale, y si desierto  
le halla mi devoción,  
cuantos juncos dejáis fríos  
abraso en suspiros yo.  
Cenizas lo digan cuantas  
están humeando hoy,  
que humedecidas después,  
aún no olvidan el calor.  
¡Oh gloria de cuanto vuela,  
envidia de cuantas son  
águilas por privilegio,  
por naturaleza, no!  
Perdonad al aire un día,  
si no merecemos dos,  
que el Tajo os espera cisne,  
cuando no su margen flor.»  
Esto Felicio cantaba  
al dulce doliente son  
de ninfa que ahora es caña,  
de caña que ahora es voz.

*Al Nacimiento de Cristo Nuestro Señor*

Nace el Niño, y velo a velo  
deja en cabello a su Madre,  
que esto de dorar las cumbres  
es muy del sol cuando nace.  
Leves reparos al frío  
son todos: pero más graves  
que los alientos de un buey  
que, aunque calientes, son aire.  
De flacos remedios usa  
que, a servirse de eficaces,  
estufar pudiera al Norte  
la menor pluma de un ángel.  
Tiembla, pues, y afecta el heno  
cuanto pudieran prestalle  
colchos de preciosa lana,  
Moscovia en pelo süave.  
Parte corrige la yerba  
del rigor helado, y parte  
engaña el sueño, negando  
sus faroles celestiales.  
Mas luego los restituyen  
ganaderos, que los traen,  
o resplandores que ignoran,  
o conceptos que no saben.  
Y viendo en tanto diciembre  
que los campos más fragantes  
hace un Niño junto a un buey,  
que el sol en el toro hace,  
tañen en coros, tañen,  
salterios pastorales,  
que por tiorbas y por liras valen.  
Tañen todos los pastores  
instrumentos que, sonoros,  
de los celestiales coros  
son dulces competidores,  
mereciendo sus amores  
que ángeles los acompañen,  
tañen en coros, tañen,  
salterios pastorales,  
que por tiorbas y por liras valen.  
Más que no el tiempo templados  
suenan dulces instrumentos,  
cielos trasladan los vientos,  
auroras copian los prados,

queriendo en los más nevados  
que los abriles se engañen,  
tañen en coros, tañen,  
salterios pastorales,  
que por tiorbas y por liras valen.

#### LXXXVI

##### *A la fuente va del olmo*

A la fuente va del olmo  
la rosa de Leganés,  
Inesica la hortelana,  
ya casi al anochecer.  
La luna salir quería,  
mas los dos soles de Inés  
le dijeron a la luna  
no tenía para qué.  
A los tres caños llegó,  
y su mano a todos tres  
correr les hizo el cristal,  
que ya les hizo correr.  
Llenaba su cantarilla,  
y vaciábala después,  
cantando, por no llorar  
la tardanza de Miguel:  
«Si viniese ahora,  
ahora que estoy sola,  
ola, que no llega la ola,  
ola, que no quiere llegar.»  
Las olas calmó la niña,  
porque en oyendo el rabel  
del mancebo que esperaba,  
perdió la voz de placer.  
Mas, viéndole con Quiteria,  
la de Gil, perdió otra vez  
la voz, mas fue de pesar,  
y escuchólos sin querer.  
«Mala noche me diste, casada;  
Dios te la dé mala.»  
Sin permitirle acabar  
para Quiteria se fue,  
que la recibió con señas,  
si llegó mudilla Inés.  
De sus cuatro labios ambas

más se dejaron caer  
virtudes, que del romero  
califica no sé quién.  
Miguel a lo socarrón,  
mientras se abrasan por él,  
con aguas turbias apaga  
el fuego en que las ve arder.  
Turbias van las aguas, madre,  
turbias van;  
mas ellas se aclararán.  
«Diga, señora la buena,  
la que se precia de casta,  
¿la propia a Gil no le basta,  
que le hace criar la ajena?»  
«Amiga sí, y tan sin pena  
como tu bendita madre  
costas le hizo a tu padre,  
siendo tú del sacristán.»  
Turbias van las aguas, madre,  
turbias van;  
mas ellas se aclararán.  
Aclaráronse las aguas,  
tanto que fue menester  
que Miguel se moje entre ellas  
cantando como un angel:  
«Ya no mas, queditico, hermanas,  
ya no más.»  
Llegó en esta sazón Bras,  
la mejor que pudo ver,  
pues un favor le escuchó  
lo que cantaba a un desdén:  
«Bien sé que a la muerte vengo,  
zagala, en venirme a ver,  
mas tal cariño te tengo  
que no puedo más hacer.»  
Seis meses de rui señor,  
de pelícano otros seis,  
Bras ha servido a Inesilla,  
otros tantos de cruel,  
ha sufrido a la que ahora,  
agradecida a su fe,  
un listón le dio encarnado,  
como Dios hizo un clavel.  
Por vengarse del ingrato  
favor le hizo, y merced  
del que a Bras será listón,

y a Miguelillo cordel.  
Él, desmintiendo su rabia,  
al plectro hizo morder  
las cuerdas de su instrumento,  
y cantando esto se fue:

«Vámonos, que nos pican los tábanos,  
vámonos donde moriré.»

Por Quiteria dormí al hielo,  
y por Inés voy corrido;  
si de necio me he perdido  
ninguno me tenga duelo;  
si no me negare el suelo  
aun adonde ponga el pie,

vámonos, que nos pican los tábanos,  
vámonos donde moriré.

## LXXXVII

### *Letrilla satírica*

Todo se murmura,  
y la culpa toda  
tiene la malacia,  
fondo en envidiosa.

Luce un caballero  
con hacienda poca,  
anda otro más rico  
su persona sola.

Ríense los dos,  
la razón les sobra,  
de que el uno gaste,  
de que el otro esconda.

Ríese la zorra,  
búrlase la mona,  
de que le falte cola,  
de que le sobre cola.